

hojas universitarias

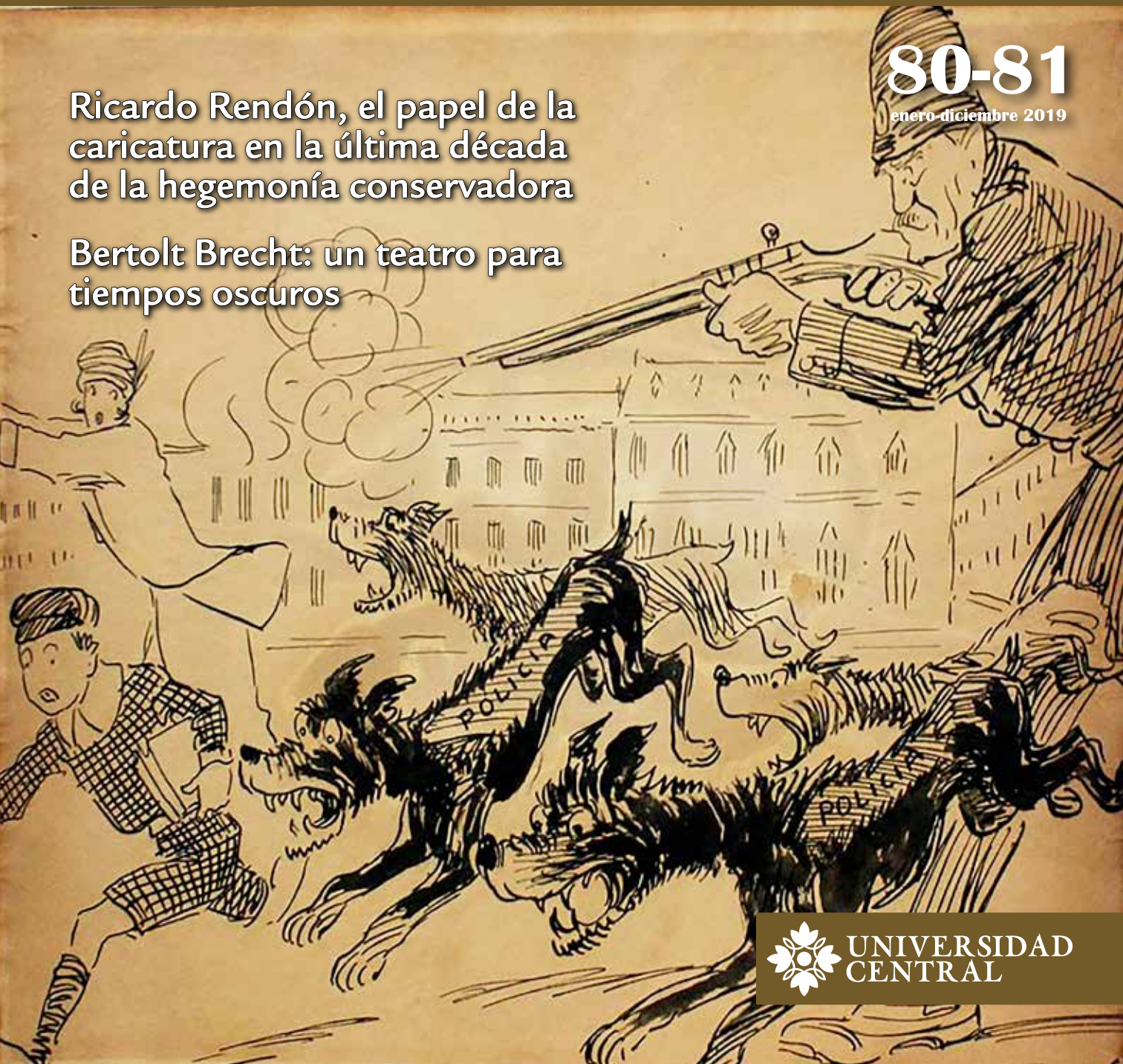
ISSN: 0120-1301 DISTRIBUCIÓN GRATUITA

80-81

enero-diciembre 2019

Ricardo Rendón, el papel de la caricatura en la última década de la hegemonía conservadora

Bertolt Brecht: un teatro para tiempos oscuros



UNIVERSIDAD
CENTRAL



Imagen de cubierta: "Un peligro social. El director de la policía y sus sabuesos". Caricatura de Ricardo Rendón en el diario *La República*, 16 de febrero de 1922. Dominio público.



Consejo Superior

Rafael Santos Calderón (Presidente)

Jaime Arias Ramírez

Fernando Sánchez Torres

Flor Ángela Plazas

(representante de los docentes)

Mónica Andrea Quiroga

(representante de los estudiantes)

Jaime Arias Ramírez

Rector

Óscar Leonardo Herrera Sandoval

Vicerrector académico

Paula Andrea López López

Vicerrectora administrativa y financiera

Hojas Universitarias, n.º 80-81

ISSN: 0120-1301

Isaías Peña Gutiérrez

Director

Juan Antonio Malaver

Coordinador

Comité Editorial

Fernando Sánchez Torres, Joaquín Peña Gutiérrez, Óscar Godoy Barbosa, Isaías Peña Gutiérrez, Juan Malaver y Sergio González.

Correspondencia

Escuela de Artes

Universidad Central

Correo electrónico: hojasuniversitarias@ucentral.edu.co



Salvo que se especifique de otra manera, los contenidos textuales de Hojas Universitarias están publicados de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons 2.5. Usted es libre de copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas. El material gráfico, sin excepción, está protegido por copyright.

Tarifa Postal Reducida n.º 529 de la Administración Postal Nacional

Preparación editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera

Asistente editorial: Nicolás Rojas Sierra

Diseño y diagramación: Mónica Cabiatiava Daza

Corrección de textos: César Augusto Saavedra

Fotografía de apoyo: <https://pixabay.com/>

Las ideas aquí expresadas, lo mismo que su escritura, son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen a la Universidad Central ni a la orientación de la revista.

Fe de erratas: En el número anterior se incluyó incorrectamente el título del libro de Luisa Fernanda Trujillo al reseñarlo. El título correcto es: *En tierra, el pájaro olvida cantar*.

Contenido

Temas humanísticos y sociales

- Ricardo Rendón, el papel de la caricatura en la última década
de la hegemonía conservadora 5
RAÚL MORENO
- Bertolt Brecht: un teatro para tiempos oscuros 15
ADRIANA MARÍN URREGO

Aproximaciones literarias

- Un narrador explorando o un acercamiento al poeta
en Roberto Bolaño 25
JAIME GÓMEZ NIETO

Creación

Poesía

- Instantáneas dominicales..... 33
ALEJANDRO CORTÉS GONZÁLEZ

Cuento

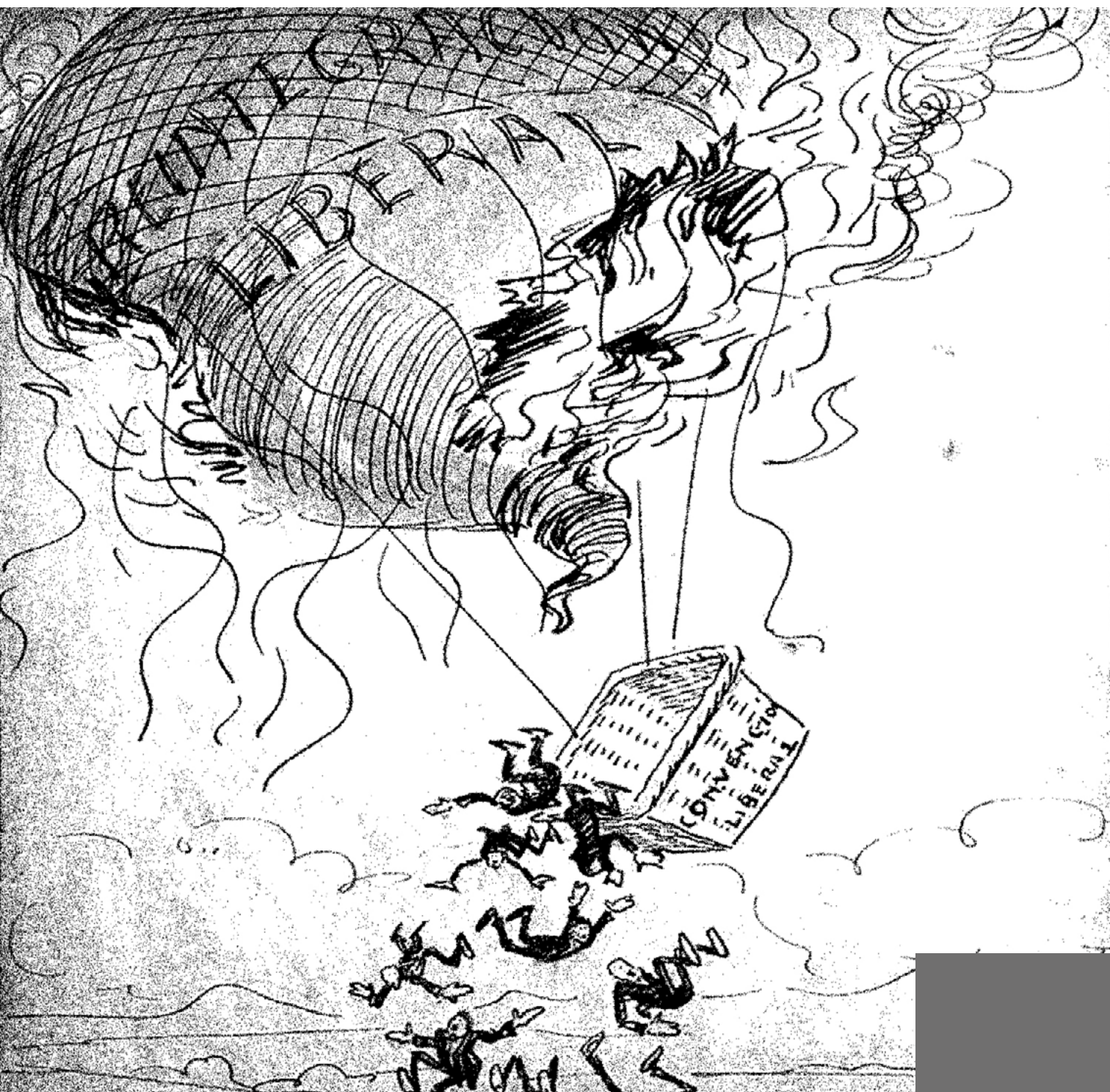
- Demolición 37
DIEGO ARMANDO PEÑA R.
- La bicicleta escondida 40
ALIEX TRUJILLO
- Último kilómetro..... 43
MARÍA JOSÉ PLATA
- La luz no me deja ver 51
EFRAÍN VILLANUEVA
- Aiko Fujimori 58
LILY TOFT
- Fue un buen presagio 62
JAVIER MORENO



Libros

- Roberto Montes Mathieu
Hay un lugar para tus ojos 79
IGNACIO VERBEL VERGARA
- Leonel Plazas Mendieta
El olor del pokvo 83
ÁLVARO MIRANDA
- Leonardo Gil Gómez
Celebraciones 84
JOHN JAIRO LEÓN MUÑOZ
- Alfonso Ramírez Gómez
Desde el café del parque 86
SILVIO ARISTIZÁBAL GIRALDO
- Manuel Puig
El beso de la mujer araña 87
DANIEL ÁNGEL
- Rifles bajo la lluvia*, una novela que cuestionará la Colombia
de ayer y de hoy 88
DANIELA MAHECHA DÍAZ

Temas humanísticos y sociales



Ricardo Rendón, el papel de la caricatura en la última década de la hegemonía conservadora*

RAÚL MORENO

Profesor de sociales de la Universidad Central

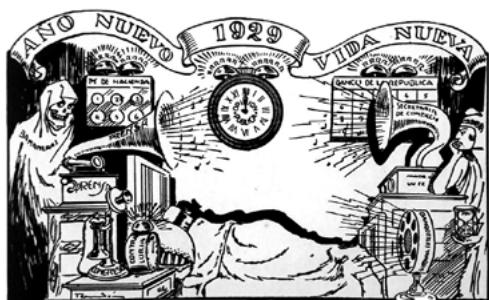


Figura 1. Caricatura titulada “año nuevo, vida nueva”.
Fuente: Rendón (1930).

Los habitantes de la Colombia de los años veinte serán testigos del avance modernizante proyectado desde el gobierno del presidente Rafael Reyes; gobierno que, de alguna forma, continuaron sus sucesores en lo que atañe al afán que tenía la élite en el poder de proporcionar una infraestructura física y tecnológica al país adecuada para la inversión extranjera. Por aquellos años—incluso hoy—, este aspecto era considerado imprescindible para hacer atractivo un territorio para la inversión extranjera.

En el plano político, el ejercicio de los dirigentes de los dos partidos tradicionales se centró en el intento de zanjar sus diferencias provenientes del siglo XIX, con miras a establecer puentes de comunicación que permitieran llegar a acuerdos y que posibilitaran el desarrollo económico de la nación. En consecuencia, los líderes de los partidos

desde principios del siglo XX entendieron que Colombia no podía vivir en paz si uno de los partidos estaba excluido de la escena política. Partiendo de este punto, en 1910 se produce una reforma constitucional que garantizó la representación de la minoría conformada por los liberales, aspecto que les permitía ser parte del Congreso y de otros cuerpos deliberativos. Aunque el liberalismo nunca estuvo complacido con la cuota que se le otorgó durante la hegemonía conservadora, y las elecciones siempre estuvieron demandadas por hechos irregulares en contra de los liberales, lo cierto es que durante las primeras tres décadas del siglo XX Colombia vivió una época de relativa paz, que se romperá definitivamente con la masacre de las bananeras y la muerte del estudiante Gonzalo Bravo Páez en Bogotá.

Durante esta época, el sueño modernizante estuvo acompañado por un período de moderación política, fundada en el pragmatismo de los cabecillas de los partidos. La nueva realidad llevó a la muerte política a muchos viejos dirigentes militares del siglo XIX, para dar paso a una nueva clase política más afín con las ideas republicanas; claro está, que estos pactos duraron muy poco, y, como veremos, en la década de los veinte se romperán para dar paso al triunfo liberal en las elecciones de febrero de 1930.

* El presente artículo hace parte de los resultados de investigación del proyecto *Imaginar la modernidad desde el Teatro Faenza: Bogotá 1924-1930*, apoyado y financiado por la Universidad Central.

El ímpetu del republicanismo pragmático, montado sobre el argumento del desarrollo económico de la nación, tendrá gran repercusión en la Colombia de los años veinte, en la medida en que la intención de los republicanos por acercar al país a la civilización producirá grandes cambios en la composición social y aumentos significativos en la demografía de las ciudades: así Bogotá, por ejemplo, pasará de tener 120 000 habitantes en 1912, a tener 235 000 en 1928 (McGreevey, 1975, p. 113). Este aumento se deberá a decisiones políticas producidas en la década anterior, y una de ellas tendrá que ver con el desarrollo de la infraestructura vial, que hará menos traumático el acceso a la ciudad y, a su vez, valorizará la propiedad de la tierra en los campos. Este aspecto propiciará el desplazamiento forzado de muchos campesinos, quienes serán expulsados de sus tierras y tendrán que huir a las ciudades, especialmente hacia Bogotá. La migración hacia la capital será uno de los graves problemas que enfrentará el régimen conservador, ya que la clase política de la ciudad se verá enfrentada a solucionar los problemas ocasionados por su crecimiento desmesurado como: la colonización de terrenos baldíos, el aumento de la delincuencia, la prostitución, la necesidad de garantizar condiciones de higiene, así como los problemas étnicos o de clase, que hoy están vinculados al tema de la *inclusión social*. Pero, quizá, lo más relevante del aumento de la población en las ciudades fue que Bogotá se convirtió en un importante fortín electoral a conquistar por la clase política, debido a que la ciudad, al contar con un gran número de electores, sería el factor esencial para asegurar el poder.

La agenda de los políticos durante estos años estuvo orientada hacia cómo enfrentar los cambios producidos por la oleada migratoria del campesinado a las ciudades —en su incipiente proceso de pro-



Figura 2. Caricatura titulada “la Bolívar Petroleum Company”.

Fuente: *El Espectador*.

letarización—, así como al hecho de buscar la mejor forma de instalarse en el proceso mercantil e industrial que, por aquel entonces, tenía grandes perspectivas de progreso. Los dirigentes políticos de la segunda década del siglo xx intentarán, en el marco de las ideas republicanas, integrarse a las aspiraciones de una incipiente sociedad burguesa, haciendo un profundo esfuerzo por implementar reformas para garantizar el ejercicio efectivo de formas democráticas.

Aunque lo anterior estuvo en los planes de los políticos de la época, la verdad es que se logró muy poco. Durante la hegemonía conservadora, y en algunos aspectos, gracias a la presión ejercida por la Iglesia católica o al nacionalismo cultivado desde la pérdida de Panamá, dichas reformas fueron imposibles y sus debates se prolongaron durante muchos años. De esta forma, pocas veces prosperaron leyes que, entre otras, implementaban normas para garantizar los derechos de los obreros y trabajadores, como el pago de los días festivos, el seguro y el descanso dominical; el acceso a la educación para hombres y mujeres; la igualdad de condiciones entre ricos. Tampoco prosperaron reformas que protegían y daban garantía en los procesos electorales para los candidatos liberales, ni el respeto

a las nuevas agrupaciones políticas de cuño socialista, que surgían avivadas por el triunfo de la revolución bolchevique, entre otras.

La ratificación de tratados internacionales como el que reconoce la pérdida de Panamá, la realización de contratos con compañías internacionales para la explotación petrolera (figura 2) y el debilitamiento de la economía europea que estaba en una profunda depresión después de la Primera Guerra Mundial, llevaron al país a una crisis económica, política y social. Lo cierto es que, a comienzos de los años veinte, el partido que estaba a punto de cumplir cinco décadas en el poder no se había podido acoplar a la nueva realidad que vivía el país; incluso, en su afán por querer cambiar esta situación y salir del desprestigio.

Así como José “Pepe” Gómez hizo maravillosas caricaturas sobre los usos, vida cotidiana y costumbres de los bogotanos de los años veinte, Ricardo Rendón surgirá como uno de los más duros críticos de los dirigentes políticos de la década. Sus caricaturas se convirtieron en sendos dardos a los gobiernos conservadores de la época, y llegó a decirse que, sin el pincel y la pluma de Rendón, no habría sido posible el triunfo liberal en las elecciones de 1930 (Colmenares, 1984, p. 5). Desde los diarios *La República*, *El Espectador*, *El Tiempo* y la *Revista Cromos*, este genial caricaturista colocaba en el orden del día los grandes debates que a la opinión pública más le preocupaban. Las caricaturas de Rendón llegaron a convertirse casi en el editorial de la prensa liberal, en la cual se denunciaban sin contemplaciones las equivocaciones de los gobiernos de Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez. Aunque no faltaron las críticas a los dirigentes del Partido Liberal que participaron de los gobiernos de la hegemonía.

Ricardo Rendón pintó el descontento de un sector de la población que no podía

entender cómo la clase dirigente se preciaba de escribir muy bien, cuando la gran mayoría de sus habitantes era analfabeta; tampoco, cómo un país que había montado y patrocinado el surgimiento de la aviación, en aquellos años no había podido comunicar a muchas regiones por vía terrestre. La caricatura de Rendón tuvo gran influencia en aquellos iletrados que accedían a los periódicos sin saber leer, y que sin duda encontraban en las caricaturas una forma de entender lo que realmente estaba sucediendo: los escándalos de corrupción, la crisis económica, las peleas de los políticos, las leyes que se aprobaban, los tratados que se firmaban, y otros hechos de la vida cotidiana.

Como podemos observar en la caricatura 13 (figura 3), cuyo título reza “polvo eres y en polvo te has de convertir”, las caricaturas de Rendón contra el régimen conservador van a ser aniquiladoras. Las postales pintadas por Rendón casi nunca muestran grandes acontecimientos, sino que su trabajo deja ver lo que está detrás de la política y las costumbres de la dirigencia conservadora, para lo cual establece relaciones directas con los personajes retratados.



Figura 3. Caricatura titulada “Polvo eres y en polvo te has de convertir”.

Fuente: Colmenares (1984).

De esta manera, Rendón nunca pintó de forma alegórica o con idealizaciones, sino que caricaturizó a los políticos pintándolos como son en su aspecto físico y político, lo que lo diferenciaría de otros caricaturistas

de la época. El primer conservador víctima de sus ataques fue el expresidente Marco Fidel Suárez, quien fue siempre retratado de forma solitaria, ensimismado e inmovible, siempre sumiso frente a los intereses de los Estados Unidos. Como dice muy bien Bushnell (1999): “Suárez admiraba con fervor a los Estados Unidos... y tradujo su admiración en un principio que guiará la política externa de Colombia y que llamó la doctrina de la estrella polar” (p. 229).

Marco Fidel Suárez, por la simbología utilizada por Rendón en sus caricaturas, será el representante de una clase política vieja y caduca (figura 4), llena de rencillas personales, gramáticos, académicos, letrados y jurisconsultos incapaces de resolver los problemas de la clase menos favorecida. Suárez será para Rendón el típico representante de la Atenas Suramericana, cuya intencionalidad, como ya se dijo, tendrá que ver con esa inmutabilidad proporcionada por la correspondencia entre el pensamiento y el mundo, en un marco que solo se dará gracias a la representación formal lograda por la *letra*. En otras caricaturas será representado como un árbol viejo en otoño, del cual sus hojas caen. Es la representación perfecta del hombre decimonónico colombiano, que aún vivía en el espíritu de muchos dirigentes políticos durante la hegemonía conservadora.



Figura 4. Caricatura titulada “El sueño de los apaches” (detalle).

Fuente: *El Espectador*.

Fiel a la tradición heredada del período de la regeneración, a Marco Fidel Suárez poco le va a importar lo que esté sucediendo en el mundo y en el país. Lo único que importa es quién va a sucederlo en el poder. Ricardo Rendón mostrará, en múltiples caricaturas, a los dirigentes del Partido Conservador más preocupados por la elección de quién va a sucederlos en el trono, que por el futuro del país (figura 5). Así es que muchos serán pintados dormidos, en salones, conspirando contra los enemigos, en pomposas cenas o rodeados de animales que simbolizan rasgos característicos de la personalidad de los dirigentes conservadores. Suárez, por ejemplo, será representado por un búho, símbolo de la tradición grecolatina que preconizaba.

Al régimen de Marco Fidel Suárez poco le importaban las críticas provenientes de la oposición (Colmenares, 1984, p. 100), y, como era propio de los dirigentes de la hegemonía, él creía que, para salir de cualquier crisis, la solución era hacer pactos por debajo de la mesa con las mayorías con las que contaba el partido en el Congreso. Lo que nunca pensó el expresidente Suárez fue que estas mayorías no lo iban a acompañar en una crisis en la que las afectadas eran estas mismas, como cuando las exportaciones de café bajaron debido a la poca demanda de Europa después de la guerra.

En aquel entonces, el país vivía una crisis fiscal como consecuencia de la reducción de ingresos para la nación por impuestos aduaneros, situación que produjo incumplimiento en los pagos de los salarios a los empleados públicos que, como hoy en día, son la gasolina para sostener el ejército de burócratas que dependen del líder político en el Congreso. A lo anterior se suma la fuerte discusión por la ratificación del tratado de 1914, que suponía la tabla de salvación para el partido de gobierno, gracias al ingreso de los veinticinco millones de dólares de los Estados Unidos por la separación

Los años veinte fueron la época del renacer de las banderas liberales, que serán ondeadas, sin lugar a duda, por Ricardo Rendón.

de Panamá. Esto produjo una grave crisis política de gobernabilidad para Suárez que lo llevó a renunciar al poder en noviembre de 1921 (Bushnell, 1999, p. 229).

La renuncia del presidente siempre fue vista como una estrategia fraguada por el propio Suárez para garantizar la aprobación del tratado, pues su reemplazo, el general Holguín, siguió gobernando bajo la dirección de Suárez y de su sucesor, Pedro Nel Ospina.

Durante la transición, Holguín siguió fiel a la tradición de compartir el poder con los liberales, a quienes se les ofrecieron varios ministerios. Pero ante las sospechas de que quien continuaba mandando era Suárez, los liberales recibieron la orden (de parte del general Benjamín Herrera, líder de la guerra de los mil días) de no aceptar los cargos, cosa que a la postre sucedió. Este escenario de ingobernabilidad marcó el rompimiento con una tradición que venía desde Rafael Reyes, y revivió una lucha partidista que desde la batalla de Palonegro no se veía. El Partido Liberal vio, ante la crisis conservadora, una oportunidad para retornar al poder. Los años veinte fueron la época del renacer de las banderas liberales, que serán ondeadas, sin lugar a duda, por Ricardo Rendón. Esto no ocurrió con los mismos dirigentes del liberalismo, quienes pactaron de nuevo durante el gobierno de Pedro Nel Ospina. Así, la caricatura producida desde la prensa liberal se convertirá en el canal de denuncia de la falta de garantías

electorales y en bastión de batalla contra la Iglesia católica que, como lo hizo durante el siglo XIX y hasta nuestros días, se alinearán con el Partido Conservador (figura 6).



Figura 6. Caricatura de 1921, la Iglesia y sus prácticas conservadoras.

Fuente: Colmenares (1984).

Después del corto período de Holguín, asume la presidencia el ingeniero Pedro Nel Ospina bajo el lema “probidad y eficiencia”. Este hecho se da luego de una campaña interna bastante cuestionada por la designación de Ospina como candidato conservador, y después de que este fuera aclamado como candidato oficial. De esta forma, se rompió el acuerdo que se tenía de esperar la llegada de Vicente Concha, quien venía desde Roma, y quien representaba el ala antisuarista del partido. Con Ospina ya en la presidencia, se retornó al viejo esquema de compartir el poder con los liberales, decisión que tuvo el beneplácito del general Herrera, quien en esta oportunidad sí aceptó que miembros del Partido Liberal participaran en el nuevo gobierno. Ospina, que se había formado como ingeniero en los Estados Unidos, propendió por proporcionar al país una infraestructura física, económica y educativa como lo había proyectado Rafael Reyes; todo esto gracias

a los dineros que durante su gobierno se desembolsaron por la venta de Panamá, así como por una gran cantidad de empréstitos que se le habían aprobado a Colombia por parte de financistas internacionales.

El gobierno de Pedro Nel Ospina no tuvo que afrontar ninguna crisis económica, pero sí padeció los embates de una clase política corrupta y de un clero ortodoxo; ambos eran muy poco amigos de las reformas modernas. Un claro ejemplo de esto es lo sucedido durante el trámite a una reforma educativa que buscaba una educación en la que el Estado participara más activamente, por lo que se aceptó que una misión extranjera proveniente de Alemania aportara sus ideas para implementar un nuevo modelo pedagógico. Frente a esta iniciativa del ministro de instrucción de Ospina, la Iglesia reaccionó vehemente en contra del proyecto y exigió la salida de la misión extranjera por ser de orientación evangélica. Como vemos, la separación entre Iglesia y Estado, propia de los estados modernos, no se producirá durante los años veinte; incluso, la Iglesia todavía contaba con el poder para dar su última palabra sobre la escogencia del candidato conservador, cosa que sucedió durante las primeras décadas del siglo xx. Todo esto será utilizado espléndidamente por Rendón, quien será el único capaz de enfrentar el poder de la Iglesia. Muchas de sus caricaturas provocarán escándalo entre los miembros del clero conservador. El ejercicio de crítica contra el clero emprendido por Rendón no solo mostraba a la Iglesia como factor de poder real, sino que retrataba cómo esta era un factor de atraso (figura 7). En palabras de Bushnell (1999): “la alianza no estaba planteada entre el Estado y la Iglesia, sino más bien entre esta última y el Partido Conservador, que controlaba el Estado” (p. 232).

Pero quienes más se mostraron contrarios a las reformas propuestas por el



Figura 7. “Yo pecador” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

gobierno de Ospina fueron los miembros de su partido. A pesar de que el Gobierno había pasado una serie de reformas presupuestales, fiscales, electorales, judiciales, a la ley de prensa, entre otras, muchas de estas se cayeron durante el trámite o su aprobación fue todo un parto que duraba muchas legislaturas, dependiendo del apetito burocrático de los gamonales regionales del Partido Conservador. Aunque, durante más de cuarenta años, el Partido Conservador había intentado construir un proyecto de nación, parece ser que para los años veinte este no había sido posible. Las disputas dentro del conservatismo por conseguir el privilegio de los dineros que estaban llegando para las regiones serán un factor bastante desestabilizador para Ospina, quien será víctima de un intento de golpe de estado a manos de sus propios compañeros de partido. En un primer momento, se dijo que había sido organizado por el general Vásquez Cobo, quien aspiraba a la presidencia para el siguiente período (figura 8).

El Partido Conservador, durante el gobierno de Ospina, será visto por Rendón como una agrupación de ambiciosos, oportunistas, corruptos e ineptos (figura 9). Mostrará a Ospina como un hombre fuerte pero incapaz de contener la rapiña, los escándalos por corrupción y la injusticia

Alocución Presidencial



Figura 8. Caricatura “La alocución presidencial” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

social, en medio de un país que tenía todas las posibilidades para crecer y salir del atraso. Rendón va a poner en evidencia que el lema de campaña de Ospina no se cumplió y los intentos por lograr hechos de progreso reales no se cumplieron íntegramente, y aunque durante su gobierno se pusieron en marcha proyectos que buscaban un avance integral, el progreso solo fue material porque la conciencia de la clase dirigente siguió igual.

Finalizado el período de Pedro Nel Ospina, asume la presidencia Miguel Abadía Méndez, abogado que había ocupado innumerables cargos durante la hegemonía conservadora. Este será símbolo de atraso, de apego a la tradición y contrario a la nueva realidad que vivía el país. Rendón lo pintará como un político sigiloso y marrullero, famélico y siempre vestido de sacoleva al estilo de Charlot, en pijama o como cazador —una de sus aficiones favoritas, que lo hacía ver como un miembro de la realeza de corte feudal—, indiferente frente a los problemas sociales y al crecimiento de la pauperización en las ciudades (figura 10).

Abadía Méndez tuvo que afrontar, además de las disputas internas por la presidencia, problemas financieros heredados de la cantidad de préstamos solicitados durante el gobierno de Ospina y una serie de huelgas, producto de las malas condiciones laborales que tenían los trabajadores. Asimismo, tuvo



Figura 9. “El presidente presidiendo” de 1931.

Fuente: *Cromos*.



Figura 10. “La nochebuena de Charlot” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

que lidiar con problemas de corrupción en la Alcaldía de Bogotá.

Aunque la insatisfacción de los habitantes de la ciudad ya se había hecho manifiesta durante la administración de Ospina (con los paros de los trabajadores del tranvía y el de los barrenderos), los conflictos laborales que tuvo que afrontar Abadía Méndez fueron muy importantes, no solo por su magnitud, sino por la falta de manejo que mostró él y su gabinete frente una situación tan compleja. Ante esta problemática, que reportaba paros de trabajadores del petróleo en Barrancabermeja, de los ferrocarriles en el Pacífico, de los empleados de la bananeras en la costa y las huelgas en Bogotá por los problemas de corrupción y nepotismo en la administración local, el expresidente Abadía Méndez respondió reprimiendo violentamente la protesta o acusando a la dirigencia de estos movimientos como “comunistas partidarios de la violencia que querían incitar a una revolución como la vivida en Rusia” (figura 11). Para esto, fue promulgada la “ley

heroica”, que buscaba silenciar a los dirigentes de la oposición y que causó muchos detenidos en las regiones donde se habían realizado las manifestaciones.



Figura 12. *Chichimoco Tontini*, de 1931.

Fuente: *Cromos*.

Pero, en medio de este clima de agitación, en la ciudad de Bogotá estalló la protesta contra la Rosca manzanillista. Este escándalo, en el que algunos familiares del presidente estaban vinculados en desfalcos, comenzó cuando el entonces alcalde José María Piedrahíta se opuso a los manejos inescrupulosos que se estaban dando en las empresas del tranvía y el acueducto, hecho que ocasionó la destitución de una serie de miembros afines a una rosca que era manejada por Arturo Hernández, apodado “Chichimoco”, quien era el ministro de Obras Públicas de Abadía.

Esto llevó a que el alcalde fuera destituido por una orden presidencial. Pero el alcalde nombrado en reemplazo de Piedrahíta, el señor Luis Augusto Cuervo, no solo llegó con más bríos para continuar la lucha contra la rosca, sino que destituyó a Hernando Velasco, cuñado del presidente, y el nuevo alcalde también fue destituido por el presidente Abadía.

Esta situación y el manejo dado por el presidente encendieron los ánimos de los habitantes de Bogotá, que, convocados por Jorge Eliécer Gaitán, provocaron un boicot que mantuvo los bancos y el tranvía sin servicio. Durante el mes de junio 1929, altas personalidades de la política participaron en las multitudes que fueron reprimidas por la policía, en las que murió el estudiante Gonzalo Bravo Páez. Este hecho produjo grandes grietas en el régimen, que fue obligado, en una reunión de notables en el Gun Club, a sacar del gobierno a “Chichimoco”, al gobernador de Cundinamarca y al comandante de policía. Este incidente, como la masacre de las bananeras (figura 13), fue severamente cuestionado por la opinión pública, por lo cual la administración de Abadía perdió la poca credibilidad que aún tenía.



Cortés Vargas: ¡Yo maté cien... !
Abadía: Eso no es nada, yo maté a doscientos.

Figura 13. “Regreso de cacería” de 1931.

Fuente: Cromos.



Figura 14. “El isocronismo del péndulo” de 1931.

Fuente: Cromos.

Aunado a los malos manejos de las protestas por parte de los miembros del gobierno de Abadía, el hecho que marcó el fin de la hegemonía conservadora será la confusión generada por parte del arzobispo Ismael Perdomo, quien debería haber sido el candidato

del Partido Conservador. Aun cuando inicialmente el prelado apoyó a Vásquez Cobo, luego de una reunión con el otro candidato, este decidió expedir un comunicado con el que la Iglesia apoyaba a Guillermo Valencia. Esto hizo que algunos obispos, ante la

falta de claridad, apoyaran indistintamente a uno de los dos candidatos, lo que produjo la derrota del Partido Conservador en las elecciones de 1930. Así, luego de cuatro décadas en el poder, el período denominado “hegemonía conservadora” llegaba a su fin. ■■

Referencias

- Bushnell, D. (1999). *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Colmenares, G. (1984). *Ricardo Rendón. Una fuente para la historia de la opinión pública*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- McGreevey, W. P. (1975). *Historia económica de Colombia 1845-1930*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Rendón, R. (1930). “Año nuevo, vida nueva”. En *Caricaturas*. Bogotá: Editor Cromos.

Bertolt Brecht: un teatro para tiempos oscuros

ADRIANA MARÍN URREGO

Docente del Departamento de Arte Dramático

*En el futuro no dirán:
Los tiempos fueron oscuros.
Dirán: ¿por qué no hablaron los poetas?*

BERTOLT BRECHT

Cuando Bertolt Brecht nació en 1898 se volvió parte, sin quererlo, de lo que Hannah Arendt (1990) llamó *la primera de tres generaciones perdidas*. Fueron sus coetáneos quienes se inventaron ese nombre; después de haber vivido las trincheras y los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, ¿cómo iban a ser capaces de vivir vidas normales? “La normalidad era una traición a toda la experiencia del horror” (p. 205). En vez de traicionar eso que les era más propio, dice Arendt, preferían perderse, “perderse para sí mismos y para el mundo” (p. 205).

A Brecht le siguieron dos generaciones de hombres que también quisieron perderse del mundo: aquellos que, diez años después, tuvieron que vivir la inflación, el desempleo en masa y la inquietud revolucionaria que había quedado en Europa después de los cuatro años de guerra, y esos otros que, veinte años más tarde, se enfrentaron a los campos de concentración nazis, a la guerra civil española y los juicios de Moscú (p. 205). Estos hombres atravesaron lo que Eric Hobsbawm (1995) llamó *el siglo XX corto*, que ocurrió entre el estallido de la Primera Guerra Mundial y el hundimiento de la URSS, y con el que “terminó una época de la historia del mundo para comenzar una nueva” (p. 15).

Una generación ligera la nuestra, instalada en casas que creíamos indestructibles

...

De estas ciudades quedará el que las atravesaba: ¡el viento!

La casa alegre al que en ella come: ¡y él la vacía!

Sabemos que somos provisorios

Y después de nosotros: nada digno de ser nombrado¹.

Con el fin de la Primera Guerra Mundial, “cuatro años de destrucción habían limpiado al mundo, las tormentas habían arrasado con ellas todo rastro humano, todo a lo que uno podía aferrarse, incluyendo los objetos culturales y los valores morales” (Arendt, 1990, p. 215). Alemania sufría una crisis general en el marco de las crecientes tensiones internacionales y la influencia de Estados Unidos fue determinante para frenar la catástrofe social y económica que se avecinaba (Ewen, 2001, p. 111). Gracias a préstamos y a planes de Gobierno, el país americano logró transformar a Alemania en una de las grandes potencias industriales del mundo. Para 1923, parecía que el “equilibrio” económico y político ya se había logrado y, gracias a este, muchos empresarios reunieron grandes fortunas. Estas, sin embargo, nunca llegaron a suplir las ne-

1 Extracto del poema “El pobre B. B.” (Brecht, 2012, p. 32).

cesidades de la población, que cada vez se empobrecía más (p. 111). Bertolt Brecht no fue impermeable ante esto:

Ahí marchábamos. Cambiando de país más frecuentemente
que de zapatos, a través de la lucha de clases, desesperados,
de ver solo injusticias y no rebelión.
...
¡Ay! Nosotros,
que queríamos preparar el terreno para la amabilidad,
no pudimos ser amables².

Era claro que, ante el evidente y creciente capitalismo, había que hacer algo definitivo. El partido comunista ya se había instalado en Alemania desde 1918, cuando, en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, había caído la monarquía alemana y se había declarado una nueva república que prometía el acceso de las fuerzas democráticas al poder, especialmente, aquellas del movimiento de los trabajadores (Rosenhaft, 1994, p. 9). Se querían dejar atrás aquellos tiempos de guerra en los que, no solo murieron más de setecientos mil civiles bajo la enfermedad y el hambre, sino en los que aquellos que aún quedaban vivos, sobre todo mujeres, debían trabajar largas horas en las industrias de guerra, casi siempre en condiciones peligrosas (p. 7). Esas circunstancias, no obstante, parecían no haber mejorado: todavía había sectores de la clase trabajadora que seguían “pobres y desesperados” (p. 11). Los comunistas, entonces, continuaban oponiéndose al gobierno, disconformes con una “reforma social” que, a grandes luces, parecía incompleta (p. 10). Para ellos, inspirados en los acontecimientos recién ocurridos en la Unión Soviética, era necesaria la revolución.

Este proyecto revolucionario, apoyado en las ideas de Karl Marx, atrajo profundamente a los artistas y a los intelectuales de la época (p. 12). Brecht afirmó haber estado, él mismo, “completamente sumergido en el capital” y, además de estudiar ciencias políticas y economía, empezó también a asistir a cursos de marxismo (Ewen, 2001, p. 126). Quiso proyectar esos nuevos intereses en sus obras: “cuando leí *El Capital* de Marx entendí mis propias obras... no descubrí, desde luego, que había escrito inconscientemente un puñado de obras marxistas, pero Karl Marx es el lector ideal de mis obras... para él hubieran sido un material ilustrativo” (p. 130).

Lo que Brecht (2004) entendió fue que el capitalismo había logrado que el individuo, antes libre, fuera un obstáculo para las fuerzas productivas: en la situación social moderna el individuo había desaparecido para darle su lugar a los grandes colectivos (p. 24). El teatro debía cambiar, pues, en ese contexto, un teatro que buscaba que un hombre se identificara con otro ya no tenía sentido: “cuando nos damos cuenta de que nuestro mundo no se ajusta al drama, entonces el drama ya no se ajusta al mundo” (Ewen, 2001, p. 127).

Por un nuevo teatro

Por 3000 marcos al mes
está dispuesto
a poner en escena la miseria de las masas.
Por 100 marcos por día
exhibirá
la injusticia del mundo³.

Brecht fue el primero en hablar abiertamente de una dramática no aristotélica; decía que, en lugar de la identificación —en la cual a través de la mimesis el espectador

.....
2 Extracto del poema “A los que vendrán” (Brecht, 2012, p. 125).

.....
3 Extracto del poema “El comunista teatral” (Brecht, 2012, p. 67).

se identificaba con el héroe y se producía la catarsis—, se debía producir el distanciamiento, es decir, se debía eliminar en la acción y en el personaje los aspectos familiares y, más bien, buscar que estos provocaran asombro y curiosidad:

el actor interpreta la furia de Lear de modo que el espectador pueda asombrarse de ella e imaginar otras reacciones que no sean las de furia. La actitud de Lear se distancia, es decir, se representa como extraña, llamativa... como un fenómeno social que no es natural. (Brecht, 2004, p. 84)

Esa furia de Lear también tenía que presentarse en un contexto histórico determinado: “distanciar significa poner en un contexto histórico, significa representar acciones y personas como históricas, es decir, efímeras” (p. 84). Se quería lograr que el espectador ya no viera representados sobre el escenario a hombres entregados a su destino, incapaces de ser influidos, sino que viera que el hombre era de una manera determinada porque sus circunstancias eran

de una manera determinada: el hombre *era* por sus circunstancias (p. 84).

Con el distanciamiento, Brecht buscaba que el espectador empezara a adquirir una actitud crítica frente a lo que veía y que esto lo llevara a querer cambiar el mundo. Para lograrlo, hizo uso de recursos como pancartas, proyecciones, canciones, coros y una técnica actoral que buscaba que el actor no se transformara completamente ante los ojos del público: que el espectador no se olvidara nunca de estar viendo un actor representando un papel. A esto le llamó *teatro épico*, porque, a través de esos recursos, el escenario —como ocurría con la épica— empezó a narrar (p. 45). Más allá de mostrar una historia que conmoviera a la audiencia, el espectáculo mostraba el entorno real en el que los hombres vivían: se ofrecía material estadístico, se hablaba de acontecimientos en otros lugares del mundo y se informaba al espectador sobre sucesos que antes eran desconocidos. En este sentido, los temas también cambiaron. Con la intención de enseñar, el teatro comenzó a hablar de inflación, de guerra, de luchas



sociales y de religión (p. 47), pero no por eso dejó de ser divertido: “Si no existiera un aprender divertido, el teatro sería, por toda su estructura, incapaz de enseñar” (p. 49).

Para el autor alemán, eran las capas proletarias las que mejor podían reaccionar al “nuevo teatro”, pues este permitía que ellas fueran una audiencia activa ante lo que ocurría sobre el escenario (p. 27): este teatro, con la representación directa de su realidad, los impulsaba a reaccionar, a ser críticos de su condición y a querer hacer algo para cambiarla.

En 1935, Brecht escribió un poema desde el punto de vista de un obrero que, gracias a la lectura, se hace preguntas sobre su posición en el mundo. Para él, el teatro debía despertar estos mismos cuestionamientos:

¿Quién construyó Tebas, la de las siete
 puertas?
 En los libros están los nombres de los reyes.
 ¿Los reyes arrastraban los bloques de
 piedra?
 Y Babilonia, tantas veces destruida,
 ¿quién la reconstruyó una y otra vez?
 ...
 El joven Alejandro conquistó la India
 ¿él solo?
 ...
 cada página una victoria
 ¿Quién cocinaba el festín?⁴

Brecht en América Latina

En otro continente, más o menos por la misma época, otro poeta, Pablo Neruda, escribía sobre las mismas preguntas:

Piedra en la piedra, el hombre, dónde
 estuvo?
 Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?

4 Extracto del poema “Preguntas de un obrero que lee” (Brecht, 2012, pp. 102-103).

Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?

(...)

Macchu Picchu, pusiste

Piedras en la piedra, y en la base, harapo?

Carbón sobre carbón, y en el fondo, la lágrima?

Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo goterón de la sangre?

Devuélveme el esclavo que enterraste!⁵

Neruda compartió con Brecht los años previos a la Guerra Fría, los años de la zozobra de entreguerras, de la intelectualidad antifascista, de la solidaridad con la República española, de los frentes populares, de la edad dorada de las vanguardias, de la guerra y del “ocaso de Occidente”, de la “crisis de la cultura” y la crisis del capitalismo de 1929 (García, 2012, p. 70).

Por las fechas de nacimiento, él y sus contemporáneos hubieran sido parte de la primera generación perdida de Arendt (1990): la misma generación de Brecht. Desde la otra orilla, ellos vieron los mismos acontecimientos que afectaron a Europa en un mundo que se sentía cada vez más unificado. El crecimiento económico entre 1945 y 1970 permitió, por primera vez en la historia, hablar de una economía mundial integrada que trascendía las fronteras estatales. Esto hizo que las fronteras ideológicas también se permearan y que las ideas aceptadas por las instituciones de todos los regímenes se debilitaran (Hobsbawm, 1995, p. 19). De ahí surgieron las numerosas revoluciones de los años sesenta y setenta, que llevaron a que, entre 1980 y 1990, el mundo capitalista comenzara nuevamente a tambalearse (pp. 19-20).

Es posible que, por esto, la difusión internacional de Brecht, que comenzó por los años cincuenta, después de su muerte (García, 2012, p. 70), se fortaleciera, debido a los acontecimientos ocurridos durante los

5 Extracto del poema “Alturas de Macchu Picchu” (Neruda, 1999, p. 36).

sesenta: ante un mundo donde las ideas preconcebidas eran cuestionadas, la ideología brechtiana no solo encajaba, sino que impulsaba a la acción. Temporalmente, es claro que, en Latinoamérica, no fueron los contemporáneos a Brecht quienes recibieron su influencia, pero sí abonaron el terreno para que tuvieran acceso a ella las generaciones siguientes: los coetáneos de Neruda tomaron la crisis de Occidente como “una oportunidad del subcontinente para cumplir un rol regenerador del hombre y de la historia” y muchos de ellos coincidieron con Brecht en el Congreso de Intelectuales por la Defensa a la Cultura que se llevó a cabo en París, en 1935, y en Valencia, en 1937 (p. 70). Allí, con la responsabilidad de los intelectuales contra el fascismo, se planteó la idea de un “escritor (*o un artista*) comprometido con los procesos de transformación social”. Este pensamiento empezó a cobrar mayor importancia en Latinoamérica a partir de los años sesenta (p. 70).

El mejor ejemplo de esto fue lo que ocurrió en California, en 1965, con el Teatro Campesino de Luis Valdez. Valdez fue un recolector mexicano que, durante la huelga de la uva en Delano, lideró un grupo de teatro cuyo objetivo era encontrar cuadrillas para que salieran de los viñedos y se unieran al movimiento de campesinos que dejaron el campo para demandar mejores sueldos y mejores condiciones de trabajo. El teatro servía para informar a los campesinos de lo que estaba pasando: los traían de México, los pasaban por la frontera y los ponían a trabajar por cualquier cosa en los viñedos:

Nosotros nos subíamos sobre los camiones para comenzar a actuar cosas muy pequeñas, con letreros, con máscaras, en un modo muy directo de convencer a los trabajadores. Para nosotros era importante... que ellos tomaran conciencia de su condición, pero igualmente era importante la risa, que gozaran. (Valdez, en Peláez, 2010)

En esas obras se introducían canciones para infundirle “coraje” a la gente: los artistas, que eran los mismos recolectores, compusieron cantos para que todos (tanto actores como espectadores) cantaran, y esos cantos se convirtieron en himnos de lucha. De lugar en lugar, representando actos del estilo de la *Commedia dell’arte* en fincas, campos, universidades, teatros y plazas, la compañía de Valdez se fue convirtiendo en una herramienta de lucha muy importante (Peláez, 2010; Boffone, 2013).

Los elementos brechtianos se dejaban translucir en estas representaciones del *teatro campesino* de Valdez: ahí estaba el objetivo de hacer conscientes a los campesinos de su condición y de llevarlos a hacer algo frente a ella, uniéndose a la huelga; estaba “el modo directo” de hablarles a los espectadores, como cuando en el teatro épico un actor se salía de su “personaje” y se dirigía directamente al público (Brecht, 2004; p. 135); estaba el uso de letreros y de himnos, que permitieron a los espectadores involucrarse en el espectáculo; y estaban los mismos actos que fueron más allá de la representación, al transformarse en una herramienta de lucha. Como Brecht — influenciado más adelante por él—, Valdez usó el teatro como un medio para que los trabajadores abogaran por unas condiciones dignas: la lucha y el espectáculo fueron una misma cosa: “In a mexican way, we have discovered what Brecht is all about. If you want unbourgeois theatre, find unbourgeois people to do it”⁶ (Valdez, 2013, p. 135). Frente a esto, Wilson E. Ramírez sostuvo que

la candente realidad del entorno latinoamericano, marcado por profundas desigualdades sociales, obliga a los creadores escénicos a hacer un nuevo drama; o mejor,

6 “A la manera mexicana, hemos descubierto de lo que se trata Brecht. Si quieres un teatro antiburgués, encuentra antiburgueses que lo hagan”.

un drama más cercano a los problemas sociales locales; tomando distancia del canon clásico heredado de las propuestas por los autores universales. (Ramírez, 2017, p. 210)

Muchos otros grupos en Latinoamérica siguieron esta tendencia. Entre ellos está el grupo El Galpón, de Uruguay, que se presentaba en barrios populares buscando un diálogo directo con su público; el “Teatro Experimental de Punta Carretas”, también de Uruguay, creado en una prisión por el recluso Ángel Morales, que contaba los problemas que ocurrían allí adentro, y el “Teatro Abierto”, de Argentina, que luchó contra la dictadura, buscando reivindicar una dramaturgia nacional, favoreciendo la participación colectiva y el diálogo entre artistas, prohibido por la represión y la censura (Ramírez, 2017, p. 211).

Todos estos grupos, desde el Teatro Campesino de mexicanos en California hasta el Teatro Abierto en Argentina, “dieron paso a un nuevo camino de la investigación social que proclamaba un modelo de inserción militante” (Ramírez, 2017, p. 209), recibiendo la influencia de las teorías de Brecht que cada vez encontraban más eco dentro del contexto latinoamericano. Estos colectivos hicieron parte de un movimiento de época que se produjo de manera simultánea en varios rincones de América Latina y que introdujo otras dinámicas distintas a las que marcaba el teatro hecho “a la italiana”, bajo los modelos aristotélicos de la mimesis: la noción de actor, como una figura títere que dependía de la supremacía del autor y el director, y el protagonismo del texto como centro y estructura del espectáculo teatral, empezaron a ser cuestionados (Ramírez, 2017, p. 210). Gracias a estas nuevas dinámicas se empezó a desarrollar en Latinoamérica, principalmente en Colombia, una nueva forma de hacer teatro bajo el nombre de “creación colectiva”. Sus

representantes principales fueron Enrique Buenaventura y Santiago García.

Brecht en Colombia

Dentro del grupo que él mismo fundó, el Teatro Experimental de Cali (TEC), Enrique Buenaventura desarrolló un método que cuestionaba la figura del director como única autoridad dentro de una puesta en escena. El método se basaba en improvisaciones grupales que se realizaban a partir de un análisis colectivo del texto. Con estas improvisaciones se creaban imágenes particulares con las que, más adelante, se conformaba el total de la representación (Cardona, 2009, pp. 112-117). Santiago García, de manera paralela a Buenaventura, impulsó en su grupo La Candelaria “montajes organizados mediante un estudio dramático y una preparación y participación de los actores en calidad de cocreadores del montaje” (Gómez, 2011, p. 82).

Tanto en las representaciones del TEC como en las de La Candelaria, las imágenes no se presentaban necesariamente de manera lineal, pues, además del texto —que se despojaba de toda estructura lógica—, se tenían en cuenta lenguajes como el gestual, el visual y el sonoro. Esto permitía que el público tuviera una presencia activa y que pudiera tener injerencia en la creación del resultado final del espectáculo: “el entramado artístico asumía la práctica como un proceso de creación, como caldo de cultivo, como investigación participativa en torno a la realidad, como riesgo escénico y como desafío sociopolítico (Ramírez, 2017, p. 212)”.

La creación colectiva surgió en Colombia como una respuesta ante la nueva tiranía a la que, según Jaqueline Vidal (1980), estaba sometido el teatro: “la figura del burgués que se creía capaz de representar a la humanidad entera” (Buenaventu-

ra, 2019, p. 209). Esto fue el resultado del contexto sociopolítico del momento en el que, con el auge de la burguesía, la relación entre individuo y sociedad se reflejaba en la necesidad de convertir al trabajador en asalariado (p. 208):

Asistimos colectivamente a una supervaloración del individuo en detrimento de la colectividad pero, como al mismo tiempo se intensifica la explotación y la competencia y se fetichiza la propiedad privada hasta tal punto de que el individuo *es* lo que tiene, lo que ocurre en realidad es que la gran cantidad de individuos es lanzada al anonimato [...] mientras se exalta a un ser “calificado” para representar a la humanidad entera: el burgués/hombre/blanco, el que se posee a sí mismo y posee los medios de producción. (pp. 208-209)

Lo que expresa Vidal es el reflejo de los cambios que empezaron a ocurrir en Colombia desde 1930, que, si bien eran locales, tenían eco en los acontecimientos que estaban ocurriendo en Europa y en América Latina. Con el crecimiento de las ciudades, se crearon pequeños centros industriales que permitieron la formación de un sector empresarial importante. Ante esto y gracias a la influencia del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, se configuró un movimiento popular que empezó a mostrarse agresivo frente a las clases altas de la sociedad (Gómez, 2011, p. 14). Este hecho causó que el Partido Conservador subiera al poder con un sentido autoritario exacerbado. Con el asesinato de Gaitán, en 1948, esta autoridad devino en una violencia fascista (p. 14), ya presente en otras partes del mundo.

Había quienes no estaban dispuestos a aceptar una violencia que surgía del ideal de un país tradicional. La democratización de la educación, estimulada durante los gobiernos liberales, contribuyó a la formación de núcleos intelectuales entre las clases medias y bajas, quienes fueron los primeros en

Las teorías de Brecht, entonces, llegaron como un pedido del cielo; le mostraron a un país sin una tradición teatral importante que el teatro podía servir como acto de resistencia.

resistir ante los actos del gobierno conservador. Los acontecimientos mundiales de la época, como el asentamiento del franquismo, la consolidación del nazismo, la guerra de Vietnam y la Revolución cubana, ayudaron a estos núcleos a expandir su conciencia y a encontrar más razones para fortalecer la oposición (p. 14).

En este contexto, las figuras de Buenaventura y de García cobraron mucha importancia como parte de esos núcleos intelectuales que se oponían al *statu quo*. Fueron ellos quienes vieron la necesidad de buscar una nueva forma de hacer teatro en Colombia, que revolucionara la relación autor-director-actor, que dominaba en la producción llamada “occidental” y sobre la que los primeros grupos nacionales, por los años veinte, se basaron para plantear un teatro desde los problemas de repertorio y las técnicas teatrales (Vidal, en Buenaventura, 2019, p. 208). Las teorías de Brecht, entonces, llegaron como un pedido del cielo; le mostraron a un país sin una tradición teatral importante que el teatro podía servir como acto de resistencia.

Buenaventura fue el primero en contribuir con la divulgación de este autor en Colombia al publicar un artículo “De Stanislavsky a Brecht” en la *Revista Mito* de 1958, en el que dio a conocer algunos aspectos esenciales del teatro épico (Gómez,

2011, p. 77). A partir de ese conocimiento, y antes de que surgiera la creación colectiva como método, logró escribir obras (como *Réquiem para el padre de Las Casas*, *La trampa* y *Los papeles del infierno*) en las que planteaba conflictos fundamentales de la historia del país a partir de una asimilación independiente y nacionalista de la obra del dramaturgo alemán (p. 77).

La primera aproximación de Santiago García a Brecht estuvo ligada a sus obras. Después de estudiar en Praga y de haber realizado una práctica en el Berliner Ensemble, el teatro que Brecht dejó como herencia, García volvió al país a dirigir obras como *Un hombre es un hombre* y *Galileo Galilei*, que se volvió un hito para el teatro colombiano. Más adelante empezó a experimentar con la creación colectiva a través de lo que se conoció como *teatro universitario*, un teatro de principiantes —de donde, además de La Candelaria, surgieron grupos aún vigentes como el Teatro Libre— que logró rápidamente una alta calidad artística y que nunca “hubiera existido sin la influencia preponderante de Brecht” (García, 2011, p. 82).

El ímpetu por resistir el estamento sociopolítico, que se hizo más fuerte en 1967 con la censura y la suspensión de auxilios oficiales, llevó al TEC a asumir una “completa independencia como teatro experimental que aspira[ba] a crear una dramaturgia nacional revolucionaria a partir de las pautas enseñadas por el teatro épico”. La censura logró que todos los grupos nuevos de teatro también quisieran radicalizarse y que en 1970 se fundara la Corporación Colombiana de Teatro (CCT), una “agremiación de inspiración marxista y brechtiana” que se enfocó en hacer presentaciones para barrios pobres y para públicos de trabajadores. Dentro de esta agremiación estaba Santiago García, con su grupo La Candelaria, quien, en 1971, junto con el TEC, organizó un se-

minario cuyo tema era “la improvisación en la creación colectiva” (Gómez, 2011, p. 79).

[La creación colectiva] empezó como un combate. No lo buscamos. Nos encontramos. Fue en la época en que nos echaban de todas partes. Al Teatro Experimental de Cali primero le quitaron los auxilios y... luego lo expulsaron de Bellas Artes militarizando prácticamente toda la ciudad. A Santiago García y a la mayoría de los que iniciaron el movimiento en Bogotá los expulsaron de la Universidad Nacional y les cerraron los teatros de la ciudad. (Vidal en Buenaventura, 2019, p. 209)

A raíz de esta lucha, tanto el TEC como La Candelaria crearon un método que ya no reflejaba de manera mimética esa “realidad” burguesa con la que no estaban de acuerdo y, para alejarse de ella, dejaron de seguir las normas que establecía el aparato teatral clásico. Estos grupos eliminaron la idea de un director que impartía su autoridad sobre unos actores o la de un espectáculo que se estructuraba exclusivamente alrededor de un texto; el director, el autor, el músico y el escenógrafo, en vez de aportar su autoridad literaria, musical o pictórica al montaje, se responsabilizaban de la totalidad de la puesta en escena integrándose a todo el proceso de creación. Lo importante era no olvidar que “el portador, en última instancia, del significado, era el personaje en relación con los otros personajes” (p. 210).

Este nuevo teatro, que nació expulsado por el Gobierno y por la crítica, tuvo que buscar un nuevo público. Un público activo en la construcción del espectáculo, que no se deslumbrara por el virtuosismo de la repetición —en el TEC se hacían varias versiones distintas de una misma obra—, sino que participara en la construcción de una significación: que transformara las obras y que se dejara transformar por ellas (p. 210).

¿No era esto mismo, finalmente, lo que buscaba Luis Valdez con su teatro en

la California de 1965, incitando a los campesinos a entrar en la huelga? ¿No era este el objetivo final de Brecht cuando planteó sus teorías sobre el distanciamiento en una Alemania trastocada por la Primera Guerra Mundial? La situación se replicó en un efecto dominó: primero Europa, luego Latinoamérica y, con ella, Colombia; pasadas las guerras, el capitalismo fue inundando al mundo y el mundo buscó maneras para defenderse de las relaciones injustas que ese sistema planteaba. Brecht y su teatro se convirtieron en el hilo conductor de esa defensa: quisieron cuestionar unas fuerzas productivas que habían ocultado al individuo; quisieron revolucionar las mentes de aquellos que se habían acostumbrado a vivir en condiciones injustas; y quisieron modificar los contextos invitando a la acción: que el teatro transformara a la gente y que la gente transformara su entorno. Bertolt Brecht murió el 14 de agosto de 1956. Nunca supo que, tres años más tarde, el 1.º de enero de 1959, Fidel Castro entraría triunfante a Cuba, obligando a las tropas estadounidenses a devolverse al norte. En Latinoamérica, era la primera vez que el comunismo vencía al capitalismo: el proletariado vencía a su opresor. Para Brecht, esto hubiera sido una victoria personal. ■

Referencias

- Arendt, H. (1990). *Hombres en tiempo de oscuridad* (C. Ferrari, trad.). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Brecht, B. (2004). *Escritos sobre teatro*. España: Alba Editorial.
- Brecht, B. (2012). *80 poemas y canciones* (J. Hacker, trad.). Argentina: Adriana Hidalgo editora.
- Boffone, T. (2013). *Luis Valdez' Actos and El Teatro Campesino*. Consultado en <https://bit.ly/2Jj6irB>.
- Buenaventura, E. (2019). *Los papeles del infierno*. Bogotá: Editorial Fundación Mulato.
- Cardona, M. (2009). El método de creación colectiva en la propuesta didáctica del maestro Enrique Buenaventura: anotaciones históricas sobre su desarrollo. *Historia de la Educación Colombiana*, 12(12), 105-122.
- Ewen, F. (2001). *Bertolt Brecht. Su vida, su obra, su época* (A. Varela, trad.). Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- Gómez, E. (2011). *El surgimiento del teatro moderno en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- García, L. I. (2011). Brecht y América Latina. Modelos de refuncionalización. *Contracorriente*, 9(2), 65-100.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX* (J. Faci, J. Ainaud y C. Castells, trads.). Barcelona: Editorial Crítica.
- Neruda, P. (1999). *Canto general I*. Buenos Aires: Losada.
- Ramírez, W. E. (2017). Poéticas de la militancia en el teatro latinoamericano de creación colectiva. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 19(2), 207-223.
- Rosenhaft, E. (1994). Brecht's Germany: 1898-1933. En P. Thomson and G. Sacks, (eds.), *The Cambridge Companion to Brecht*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Valdez, L. (2013). El teatro campesino. En T. London (ed.), *An Ideal Theatre. Founding Visions for a New American Art*. New York: Theatre Communications Group.
- Peláez, C. (2010). *Luis Valdez, el Teatro Campesino*. Consultado en <https://bit.ly/2UnjpOF>.

Aproximaciones literarias



Un narrador explorando o un acercamiento al poeta en Roberto Bolaño

JAIME GÓMEZ NIETO

La Universidad Desconocida es un libro de poemas de Roberto Bolaño, Chile (1953-2003), publicado en Barcelona en 2007 por Editorial Anagrama. En este mismo año, dos hechos importantes se relacionan: el lanzamiento de *Los detectives salvajes* en los Estados Unidos y la publicación del libro de cuentos *El secreto del mal*. Pero la idea es buscar un acercamiento a este escritor a través de la poesía que llevaba dentro. Incluso, en Barcelona el libro está catalogado como “agotado”. Es un privilegio tenerlo y releer sus poemas. Recordemos a Cortázar y a Hemingway como autores de libros de poemas. En *La Universidad Desconocida* se vislumbra una poesía diferente, desde la necesidad de encontrar un camino lírico propio. Roberto Bolaño aseguraba que “un verdadero escritor tiene una universidad desconocida guiando sus pasos, la cual, evidentemente, no tiene sede fija, es una universidad móvil, pero común a todos”. Su poesía gira alrededor de depurados, exquisitos y estéticos poemas que muestran el absurdo de una sociedad que intenta desgarrar lo establecido en todas las circunstancias de la vida. La síntesis expresiva, la autenticidad temática, la época actual, la invitación y la presión poética señalan a Roberto Bolaño como uno de esos escritores-poetas complejos y actuales, de una extravagante ruptura, calculada, en sus sentimientos, como contemporánea en la lengua española y en el contexto latinoamericano y universal.

Es obvio que el poeta estaba por encima del escritor. Ese poeta calculador percibía la enfermedad. Es así como se dedica a trabajar y corregir tanto *La Universidad Desconocida* como su *Poesía reunida*. Para un lector de poesía es necesario navegar por océanos insondables para llegar a puerto seguro. Así es su poesía: constantes saltos sobre obstáculos para salvar la realidad concerniente a lo que respecta, con la apropiación de cualquier universo plasmado. Es conocida la entrevista en la que Roberto Bolaño explica qué es escribir, pero también el significado de la literatura de forma general:

La literatura se parece mucho a la pelea de los samuráis, pero un samurái no pelea contra otro samurái: pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tener el valor, sabiendo previamente que vas a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura.

Escribir se interpreta desde varios puntos de vista: por ejemplo, el mexicano Carlos Fuentes creía que su inspiración para escribir sus novelas representativas y maravillosas surgía, en parte, de leer al poeta español Francisco de Quevedo y Villegas. Fuentes asegura que Quevedo dijo: “solo lo fugitivo permanece y dura”.

Por esto, Roberto Bolaño es poeta exiliado en la narrativa, su obra literaria está impregnada de utilización de infinitas metáforas, de flexibles conspiraciones para

seducir los sentidos de esos lectores cómplices de diálogos mutuos, esclarecedores y subversivos para establecer y comprender lo que quiere decir el poeta desde su punto de vista. La poesía no es una cárcel, como le sucedió físicamente a Nazim Hikmet en su Turquía natal. Es contradictorio, puede ser también una cárcel mental y espiritual. La verdadera poesía vuela, como la hizo volar Nazim Hikmet y como la hizo volar Roberto Bolaño desde su enfermedad.

Un poeta nace, se libera, surca los cielos, es espíritu y busca la divinidad. No engaña, satisface, deleita y crea la ensoñación de las palabras, organizándolas dentro del lenguaje libertario, sin exclusividades, solo desde la espontánea creatividad y la sensible idea de materializar el poema. Este es Roberto Bolaño.

Ahora, si se quiere hablar de influencias en la poesía de Roberto Bolaño, se podría hablar de las *Iluminaciones* de Rimbaud, *Aullido* de Allen Ginsberg, *Almuerzo desnudo* de William Burroughs y *El feliz cumpleaños de la muerte* de Gregory Corso. Estos tres últimos miembros de la *Beat Generation* en los Estados Unidos serían los componentes que obligan al lector a leer, desde una historia real y única, *La Universidad Desconocida*:

Tu lejano corazón

No me siento seguro
 en ninguna parte.
 La aventura no termina.
 Tus ojos brillan en todos los rincones.
 No me siento seguro
 en las palabras
 ni en el dinero
 ni en los espejos.
 La aventura no termina jamás
 y tus ojos me buscan.

Este poema, perfectamente, enfrenta un acto biográfico. Hay, en su fondo, algo del ser humano. Es la insatisfacción de mostrarse como un simple vagabundo que todo lo cuestiona, un vagabundo que todo lo responde a lo Gibran Khalil Gibran, para no llegar a esa locura, sino dar, desde una posición de poeta, el hecho de escribir y expresar; vivir profundizando, contar lo visto para inspirarse desde el sentimiento constante. Yace aquí el trabajo de contar historias encontradas en sus formas de diferenciar poéticas, un símil grotesco, una hipérbole sensual como un hipérbaton aceptable. Roberto Bolaño sigue un camino de impulsos creativos. Alguien busca, el poeta busca, Roberto Bolaño busca esta combinación que el mismo Bolaño describió: “transita indiferente del verso a la prosa poética, y de esta al poema narrativo”. La poesía sigue siendo un género exclusivo en su obra, lejos de prejuicios para conquistar de forma trasgresora y de hacer ver la palabra como un elemento bello dentro de su poesía. El poema “Resurrección” podría dar cuenta del sentido de pertenencia del autor por este género:

Resurrección

La poesía entra en el sueño
 como un buzo en un lago.
 La poesía, más valiente que nadie,
 entra y cae
 a plomo
 en un lago infinito Loch Ness
 o turbio e infausto como el lago Balatón.
 Contempladla desde el fondo:

Un buzo
 inocente
 envuelto en las plumas
 de la voluntad.
 La poesía entra en el sueño
 como un buzo muerto
 en el ojo de Dios.

De esta forma, la poesía sigue su camino rumbo a lo desconocido, pero también a lo crítico, es decir, en lo que significa emociones con palabras diferentes. Estas son nuevas instancias para escribir historias que no le corresponden al poeta o al escritor en diversos casos. Dylan Thomas decía: “La poesía para que sepa el mundo que se opina de él”. ¿Pero qué esperaba el lector de poesía de Roberto Bolaño? Es probable que mucho o nada. Mucho para leer su mundo inconmensurable, y poco, porque en su prosa también hay historias de poesía como sucede en *Putas asesinas*. Hay un poema de él titulado “No componer poemas sino oraciones” y dice: “Escribir plegarias que musitarás / antes de escribir aquellos poemas / que crearás no haber escrito nunca”.

En otro de sus libros de poesía, *Los perros románticos*, parece estar su presencia en México, una historia de la lengua española, las curiosidades infantiles y quizá su origen chileno esparciéndose por toda Latinoamérica; esta es una poesía llena de intensa huida, verdad y enfrentamiento. Una poesía para reconocerse a sí mismo. Calles desfiguradas, pensadas desde una habitación, la guerra cayendo sobre la existencia, el ruido de bombas sin que nadie se dé cuenta... Es mejor escuchar a Roberto Bolaño:

Godzilla en México

Atiende esto, hijo mío: las bombas caían sobre la ciudad de México pero nadie se daba cuenta.

El aire llevó el veneno a través de las calles y las ventanas abiertas. Tú acababas de comer y veías en la tele los dibujos animados.

Yo leía en la habitación de al lado cuando supe que íbamos a morir. Pese al mareo y las náuseas me arrastré hasta el comedor y te encontré en el suelo. Nos abrazamos. Me preguntaste qué

/pasaba

y yo no dije que estábamos en el programa /de la muerte

sino que íbamos a iniciar un viaje, uno más, juntos, y que no tuvieras miedo. Al marcharse, la muerte ni siquiera

/nos cerró los ojos.

¿Qué somos?, me preguntaste una semana /o un año después,

¿hormigas, abejas, cifras equivocadas /en la gran sopa podrida del azar?

Somos seres humanos, hijo mío, casi

/pájaros,

héroes públicos y secretos.



La poesía tiene diversas características; recordemos la función social de la poesía de T. S. Eliot: interpretando y describiendo se podrían resaltar sus planteamientos, que hablan entre estética y naturaleza del arte, algo así como un acercamiento a la sensibilidad. Es probable que la poesía transforme de cerca, desde la lectura o relectura. Cada pueblo debe tener su poesía, sugería el poeta norteamericano, y Roberto Bolaño exportó su poesía desde su patria sin conocerse su relación con ella, la cual aquí no nombraremos; más bien, iremos más allá.

El uso de las lenguas comenzó con la poesía: escribir de cerca para ir más allá del sentido universal. Sería sentir la lengua. Incluir en la lengua las emociones, en el mejor sentido de la palabra. Este es el caso de Roberto Bolaño en la lengua española. Una poesía en lengua española, en la historia de la lengua española. Un poeta con una poesía salida de una lengua para el pensamiento, las costumbres y tradiciones de la cultura de los pueblos. Lo que necesita este mundo es poesía y Roberto Bolaño la transmitió sin condiciones.

El sueño es significativo en la poesía de Roberto Bolaño. En un espacio diferente de una poesía que emerge hacia la superficie de estética y valor para formar otros conceptos que van más allá de lo superficial. La poesía ve al mundo en su forma interior. El poeta en Roberto Bolaño está más distante que su narrativa. La universidad es una forma de vida para Roberto Bolaño, es un conocimiento humano libertario. En *La universidad desconocida* hay un conjunto de antivalores que forman, precisamente, ese concepto de *valores y antivalores*: la expresión de sentir está jugando un papel importante entre mente y realidad del lenguaje, en donde se enfoca pasado con presente, violencia con amor y una serie de emociones arbitrarias. La nostalgia tiende a relacionarse con el pasado. En la poesía

de Roberto Bolaño no hay religión. Lo que está presente es una presencia de divinidad. Los poetas diferentes se acercan a William Blake: escriben para ir más allá de este planeta. El poeta escribe sobre esa infancia con su transcurso, recordando, incluso, al dictador Pinochet; Chile está presente en su poesía, así de sencillo.

La evocación nace desde sus vivencias personales en México: enfermedad, amistad, desamor, miedo, vida cruel. Todos ellos están presentes en sus libros *Tres* (2000), *Los perros románticos* (2000) y *La Universidad Desconocida* (2007). Siempre hay algo de búsqueda, de alimentarse de la propia experiencia humana, pero también de un conocimiento flotante andando por ahí. La ciudad inhumana se desarrolla, divaga y se ofusca para mostrar su poder: inmigrantes, drogadictos, los pobres; todo ante la intemperie. También, tres elementos se resaltan en su poesía: la enfermedad, la desesperación y algo de esperanza; esta última va apareciendo para demostrar que su poesía es una poesía de esperanza. Claro, la poesía no es entretenimiento; es, más bien, inquietud y preguntas. El amor es oportuno, único aliciente para el espíritu, y cuando esta aseveración persiste en la poesía, lo espiritual la embellece y le da protagonismo universal.

Según Milton: “La poesía debería ser sencilla, sensual y apasionada”. La poesía de Roberto Bolaño va hacia estos derroteros. Matthew Arnold, en la presentación del libro *Sonetos, odas y otros poemas* de John Keats, habla del carácter y el dominio de sí mismo, la *virtus verusque labor*, tan necesarios para cualquier tipo de grandeza e indispensables para el gran artista. En Roberto Bolaño parece cumplirse esta sentencia. El poeta Bolaño tiene desafíos en su poesía, entre los cuales está la esencia de ahondar en sus sentimientos: diferenciar lo sensual de lo pasional. En Bolaño los sentimien-

El sentido creador, la sensibilidad, su virtud de escribir, el carácter y la fuerza se acaban de tajo con la enfermedad y la muerte prematura.

tos están frenados, pero también ubicados para que la poesía tenga y posea personalidad. Aristóteles lo decía, “no corresponde al poeta hablar de lo sucedido, sino de lo que podría suceder. Esto es lo posible. En Roberto Bolaño todo está hecho de lo que podría suceder. La poesía no es adivinación y Matthew Arnold coincide en algo con Aristóteles cuando la poesía va hacia la interpretación de la vida y lo que está, una vez más, por suceder.

Hay sensualidad en Keats, evidente en la utilización del lenguaje, sobre todo, al tratarse de un poeta romántico de finales de 1821. Esta es una poesía atacada pero reivindicada desde la exuberancia del lenguaje. El sentido creador, la sensibilidad, su virtud de escribir, el carácter y la fuerza se acaban de tajo con la enfermedad y la muerte prematura. Roberto Bolaño hizo lo mismo, por un camino diferente, para llegar al mismo punto de Keats. En la poesía de ese Bolaño poeta, está la violencia de las formas, las circunstancias de la enfermedad. Pero también hacen presencia lo biográfico, sus experiencias, el lado de un espacio taciturno de vivir y viajar, la diferencia de lo creativo entre poesía y narrativa. Pero todo no queda ahí, el epitafio de Keats, en su tumba en algún cementerio de Roma, consta de dos versos unidos por el nacimiento y la muerte: *aquí descansa aquel cuyo nombre quedó escrito en las aguas*. Borges ya lo nombraba:

Keats que sin exagerada injusticia pudo escribir: ‘no sé nada, no he leído nada’, adivinó, a través de las páginas de algún diccionario escolar, el espíritu griego; sutilísima prueba de esa adivinación o recreación es haber intuido en el oscuro ruiseñor de una noche el ruiseñor platónico.

En su poema “La griega”, Roberto Bolaño se expone a dar respuesta a mucho de lo anterior:

La griega

Vimos a una mujer morena construir el
/acantilado.
No más de un segundo, como alanceada
/por el sol.
Como los párpados heridos del dios, el
/niño premeditado
de nuestra playa infinita. La griega, la
/griega,
repetían las putas del Mediterráneo, la
/brisa
Magistral: la que se autodirige, como una
/falange
de estatuas de mármol, veteadas de sangre
/y voluntad,
como un plan diabólico y risueño
/sostenido por el cielo
y por tus ojos. Renegada de las ciudades y
/de la República,
Cuando crea que todo está perdido a tus
/ojos me fiaré.
Cuando la derrota compasiva nos
/convenza de lo inútil
que es seguir luchando, a tus ojos me fiaré.

Aquí nos centramos en una poesía que, para algunos, podría ser antipoesía, al estilo de Nicanor Parra, Chile (1914-2018). Compatriota de Roberto Bolaño, Parra busca otras formas de hacer poesía, siendo un poeta más directo; así, va de la poesía moderna a una poesía más libre. En Bolaño

se encuentra su libertad, su ser sin estructuras, pero con vivencias en donde escribe para explorar y posteriormente ubicar la realidad de una poesía desde esa libertad para ganar un fondo único. Roberto Bolaño utiliza títulos para sus poemas bastante críticos, pero también divergentes; algunos ejemplos son: “Los detectives perdidos”, “El mono exterior”, “Godzilla en México”, “La griega”, “La lluvia”, entre otros. Esto quiere decir que Roberto Bolaño también bebió en las fuentes del surrealismo, como lo hicieron diversos poetas que, a partir de allí, crearon su obra. Confrontar palabras frente a imágenes, observar objetos, materializar ideas: Parra habla de la máquina de escribir.

Como la máquina del tiempo, Bolaño escribe y conoce el computador en su forma primaria. La poesía es igual de válida con lo uno o con lo otro. Un timón guía al poeta para escribir, un timón convertido en una esencia pública, en el trasegar de romper con lo tradicional y ubicarse en la época o trascender sin misterio. La poesía no es para los poetas: es para un público, que, en últimas, es quien convierte al poeta en una necesidad. Lo cotidiano es para ir hasta los cafés de cualquier ciudad del mundo, las heridas y, por último, la mujer que salva. Pero también está la historia como una superposición: el poema se defiende desde su interés, con el trabajo y sus expresiones, quehaceres, irrupciones, destruyendo al lenguaje para mostrar el mismo lenguaje. Roberto Bolaño escribe con o sin antipoesía. Evidencia y deja que el lector siga buscando un todo. Su obra sabe guardar las absurdas proporciones, hacer lo que quiere. Y vuelve y juega: los tiempos, la historia, Alejandro Magno, dioses de papel, fiestas al aire libre, héroes, el Mediterráneo con sus luchas entre ojos y observaciones, entre las azuladas aguas que dejan ver la vida de otra forma.

En *The poetry of Roberto Bolaño: Topics and dreams*, José Jesús Osorio escribe algunos aspectos que exaltan la obra poética de Roberto Bolaño:

Pero esta poesía entra en el sueño “como un buzo muerto / en el ojo de Dios”. Aquí hay una referencia a Dios, en primera instancia, y a la idea de visión, de ver. La poesía de Bolaño, que para nada es de índole religiosa, se adentra al ojo de Dios, a la visión divina, pero como un buzo muerto. Estos dos versos no dejan de inquietar. Por una parte, pueden remitir a la idea expresada por Hölderlin del abandono de los dioses y la necesidad de la presencia de los poetas en el mundo, expresado en su elegía “Pan y vino”.

Pero el mismo José Jesús Osorio agrega:

La poesía también puede convertirse en pesadilla, aunque en la mayoría de los casos la pesadilla es la vida. En “Ella reina sobre las destrucciones” encontramos los siguientes versos a propósito de la idea de sueño como pesadilla: “Qué me lleva hacia ti / el sueño que se convierte en pesadilla. / El rumor del mar y de las ratas / en la fábrica abandonada. / El viento que levanta remolinos en los linderos / del bosque me lleva hacia ti: apenas / una señal ininteligible en el camino de los perros”. Este es un poema donde la poesía es evocada. Está presente la inquietud de no saber qué lo lleva hacia la poesía: apenas una señal en el camino de los perros de los poetas a la intemperie. Pero el desasosiego de moverse del sueño hacia la pesadilla indica que ni siquiera la poesía, la literatura, salvan de la inquietud del vivir; a lo sumo lo hacen llevadero, lo pueblan de sentido.

Finalmente, Osorio concluye: “Otra de las características de su poesía es su función salvadora, terapéutica, porque favorece el sentir la vida, aun en la enfermedad y el desespero”. Es el encuentro con la poesía, con los poetas y el mundo que se forma su alrededor lo que ayuda a que el desespero disminuya y a encontrar algo de esperanza.

Esta idea queda claramente expresada en el poema "Sucio, mal vestido": "En el camino de los perros, allí donde no quiere ir nadie. / Un camino que sólo recorren los poetas / cuando ya no les queda nada por hacer".

La poesía está ahí, en el sencillo acto de sentir, de ir más allá de las palabras, de convertir todo en sentimientos, de escribir sobre los avatares del ser humano, los impulsos del corazón; desafiar la enfermedad y escribir en el silencio de los días con los objetivos de la mente y todo lo que representa escribir a través de largas horas sin

descanso. De todo lo anterior viene el poeta. Viene el desafío de un Roberto Bolaño que un día no volvió a abrir los ojos, para quedarse plasmado en cientos de páginas que hoy quedan en el recuerdo a través del Mediterráneo, para no olvidar un sinnúmero de metáforas inmortales que surgen con el respirar de un hombre influenciado por la lírica de aquellos que indican el amor a la poesía. Pero también para dar un paso y publicar hasta los órganos que conforman la verdad de la vida y la muerte, para llevar la luz a un nuevo poema. ■■



Roberto Bolaño (Santiago de Chile, 28 de abril de 1953 - Barcelona, 15 de julio de 2003).

Creación



Instantáneas dominicales

ALEJANDRO CORTÉS GONZÁLEZ

Estudiante de la Maestría en Creación Literaria y ganador del segundo lugar del XXXI Concurso Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia

*Cuando llueve en domingo mientras tú estás abandonado
y no comprendes cómo vivir sin cuerpo.*

VLADIMIR HOLAN

*Lunes y martes y miércoles y jueves y viernes y sábado
viviendo con la sensación de domingo a la tarde.*

Publicidad de la revista *Rolling Stone*, Argentina, 2003,
Edición en homenaje a Kurt Cobain

Instantáneas dominicales

Portarretratos ya sin fotos

Instantáneas en blanco

Pared de la que cuelga la huella de un cuadro

La silla del antiguo juego de alcoba en la que subes los pies.

Estar solo un domingo

es llenarse de cosas solas.

Instantánea dominical n.º 1

Acomodarse a uno mismo

a sus espacios vacíos

a las polillas muertas en la ventana las mañanas de domingo

a las noches líquidas donde los huesos escurren las últimas gotas de
savía.

Uno permanece ahí

a la intemperie del cuerpo

con la espalda fuera del orden de los huesos

Nos palpamos el pecho para ver si estamos vivos

y es como meter la mano en un ataúd desocupado.

Hay días en que de repente

nos abandona el alma

y quedamos solos hasta de nosotros mismos

sin ni siquiera saber

dónde poner la soledad.

Instantánea dominical n.º 2

La risa es un eco de cajones vacíos
que grita más fuerte los domingos
Algo me devora en el día y me escupe en la noche
con más pavor que sueño.

¿Cómo sobrellevar las noches?
¿Cómo reponerse a los domingos?
¿Cómo darle a los pulmones otra mañana de lunes?

La ausencia cuelga de todas las paredes
El aire es un demonio blanco.

Balada de los niños tristes

No es amor
Es su eco
Y el eco del hombre que yo era
cuando sabía que una mujer
me contaba el detalle de sus horas.

Al final del día
me hacen falta sus historias como profesora de niños especiales
Escuchar sobre Angie y sus rezos para que no le amputaran el pie
sobre Julián y el temor a su padrastro
sobre la huerfanita que le pidió permiso a la profe para decirle
“mamá”.

Cada noche
ella me tiraba una infancia rota y apagaba la luz.

Yo
en el desvelo
no dejaba de preguntarme a oscuras
por qué el dolor de niños desconocidos me clavaba agujas en los ojos
Cómo temblarían mis piernas si llegara a conocerlos
Cómo serían las nuevas huellas que su saludo daría a mis manos.

La noche entera
un eco de niños tristes
Y mientras tanto el amor
también se nos volvía el débil regreso de un ruido
dos puñados de silencio

dos caras juntas como evocando un beso que no es beso
sino un tibio roce que extraña al amor
y a ella enamorada
tal como Angie debe extrañar su pie.

Quizá esa niña y yo
sin conocernos
padezcamos del mismo síndrome que nos hace pensar
que esa parte que ya no tenemos
nos sigue causando dolor.

No es amor
Es su eco
Amo los niños
que nacen de su boca.

Milonga a media luz sobre las mesas de noche

A cada orilla de la cama iba una mesa de noche
o como las llaman los argentinos: mesas de luz
No sé si estas mesas guarden la noche o la luz
pero ella se llevó las dos cosas
Además de una mesita y una lámpara.

Queda de nuevo la cama desequilibrada
Una inmensa nave con medio motor
para un solo tripulante.

La cama con su única mesa
sólo alcanza a guardar media madrugada
y algunos fragmentos del alba
Sin embargo
las noches son más largas
siempre cargadas hacia el costado en el que ya nadie duerme
hacia el agujero frío que se tragó la mitad de todo.
La mitad de los cuerpos
la mitad de los muebles
la mitad de uno que da vueltas y vueltas en esa cama inmensa
sin encontrar un punto donde equilibrar el sueño.

Este es el momento
señores argentinos
en que las mesitas guardan más noche que luz
La habitación es un agujero iluminado por una sola lámpara
que proyecta la sombra incompleta de uno
Sí
también se llevó la mitad de las sombras.

Las dos mesas
aunque desiguales
hicieron parte del mismo juego de alcoba
Ahora acompañan dos camas distintas
enormes
lejanas
donde ni la noche
ni mucho menos la luz
son compañía.

Cuando uno de nosotros mire a la derecha de su cama
y el otro mire a la izquierda de la suya
verá el juego de mesas incompleto
la noche partida a pedazos
y —señores argentinos—
no habrá luz
o apenas media luz
que más bien es media sombra
de un abrazo congelado
en el lado vacío de las sábanas. ■■



DIEGO ARMANDO PEÑA R.

I

El teléfono sonará tres veces antes de que levantes el auricular. La llamada te traerá un ruego mezclado con anuncios:

—Por favor, primo, usted es el único con tiempo para cuidarla. Al menos háganos el favor hasta que vendamos la casa y logremos conseguirle a ella un apartamento más cerca de nosotros, o hasta que mi mamá se muera. Puede que sea cuestión de días, según dicen los médicos.

Su última frase te quedará en los oídos. Esas palabras te inquietarán más en el taxi, cuando bajes la ventana y se una a ellas el ruido de la calle. ¡Puede que sea cuestión de días, según los médicos! Quizá el taxista notará tu fastidio y apagará el radio. En ese instante, cruzarán por el hospital en que naciste e imaginarás el momento: tu papá contigo en brazos, los chillidos incesantes del hospital y la calle. Un doctor acercándosele a su oreja.

—Puede que su esposa muera en cuestión de días.

¿O tu madre habrá muerto apenas te tuvo? La imagen se reproducirá en tu cabeza: tu papá abrumado de oír condolencias médicas toma un taxi y te arrulla entre lágrimas para no enterarse de los sonidos de la calle; de los de su memoria. La tía Adelita con quince años y calmada te recibe en la puerta de la casa; en su mano tiene el tetero para recién nacidos.

Sonreirás brevemente, y tal vez el taxista, al verte, creerá que ha sido bueno quitar la música. ¿Cómo se puede desahuciar así a una mujer como tía Adelita? Querrás

responderte esta pregunta, pero terminarás recordando o, mejor, imaginando a tu madre que muere entre aparatos escandalosos, voces chillonas, calles bulliciosas y el llanto de su recién nacido. Como las imágenes que harás en tu cabeza no lograrán hacerte sentir algo por ella, buscarás afuera. Primero, escucharás el sonido del motor; luego, chasquearás los dedos, y, por último, verás la sonrisa del taxista que intenta iniciar una conversación contigo. Aunque lleve de muerta tus 65 años de vida, desearás regalarle una buena emoción a tu madre, o por lo menos sentir su ausencia, pero enseguida recordarás a la tía Adelita y la frenada del taxi frente a la casa te distraerá.

II

No será su cara demacrada, ni su calvicie, y mucho menos que su piel apenas forre los huesos; será su olor a clínica lo que te impactará. Incluso, ese olor a baldosa blanca hará que se te escurra una lágrima; la limpiarás antes de terminar el abrazo con ella. ¿Dónde está el perfume tibio de tía Adelita? Querrás preguntarle a tu prima mientras la saludas, pero ella se irá de la casa luego de hablar rápidamente contigo. Aprovecharás la soledad para hablar con tu tía Adelita, pero ella cortará cualquier posibilidad de conversar con las frases “Manolito, siquiera vino a verme” o “usted sí se parece harto a su papá”. Quizá por pereza de tus primos, ella todavía tendrá puesta la bata de la clínica; tú no se la quitarás hasta el día siguiente. Luego de comer, acariciarás su cabeza hasta que se quede dormida

y aspirarás varias veces para encontrar su antiguo aroma. Fracasarás.

Probablemente tu tía Adelita, al saber que ibas a cuidarla, mandó a poner tu cama en el centro y no pegada a la cortina, como le gustaba a tu papá. Recordarás, recostado en la cama, que te gustaba decir:

—Detrás de la cortina derecha, tía Adelita, y de la izquierda, papá.

Pero ahora ya no necesitas decir lo último, ni mirar a la izquierda. Te vendrán a la memoria algunas frases de tu prima:

—Ya hizo metástasis... Estamos a punto de venderla... Mi hermano Hernando va a tomar mi parte de la venta para hacer un negocio en Holanda... Posiblemente me la devuelva con intereses...

Desearás seguir dándole vueltas a esas palabras, pero el olor a clínica que empieza a penetrar en tu cuarto te lo impedirá y te hará susurrar: “Olor ha muerto”. De inmediato, repasarás un momento: tu papá recostado en una camilla te dice:

—Mijo, lléveme a la casa.

—Tenemos que esperar —respondes y el olor a baldosa blanca disuelve su perfume a pino silvestre. A las dos horas, él muere.

El despertador sonará al instante y tú revisarás un papel para saber cuál es la pastilla de las cuatro de la mañana. Después de dársela y antes de quedarse dormida, ella te dirá que ha pensado en los últimos días que la muerte da significado a la vida. “Papá también se puso filósofo antes de morir”, pensarás con cierto escalofrío y sonreírás con lástima. Antes de volver a la cama, aspirarás cinco veces en busca de ese olor perdido. Rendido te acostarás a su lado y te dormirás pensando que tu papá muere a las cuatro de la mañana con ese olor impregnado.

En la mañana, te despertarás con un sabor agridulce en la boca. Sin abrir los ojos, recordarás una escena: tu tía Adelita prepara un chocolate y, antes de que hierva, le echa unas pepitas de polen.

Después de mucho moverla, tía Adelita se despertará y tú le preguntarás si para el desayuno quiere un chocolate agridulce, como a ella le gusta. Ella te dirá que sí con una sonrisa, tal vez de gusto por ser atendida. En la cocina encontrarás todo igual de organizado e, incluso, hallarás fácilmente la olleta pequeña. El sabor agridulce se te hará más intenso y te traerá una serie de imágenes: tu tía Adelita te trae juguetes, justifica tus diabluras, cuida de tu ropa, te ayuda con las tareas y cocina con una sazón que hace regocijar tus pupilas. Pensarás que tal vez tu papá, por la inocencia que ella cargaba, no permitió que ningún pretendiente se le acercara.

Te sentirás agradecido con la segunda mamá que tienes. Al arrojar las pepitas de polen, imaginarás la felicidad de tu tía Adelita al tomarse el chocolate y ver que su sazón no morirá con ella. Te encontrarás ansioso por revivir ese sabor, pero será más fuerte la ansiedad de ver a tu tía degustar el chocolate. La sentarás y pondrás el pocillo sobre la mesita de noche. Ella tomará un sorbo largo.

—¡Esta vaina sabe a mierda! —Te gritará luego de escupir y tirar el pocillo.

Definitivamente ya no será Adelita, ni siquiera tía; Adela a secas, pensarás en la cocina luego de haber limpiado. No podrás ni imaginar cómo alguien se acostó con esa mujer. El sabor agridulce habrá desaparecido y tú pensarás que por actitudes así, tus primos decidieron no hacerse cargo de ella y esperar a que muera. Desde ese instante tú también desearás que muera pronto para no tener que lidiar más con ella. El sabor regresará con un instante: recién pasado a tu apartamento, Adela te visita y con un chocolate agridulce te cuenta que espera mellizos (Jhoana y Hernando). Te parece extraño, pues nunca le conociste novios y justo queda embarazada cuando tú te vas y tu papá toma el cuarto junto al de ella. No escudriñas más.

Planearás furioso llamar a tus primos y entregarles a su mamá, pues creerás que Adela ya no merece tus cuidados. Querrás comunicárselo primero a ella y, justo al entrar al cuarto, Adela entre lágrimas te dirá:

—Si te vas, me quedo sin quien me entierre.

Volverás a la cocina un tanto calmado y probarás el chocolate. Realmente sabe a mierda, pensarás, y un sabor a caucho invadirá tu boca.

Palparás cada prenda en el armario en busca de la suavidad que recuerdas. Al final, derrotado, elegirás cualquier muda de ropa. Primero la desvestirás, luego llevarás el tanque de oxígeno y por último la alzarás para conducirla a la tina. La piel de Adela estará muy ajada y al enjabonar su pecho sentirás su latido muy débil. Ella estará impávida, incluso mientras la vistes. La sentarás en el patio para que tome sol y mientras tanto tú, con fastidio, cambiarás las sábanas llenas de sus desechos. El asco será mayor al sentir, a través del papel higiénico, mierda ajena.

Almorzarán en el comedor y ella, tal vez por pena o compasión, pondrá su mano sobre tus dedos. La sensación de esa palma agrietada te generará una imagen: te despiertas en la noche, no puedes ver nada y empiezas a llorar. Una mano suave te estruja los dedos y tu llanto cesa al reconocer la piel de Adela.

Luego de llevar a Adela a la cama, caminarás por la casa recordando los juegos que imaginaste en esa mansión. Al pasar tu mano por las paredes descascaradas, la sensación de la piel de ella se intensificará y te pondrás ansioso. Con las viejas brochas de tu papá empezarás a pintar el zaguán de la entrada. La pintura solo te alcanzará para media pared, pero te alegrará embellecer un poco la casa para sus futuros dueños.

Adela no querrá cenar y solo aceptará las pastillas para antes de dormir. Tú te recostarás en tu cama, dormirás a intermedios y, finalmente, te quedarás despierto

con las imágenes de tu infancia y la casa. El despertador no tendrá necesidad de sonar a las cuatro de la mañana, tú te pararás cinco minutos antes y la moverás; ella no responderá. Tocarás su pecho, estará más ajado y allí no sentirás ningún movimiento. Antes de las lágrimas tomarás la camándula de ella y dirás al palpar las pepitas descascaradas por la uña:

—¿Para qué?

III

Observarás el brazo metálico levantado. El celular te sonará:

—Hola, Manolito. ¿Qué más? ¿Dónde anda? —Te dirá la voz de Jhoana.

—En la demolición de la casa.

—Umm, ya. Se me había olvidado que era hoy. Primito, lo llamo para decirle que Hernando ya me consignó mi parte de la venta y que los dos queremos darle un reconocimiento por haber cuidado a mi mamá, alma bendita. ¿A dónde le consignamos?

—¿No van a venir a la demolición?

—No, Manolito, eso queda muy lejos.

—Bueno, los llamo luego y hablamos del asunto —dirás con indignación.

Verás que el primer golpe del brazo metálico quebrará las tejas de barro. Él bajará y subirá más de cinco veces, luego terminará de destrozarse la casa con un movimiento de atrás hacia adelante. Pronto se construirá ahí un edificio y tú lamentarás que tu papá le vendiera su parte a Adela. Querrás mirar la casa de nuevo, entonces cerrarás y abrirás los ojos; allí estará ella con todos sus ladrillos. Volverás a hacerlo y ahora la verás más joven, casi nueva. Intentarás otra vez y ya no la verás. Te sentirás ciego y asustado. Desearás encontrarles un sentido a los recuerdos apagados, no lo lograrás y te desesperarás con la... Tranquilo, aún queda tiempo para que el cuento acabe y el teléfono suene. ■■

La bicicleta escondida

ALIEX TRUJILLO

Profesor de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas

Siempre estuvo en la casa, como un fantasma de la resistencia. Por supuesto, nadie la veía. Cada día montaba en la salida a uno de los integrantes de la familia. Se metía entre las piernas y entre los dedos sudorosos de las manos. Se metía entre los pasos del padre o la abuela, de la más pequeña, del más viejo y ponía los pedales debajo del calzado para que moviera sus ruedas. Aunque nadie de la familia notaba la bicicleta, por aquello de las propiedades del ectoplasma y por la diferencia de los planos espacio-temporales. Pero, en ciertos días, había algo como una gravedad distinta, circular en el camino, inevitablemente alegre, batiendo la emulsión de los días. Se sentía esa gravedad en algún miembro de la familia, que después contaba y todos asentían.

—A veces, cuando camino, me parece que floto.

Al final del día, la bicicleta, a escondidas, traía el aire fresco con que en la familia habitaban juntos. Después volvía a su refugio; total, si nadie la veía.

La bicicleta, una línea

La línea se arrastra por el contorno de una bicicleta que rueda. Parte del contacto de la rueda trasera con la calle sube por la rueda más rápida que la rodada. Sube por la caña del sillín. Llega a las nalgas sobrantes de la ciclista, sube por la espalda instantánea hacia el cuello y la cabeza. La cabeza en el contorno de un casco plástico blanco. Baja

por la cara, se pliega en la nariz. Fluye la línea por el cortante filo de la boca. Desciende por la barbilla elástica, por la parte delantera del cuello, entre las clavículas hacia los pechos. Entre los pechos, la línea se demora un poco, sigue por el ombligo. La entrepierna retiene un poco a la línea con ciertas dificultades. Ahora es la punta del sillín y la caña hacia el marco de la bicicleta las que retienen la línea. La línea avanza hacia el manubrio, desciende por el tenedor hacia el contorno de la rueda delantera, llega a la calle y toma impulso para subir por los tubos inferiores del marco de la bicicleta. La línea pasa por los pedales, de ahí retrocede por un tubo horizontal y por él llega al resto del contorno de la rueda trasera, desconocida por la línea. Llega al punto de contacto con la calle y desaparece. En el camino de regreso a la bicicleta, vuelve y aparece; se despegas del asfalto para insistir en los detalles interiores de toda la silueta, aquí y allá, los rayos, las manzanas, los accesorios, los ojos, los pezones y el resto de la lengua.

Bicicleta, punto por punto

En la ciudad, subiendo por el barrio viejo, va un punto de esos que no tiene dimensión euclidiana. El punto salta siempre igual, no importa a la velocidad que vaya la bicicleta con el ciclista. Las bicicletas son lentas cuando suben; los ciclistas también. El salto, que siempre es igual, tiene nombre



desde hace muchísimo tiempo: cicloide, la Helena de los geómetras.

La ciudad vieja es más lenta y postula más oxígeno, porque arriba de la ciudad vieja están ya los bosques, el aire es más limpio, más grande la concentración del gas en las ideas. El punto fue entonces más nítido y, seguido por todos los otros puntos, afirmó su lugar geométrico. El punto que salta se convierte en una curva de parámetros, cartesiana o intrínseca, no se sabe con certeza.

El ciclista monta una ilusión que, cuando llega a la superficie de asfalto, se detiene lo suficiente para no retroceder y vuelve y sube, siempre hacia delante. Así rueda la bicicleta, punto por punto.

Cuántica del Hidalgo

Si la noción cuántica del mundo no está equivocada, podemos ver apenas lo que podamos comprender. Los aborígenes de acá, la primera vez que las miraron, no vieron ni las naos de barlovento, ni los animales de

ancestros beduinos. Lo mismo ocurrió en el allá del orbe.

Los campesinos de la región de Campo de Criptana y un forastero que por ahí regresaba tampoco vieron al Hidalgo montando en lo que de veras era.

El Hidalgo en el zoco había adquirido, para calmar su vicio, un cofre moro con viejos pergaminos. Eran copias árabes de los bocetos de un maestro florentino que vivió antes, casi veinte lustros.

Son desconocidas, por la invención moderna del relato, las secretas destrezas y ocupaciones del Hidalgo con los hierros y las maderas, con la forja y el cepillo. Alumno aventajado fue de los monjes errantes que todo lo sabían de ambos oficios; se ayudó de los maestros de Al-Mansha.

Ese día, por las tierras sin agua, el Hidalgo arremetió contra los molinos ingeniosos, montado en el ingenioso truco con ruedas del florentino polímata. Todo perro perseguiría al esperpento desde ahí hasta los días de todas las generaciones, como lo hizo el galgo aquel día. Aprovechó una

cuesta y programó (todavía no se llamaba así lo que hizo) su dirección, una mano en el manubrio y la otra apuntando con la lanza, tanto a la injusticia misma como a las venideras. Los testigos, gente de cosas simples, y el forastero, afectado por la guerra, por aquello de la noción cuántica, vieron en el pedaleo del Don un picar con espuelas en el costillar de un rucio lamentable. Tampoco vieron ninguna de estas dos clases de gente que el escudero del Hidalgo montaba en lo que se llamaría un velocípedo.

La bicicleta por letras

Lo primero que consiguió fueron las ces, las dos. Las compró baratas en un mercado de viejo. En cuanto las vio, dijo que se le había ocurrido una idea. Después, con más dificultad, compró las dos íes. Durante mucho tiempo estuvo parte de la palabra, semiarmada, en el garaje. Las dos ces es-

taban unidas a las dos íes y estas, a su vez, estaban unidas a un soporte. Un amigo le trajo de un viaje al extranjero una be nueva, que atornilló a una de la íes.

Porque era un hombre de suerte, encontró en el patio de un pariente todas las letras que le faltaban. Debajo de un árbol y apuntalada con piedras estaba toda una letra, un poco oxidada; pero, de todas maneras, había dicho que quería la bicicleta pintada de amarillo mango. Le dio lija en el garaje a toda la palabra, letra por letra. Pintó las íes y la be, cromó las ces, la ele y la te. Le aplicó silicona a la a. Ajustó, calibró, alineó, lubricó y salió a la calle a probar la bicicleta recién restaurada. Parece que funcionó bien. La be lucía mayúscula.

La bicicleta

Cuando despertó, una de las ruedas aún giraba. ■■■

MARÍA JOSÉ PLATA

La alarma del celular sonará a las seis y media. La luz grisácea entrará al cuarto de Julián. Él se pondrá una camiseta de algodón con el logo de un murciélago en el pecho y una sudadera. Evitando que su piel entre en contacto con el frío suelo de linóleo, terminará de vestirse. Irá al baño, se lavará la cara y se aplicará bloqueador. Para acabar de alistarse, tomará las gafas de sol y esconderá el *smartwatch* bajo la manga. Antes de salir irá al cuarto de sus padres, y le dará un beso a cada uno en la frente y pasará de largo por el cuarto de su hermana; a ella no le gusta perder sueño por despedidas rutinarias. En el ascensor se quedará mirando al espejo, sacará su celular, se llevará el cabello hacia atrás y tomará una fotografía que durará veinticuatro horas en la red. A un lado pondrá “Camino a la ciclovía” en una fuente gris, y en la esquina insertará un #healthy.

Al llegar a la portería meterá el cable de sus audífonos entre el saco y la camiseta. Los conectará al celular y pondrá a reproducir el primer *podcast* en la lista de nuevas descargas. “Studio Robota presenta”. Un *riff* de guitarra hará de fondo en el reparto. Un par de autodeclarados ñoños, un padre y su hijo, habrán grabado una conversación de 42 minutos sobre una serie animada de los ochenta. En lo que terminan de presentar al equipo de colaboración, Julián hará su calentamiento y luego bajará por la calle 88 hasta la séptima. Correrá hasta El Planetario. La ciudad despertará. Pasará frente a las carpas a medio armar de los puestos con jugo de naranja, mango biche y vasos de fruta fresca. A cada paso que dé, un ca-

pitalino que vive en Cedritos se despertará a preparar el desayuno; otro amanecerá en la carrera 17 con 53, entre cartones; alguien más, por los apartamentos de las Américas, se quedará mirando al techo, deseando con todas sus fuerzas no ir al trabajo ese día, justo antes de recordar que es domingo y que puede volver a descansar.

Compartirá parte del recorrido con otros como él, despertando a la ciudad con sus pasos. Sentirá un leve alivio cuando la primera capa de sudor cubra su nuca y su frente e, inmediatamente, le fastidiará la sensación helada que deja la brisa bogotana en la piel. Correrá más de diez kilómetros por la avenida, pasará junto a dos labradores y un siberiano que trotarán tras sus dueños. Alcanzará a contar siete Tostao y al menos veinte carteles que claman “NO AL TRANSMILENIO POR LA SÉPTIMA”. Mientras tanto, en el *podcast*, el niño y el padre hablarán sobre ese episodio en el que juraron que Barbara Gordon había fallecido.

Poco antes de llegar al Museo Nacional, un hombre más joven que él lo mirará con las manos en los bolsillos. No tendrá billetera ni llaves, y su ropa estará muy sucia. Y yo me angustiaré, pero él pasará de largo, veloz, tras una ráfaga de hojas de urapán. Subirá por el Parque de la Independencia y entrará en la cuesta del bosque, el kilómetro montañoso que lo separará de la meta. Se sumergirá paso a paso en esa niebla liviana, y se mentalizará a perseguirla entre los eucaliptos y los cedrillos. Por fin, a las siete y media pasadas, llegará a la Basílica, blanca, al camino de ladrillo, a un cielo azul tras la

* Primer premio del Concurso Interno de Cuento del TEUC, Universidad Central, 2019-2.

niebla que todavía cubrirá parte del cerro. El *podcast* habrá acabado poco antes de pasar por el parque y en ese momento estará escuchando a otro rolo añorado, como él, hablando de la banda sonora de una película de Miyazaki que él adora.

Sacará el celular y tomará una fotografía de la ciudad acobijada de un lado por sus nubes grises, y bañada del picante sol por el otro. Hará una mueca de descontento al ver la fuerte luz reventada contra las residencias de los Andes, esos edificios verdes y azules que llevarán un par de años en la boca del centro. Parecen pintados con crayola, pensará. #Bogotá #fitness #madrugando @Monserrate.

Se quedará sentado en una banca, el *smartwatch* dejará registrado en redes sociales el recorrido que acaba de hacer. La pantalla le indicará que ha recorrido 11,6 kilómetros. Julián revisará la foto que tomó en el ascensor, tendrá ochenta vistas y quince reacciones. Yo podré ver cómo se le dibuja una sonrisa al ver los corazones y los pulgares arriba. Mirará hacia el cerro de Guadalupe, donde la gente viene a decirme que ruegue por ellos y que los aleje de la tentación, y lo llamaré de nuevo. Pero se quedará revisando su inicio durante un rato, se encontrará con las fotos de su prima en Costa Rica y de sus amigos de paseo en los llanos. Volverá a la foto que acaba de sacar y pensará que se siente cómodo entre estas montañas, que es agradable recibir el sol de la mañana, sabiendo que en la tarde caerá un palo de agua tremendo. Todo aquí son valles y cimas, pensará. Y eso está bien, debería estar bien. La angustia que lleva sobre sus hombros comenzará a subírsele por la nuca hasta su cabeza. Veré cómo le nubla su mirada, antes diáfana y tranquila; así que intentaré llamarlo una segunda vez y alzaré la vista al cerro. Entonces, sonreirá pensando que tal vez la semana siguiente podrá alcanzarme.

Bajará en teleférico y caminará hasta el Museo Nacional. Allí estará la carpita blanca de doña Marcela.

—Veci, me regala un jugo de naranja.

—Sí, sumercé, dos minuticos.

Le pasará el billete de mil y la moneda de doscientos. La palanca hará caer el metal sobre la cáscara y el jugo se escurrirá hasta el vaso. Al dar el primer sorbo, verá que hay una larga fila de números flotando en el jugo. Se quedará mirando, agitará el líquido y la cifra se mantendrá a flote, será larga, no sabrá ni de cuántos dígitos es.

—¿Le salió malo? —preguntará doña Marcela. Julián negará y tomará otro sorbo. Los números seguirán ahí pero el sabor será el mismo. Intentará olvidarlo. En un rato llegará el grupo de trote de la ochenta con el que acostumbra a regresar los domingos, porque entre más tarde, aunque no parezca, más roban.

Carlos, Paula Andrea, Rosa y José David llegarán a las ocho y diez; cada uno le comprará un vaso grande a doña Marcela y el grupo irá a una banca de cemento a recuperarse de los kilómetros que acaban de recorrer. Julián sugerirá sacarse una foto antes de que regresen.

—No, marica, pero al menos espérese a que me baje la tibiez —le dirá Paula Andrea. Con disimulo, José David intentará arreglarse el pelo y Paula Andrea decidirá dejarse las gafas, para que no se noten las ojeras.

Los cinco llevarán corriendo juntos desde hace varios años. Ellos cuatro se conocieron en el barrio cuando hacían sus primeras rutinas. Los primeros kilómetros. Carlos conoció a Julián en la universidad y, cuando vio los lugares a los que iba a entrenar, comenzó a pegársele. Fueron al Mirador de los cerros, al Simón y a Monserrate. Julián siempre quiso ir más lejos; apenas se sacaban foto en un lugar, él estaba buscando otra meta. Así corrían, él viendo hasta

dónde podía llegar y los demás atrás. Lo dejaron solo en los caminos de ida. Les fastidiaba su entusiasmo, la energía que parecía sacar de cada paso sobre el ladrillo o el cemento. Pero lo buscaban al regreso, porque esa aplicación que él usaba da muy buenos contactos y un montón de seguidores; hasta le regalaron las gafas de sol y un par de zapatos por ser un usuario tan constante. Él tardará unos meses en notarlo, creerá que no lo acompañan en la mañana, porque madruga demasiado.

Regresará a casa con el reloj, los audífonos y el celular, metidos en el bolsillo de la sudadera, y se pondrá el saco en la cintura. Con el grupo preferirá no escuchar sus *podcasts*, le gustará ir con ellos en el ritmo conjunto, pisando el pavimento al mismo tiempo.

—Al fin, ¿vamos a Guadalupe dentro de ocho días? —les preguntará Julián antes de despedirse.

—No, marica —Carlos ensayará esta respuesta con sus amigos antes de salir—, eso es todo peligroso, toca que consigamos más gente.

Subirá al ascensor arrastrando algo de vergüenza en sus pies. Sabrá, muy en el fondo, la molestia de su insistencia y entusiasmo. Pensará que bien podría ir solo, pero sabrá lo triste que se vería el collage que había estado armando con ellos los últimos meses si una de las fotos no era grupal. Se vería patético en una *selfie* frente en Guadalupe cuando estaba con sus amigos en Monserrate, El Mirador y El Cable. Al llegar a la casa se encontrará con su familia en el comedor, a María del Mar pasando el guayabo con caldo de costilla y a sus padres acompañando los huevos pericos con el programa de Diana Uribe.

—Me voy a bañar y los acompaño.

—Dale, Juli, ¿cómo te fue? —preguntará el padre.

—Bien, me devolví con los muchachos —la madre alzará la vista y se quedará mirándolo mientras camina hacia el corredor.

—Juli.

—¿Diga?

—Te volviste a quemar el cuello.



Se bañará y, mientras desayuna, su madre le aplicará un gel transparente en la nuca. Julián recordará cuando él y María eran niños e iban con sus papás a la costa y su madre los sentaba uno junto al otro para untarles bloqueador. Pensará que entonces le había molestado y estaba seguro de que no podía ser tan difícil aplicárselo por sí mismo, menos cuando fuera adulto. Porque los adultos no hacen nunca nada mal. Irá a su cuarto, abrirá el LOL y, mientras espera a que comience la partida, se quedará mirando la ventana. Se pondrá de pie, se quitará la camisa y verá su reflejo en el vidrio. En ese momento volverá la angustia desde donde había quedado, deslizándose entre el gel para quemaduras.

Se acordará de la primera noche antes de salir a correr, de todas las noches y días antes de salir a correr. De cuando se tomaba ratos libres, hasta los descansos en el trabajo, para dar batallas campales por la legalización de la marihuana, por cambiar *feminismo* por *igualismo*, porque la izquierda es la única opción para arreglar el país y por la terminante extinción de la pizza con piña. ¿De dónde sacaba tanto tiempo?, pensará. Al principio solo fue cosa del clima político, de uno que otro meme sobre los candidatos a la alcaldía y alguna discusión con un familiar en su propio muro.

Se dieron los resultados electorales y la red pareció volver a su ritmo de videos con gatitos, fotografías de ciudades que él no conocía y de compañeros de la oficina organizando planes a los que no estaba invitado. Ellos lo habían intentado incluir un par de veces, él los rechazaba. Lo intimidaban sus fuertes apretones de mano, las risas que poco o nada tenían que ver con él, pero que una vocecilla le aseguraba que sí, algo tenían que ver con él; con las cicatrices de un acné que no lo abandonaba, con un pedazo de piel que no se había afeitado bien. O tal vez habían visto una de esas largas

cajas de comentarios donde lo tildaban de guerrillero o marihuanero. Entonces, intentaba pasar el descanso adelantando trabajo, escuchando sus *podcasts*, revisando por milésima vez un viejo corte o el último cierre para no mirar su celular donde el desconocido de turno lo insultaba. Eventualmente, él regresaría para devolver el insulto, seguramente con algún comentario sobre falta de empatía o motosierras.

La familia se acostumbró a verlo con el ceño fruncido y los puños cerrados. María del Mar había visto varias de sus peleas con algunos primos o tíos lejanos. Una vez, en su propio muro, su hermano se agarró con una de sus amigas porque el lenguaje inclusivo era elitista. Sus padres apenas usaban los perfiles que habían creado y les tomó un tiempo entender qué era exactamente lo que ocupaba durante tanto tiempo a Julián en su teléfono. Casi no usaba la consola y no había vuelto a decir nada sobre las series que seguía.

María del Mar había intentado hablar con él. Él le dijo que lo ayudaba, que a veces tenía buenas conversaciones que compensaban las malas. Intentó hablar sobre su angustia, esa que cargaba desde los últimos semestres de la carrera. Estaba tan estresado preparando todo para poder irse a vivir solo, que necesitaba un desahogo diferente a los que tenía en la universidad.

—Tú sabes, Mari, los intereses están por los cielos y de verdad quiero lograr que me den el préstamo sin que nuestro papá me ayude.

El peso de su matrícula de pregrado y maestría no le permitía ayuda financiera de nuevo. No quería que esa deuda, inexistente para los padres, creciera. Lo dejaron ser. Después de todo, el nuevo trabajo, el único que había tenido, era tan duro y él estaba esforzándose tanto por hacer las cosas bien.

Eso de correr había sido sin intención, casi accidental. Era verdad que lo que veía

en su perfil llegaba a afectarlo mucho más de lo que debía, y que había visto cosas mucho peores que ese video en el que comparaban a dos hombres de sesenta años, uno que había tenido una vida activa y el otro una vida sedentaria. Ni siquiera lo aterraron las pastillas o la silla de ruedas. Todo había sido por el reflejo en el vidrio, porque al levantar la vista creyó ver a uno de esos tíos lejanos con los que precisamente estaba discutiendo. Se había puesto de pie y sintió que estaba en el cuerpo de un extraño gordo y viejo.

Al comienzo del siguiente video comenzó a reproducirse un anuncio, una aplicación naranja se reventó contra la pantalla y pasaron cuatro o cinco fotogramas de recorridos alrededor de Latinoamérica. D. F., Buenos Aires, Bogotá. El de su ciudad lo había hecho un muchacho de su edad, o al menos uno que se veía de su edad. Pensó que no podía ser tan difícil si ese pelado podía hacer una ruta de diez kilómetros en una hora. Se convenció porque el reflejo, para él, materializaba su angustia. Una cosa era saberse un estancado y otra que solo con verlo se notara.

Esa noche descargó la aplicación y siguió mirando la ventana. Le pareció dulce el cuadro que se formaba tras el vidrio, la noche encapotada salpicada de luces blancas y azules del norte bogotano. No escuchaba las motos que se le atravesaban a los SITP, no vio que las manchas oscuras del fondo también eran capitalinas; pero ese fin de semana estaban sin luz. Un pequeño cosquilleo le fastidió y giró bruscamente hacia la izquierda, hacia el Cerro del Cable; creyó que algo lo llamaba. Yo lo llamaba.

Las notificaciones de insultos se reemplazaron con los corazones y pulgares arriba en sus recorridos. Creía que solo un par de familiares y su hermana revisaban sus fotos, pero con la aplicación llegaron muchas notificaciones de desconocidos que

le preguntaban qué *smartwatch* usaba, qué rutas recomendaba y cómo se cuidaba de los ladrones. Se dedicó a encontrar los espacios más populares para hacer ejercicio. Entre semana, después del trabajo, corría por el Virrey, desde la estación hasta su casa. Los domingos salía del norte, trotaba hasta Suba muy temprano, a ver si lograba ver los tres nevados después de subir por esas largas escaleras de ladrillo. La única vez que logró ver al menos dos, la fotografía estuvo recibiendo *likes* por más de una semana. La misma aplicación la había usado en una de sus publicaciones publicitarias felicitándolo por su constancia. Fue a darle varias vueltas al lago del Simón Bolívar y alguna vez se cruzó con el equipo de Parkour Bogotá, estaban saltando por el Parque Nacional. Esas eran las carreras que más gustaban, las más largas, las que se convertían en práctica para el próximo sitio más lejano, y su nuevo objetivo sería la punta del cerro tras Monserrate.



Julián se quedará pensando en los resultados de su esfuerzo, en los músculos y las fotos, los comentarios agradables, los nuevos amigos. Abrirá el perfil de José David apenas reciba la notificación de que le ha etiquetado en una nueva foto. Sentirá un picor desagradable sobre su quinta vértebra al ver las reacciones. Las fotos de José David tendrán al menos cien *likes* más que las de él; apenas si subía nada porque era muy selectivo con su contenido, pero a donde iba hacía amigos, muchos amigos. Él sabrá que siempre siente lo mismo al abrir el perfil de José David o el de Rosa, porque son de ese tipo de gente que deseará odiar con todas sus fuerzas y nunca lo logrará. Para ellos es tan fácil hacerse querer y pareciera que tienen todo bajo control. Adultos de verdad, sin angustias en su espalda, de los que se independizan antes de los treinta, los que tienen una pareja con la que se van a casar, un trabajo estable y no sufren pensando qué tan firmes son sus apretones de mano.

Su madre le golpeará la puerta y lo llamará para que la ayude con el almuerzo. Se quedará mirando la fotografía antes de bloquear el teléfono y caminar a la cocina. Desde que comenzó a correr, también mejoró su dieta. Encontró varias recetas sanas en internet y se ofreció a compartir algunas con la familia. Ese domingo preparará alcachofa al horno. Abrirá la verdura, sacará la carne, la bañará en huevo y en miga de pan antes de ponerla en la refractaria del horno. Su madre servirá la verdura junto a un puré de papa y un corte de pollo a la plancha. Al ver el plato armado, la angustia se intensificará y Julián perderá el apetito. En el apanado de la alcachofa, en el pollo y en el puré de papa se encontrará con el mismo número repetido en todas las piezas de su comida como el que había visto en el jugo de la mañana.

—Come tranquilo, Juli, mira que te quedaron buenas —le dirá su madre.

Él clavará el tenedor en una alcachofa y la llevará lentamente a su boca. Es imposible que nadie más lo vea, pensará. Su familia seguirá comiendo.

Julián hará todo lo posible por ignorar los números en su comida. Aparecerán en el chocolate caliente de las onces, en los batidos de la mañana, en la carne del almuerzo. Al principio le resultará fácil ignorarlos, será una cantidad absurda que a veces no cabe en un pedazo de manzana. Pero, con el tiempo, disminuirá y él pasará largo rato mirando su comida, preguntándose por qué ese número se hace cada vez más pequeño y qué pasará si llega a cero. Ni siquiera será un peso más en su espalda, el asunto será un catalizador de todo lo que cargará. La cifra abrirá un agujero en la débil represa que guarde todas sus angustias. Creará que su obsesión con la dieta y el ejercicio lo han llevado a ver las calorías enfrente de los alimentos, o eso encontrará en internet. Julián nunca buscará el valor calórico de su comida, mucho menos lo memorizará; sabrá que le sucede algo más. La situación lo pondrá tan tenso que lo llamaré con más insistencia. Cuando sus amigos decidan aplazar nuevamente el recorrido a Guadalupe, él dejará de esperarlos, entrenará solo para subir por su cuenta esos doce kilómetros. Y yo me alegraré, porque faltará poco para encontrarnos. Un día después de esos entrenamientos, tras varias semanas con una pésima dieta, se quedará mirando su *smartwatch*, el contador de sus recorridos por Bogotá, ese que siempre irá en aumento.

Dos meses después de que apareciera el primer número en el jugo de naranja, Julián llegará a la estación del Virrey. Sacará sus tenis del maletín, activará el reloj y le dará un mordisco a la manzana, un nuevo número aparecerá en la carne blanca del fruto y Julián lo anotará en su celular. Correrá los tres kilómetros y medio hasta su casa. Se subirá al ascensor sudando como

si acabase de regresar de Tunja trotando, aunque su reloj marcará que acaba de correr tres punto cuatro kilómetros. Entrará a la casa, dará un grito para avisar que acaba de llegar e irá derecho a la cocina, donde lo estará esperando una ensalada César. La cifra se acomodará a lo largo de los tallos blancos en las lechugas. Pondrá el número que había anotado antes en la calculadora, el de la manzana, y lo restará con el que verá en la lechuga. El celular mostrará un tres, un punto y un cuatro, al igual que la pequeña pantalla del *smartwatch*. Entonces, entenderá que la cifra que se le ha atravesado en su comida es una distancia, son kilómetros que ha ido gastando y que tienen un límite y no tendrá idea de qué le sucederá una vez los agote.

Aterrado, dejará de correr, volverá a tomar taxi para ir de la estación a su casa. Pasará cuatro o cinco domingos sin salir a trotar. Adelgazará por evitar encontrarse con el contador entre los mordiscos. Aun intentando enfurecer a desconocidos, sus redes se estancarán, la caja de notificacio-

nes rara vez pasará de los dos dígitos. Le dirá a la familia que se siente enfermo, por eso no come ni ha vuelto a correr. La madre y la hermana intentarán convencerlo de que vaya al médico, pero no les hará caso.

—Yo diría que es cosa de hombres, má, porque mira que mi papá y los abuelos son iguales.

Yo lo seguiré llamando y los números seguirán catalizando su angustia.

Una tarde, en el vagón delantero de un Transmilenio, una mujer le ofrecerá unas bolsas de maní a mil pesos. Al ver el contador en los frutos secos, abrirá los ojos y le extenderá un billete de cinco mil del que no recibirá vueltas. Sacará un maní y lo sostendrá en su mano. El contador comenzará a disminuir por cada kilómetro que recorra el bus. La represa se romperá y Julián sentirá que se ahoga en esa carcasa roja que descaradamente lanzará sus kilómetros al vacío.

Pedirá vacaciones.

Se encerrará en el cuarto evitando a toda costa salir de la habitación. Yo lo seguiré llamando y los números en su comida y en



sus perfiles seguirán disminuyendo. Estará a punto de decirle a sus padres y a su hermana muchas veces, pero ellos le parecerán ajenos al problema, como si no notaran que pedirá una semana adicional de permiso en el trabajo o que apenas comerá. Ellos estarán verdaderamente preocupados, pero, para entonces la barrera se habrá establecido y él estará perdido en pánico, porque en cualquier momento el próximo mordisco le mostraría un contador vacío.

Podrá aguantar hasta que vea esa foto, la de José David, Rosa, Paula y Carlos. En realidad, será un collage de tres fotos, una en cada cerro, El Cable, Monserrate, Guadalupe. Las dos primeras estarán cortadas para que él no salga. Y claro, los *likes*, los corazones, se contarán de a cientos y llegarán a los miles. Julián los verá crecer. Un picor en los omoplatos lo devorará de adentro hacia afuera, como si hubiese eliminado el peso que había estado cargando. Solo sentirá rabia, porque creará que no puede ser como ellos, que no puede tener tanta atención en redes, ni correr tanto, ni tener un buen trabajo, dar un buen apretón de manos, una casa propia, *hobbies* “normales”, ni una pareja. Irá a la cocina, morderá un pedazo de manzana verde y por primera vez en semanas mirará fijamente la cifra, un uno junto a un dos.

La alarma del celular sonará a las seis y media. La luz grisácea entrará al cuarto de Julián. Él se pondrá una camiseta de algo-

dón gris con el logo de un murciélago en el pecho y una sudadera. Terminará de vestirse, evitando que su piel entre en contacto con el frío suelo de linóleo. Irá al baño, se lavará la cara y se aplicará bloqueador. Para acabar de alistarse, tomará las gafas de sol y esconderá el *smartwatch* bajo la manga. Antes de salir, irá al cuarto de sus padres y le dará un beso a cada uno en la frente.

—Juli, qué bueno que ya estás mejor.

Pasará por la habitación de su hermana, le dará un beso suave junto a su oreja derecha.

Sobre la mesa de noche dejará los audífonos, querrá escuchar a los pájaros. Al salir y recorrer los primeros cuatro kilómetros, comenzará a ahogarse y sus músculos se sentirán como brasas. Llevará meses sin ese ahogo en el trote, pero se sobrepondrá, se sentirá más ligero y estará esperando que todo acabe cuando por fin llegue a la cima. A medida que la luz grisácea comenzará a iluminar el pavimento, el ladrillo y la basura sin recoger, él se convencerá más y más de seguir adelante. Dejará la ciudad al llegar a la quebrada La vieja y se adentrará en el bosque de los cerros. Se sumergirá paso a paso en esa niebla liviana, y se mentalizará a perseguirla entre los eucaliptos y los cedrillos. Escuchará a los copetones y a las torcazas; algunas mirlas se espantarán al verlo recorrer el sendero de Choachí.

Entonces, nos veremos por fin. Frente a mí, saludará con una sonrisa y su contador llegará a cero. ■■

La luz no me deja ver*

EFRAÍN VILLANUEVA**

MFA en Escritura Creativa, Universidad de Iowa.

Helicópteros se descolgaban en picada, como gavilanes, y botaban sus huevos a la loca, como peleando contra todo el mundo [...]. Tranquilicé a La Mona y le dije que no se asustara, que nada nos podía pasar porque nada habíamos hecho.

ALFREDO MOLANO, *Los desterrados*.

Despierto con los ojos cerrados. Intento abrirlos, y mis párpados, antes frágiles y delgadas capas de piel, se sienten como muñones pesados y adoloridos, me impactan como un cuchillo atravesado desde mi frente hasta mi nuca. Mi respiración se agita por el esfuerzo y me obligo a abandonar la búsqueda de luz.

Durante su estadía en El Inexpugnable, la tropa solo ha compartido dos cosas: el seguimiento estricto de las órdenes del sargento y la intimidación, imposible de rechazar, que otorga la reclusión. Esta noche es la primera vez que comparten algo diferente, un premio que, según el sargento, es más que merecido: dos garrafones de alcohol anisado. A todo volumen, el cantante que sale de los parlantes los anima a bailar al estilo africano y les promete enseñarles si no saben cómo. Sus palabras cantadas se arremolinan en el aire de la habitación, más humo de cigarrillo que oxígeno. Ferreira mueve sus brazos como si estuviese remando y mece su pelvis hacia adelante y hacia atrás. Le grita a Buitrago un algo que se

pierde entre los bufidos de las trompetas, y Buitrago le devuelve una sonrisa de adolescente embelesada. Pardo bebe una copa de alcohol, luego una más y una tercera y final; esperará quince minutos antes de repetir esta rutina. Riveros toca timbales invisibles sobre la mesa, su actuación carece de gracia, nadie le presta atención. Velásquez apenas bebió unos cuantos tragos, ni siquiera está entonado, pero se contagia de las usuales burlas pasivo-agresivas hacia Riveros, y lo alienta, como si estuviese ejecutando una excelente interpretación, a continuar. Solo el sargento permanece imperturbable ante la escena, les da la espalda a sus hombres, su mirada fija en la mirilla de la puerta de la sala de interrogatorios.

El lado derecho de mi rostro descansa sobre una superficie áspera. Debo estar en la sala de interrogatorios, la única área de la base con pisos en obra gris. De lo que no estoy seguro es por cuánto tiempo ni cuántas veces he intentado, inútilmente, abrir los ojos. Cada vez que creo estar a punto de lograrlo, me rindo ante el dolor, y al despertar, de

* Este relato hace parte de *Guía para buscar lo que no has perdido*, ganador del XIV Concurso de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander. Fue editado y publicado por esta misma institución en el año 2019.

** Escritor de novelas, cuentos y artículos culturales. Su primer libro, *Tomacorrientes inalámbricos* (2018), fue galardonado con el Premio de Novela Distrito de Barranquilla en 2017. Su primera colección de cuentos, *Guía para buscar lo que no has perdido* (2019), fue ganadora del XIV Concurso Nacional de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander. Fue finalista del VII Premio Nacional de Cuento La Cueva por el relato "Cinco cuerdas a la redonda".

nuevo con los ojos cerrados, siento que han pasado muchas horas, pero probablemente solo sean unos cuantos minutos.

Esta vez logro abrir una ranura en mi ojo derecho, es diminuta, pero me permite ver una luz cuyo origen no identifico. La luz cae sobre su rostro, me emociono y sonrío al verla. Pero el dolor de mi cuerpo es intolerable, el silencio de la sala es perturbador, la quietud de su cuerpo me agobia. Apenas puedo mantener mi ojo abierto, pero me digo que es mejor así. Permanezco sin movimientos bruscos, temeroso de que el menor movimiento espante el rayo de luz; sin él no podría continuar observándola.

La contemplo. Lo que la falta de iluminación no permite ver a simple vista lo veo con recuerdos. Han pasado solo cinco días desde su arresto, pero conozco de memoria cada rincón de su rostro, las tonalidades de sus mejillas, la imperfección de su barbilla herida, los recovecos de las tres arrugas debajo de sus ojos, sus pestañas, escasas, pero largas, que me recuerdan las patas de un saltamontes.

El Inexpugnable, nombre código, es una estación de alta montaña a dos mil novecientos metros de altura, rodeada por una neblina perpetua. En el pico de la guerra (en palabras del sargento: cuando la guerra era abundante), El Inexpugnable no existía. El páramo era el principal corredor de abastecimiento de armas y suministros de los rebeldes, quienes lo defendieron con éxito brutal por años, repeliendo incluso a algunos de los mejores hombres de las fuerzas especiales. Era una humillación apoteósica para el Comando Central que la guerra se perdiese en una montañita de mierda olvidada hasta por el diablo, mientras sus aeronaves de última tecnología yacían en tierra, porque las adversidades del clima, que nunca estaban a favor del ejército ofi-

cial, habían derribado más de una docena de helicópteros y tres aviones fantasma.

Nunca se supo cómo el sargento esquivó la seguridad interna del Comando Central y se plantó frente a la oficina del Generalísimo General. El sargento se ofreció, junto a cinco de sus mejores hombres, para una incursión a pie: subirían al páramo y desarmarían las defensas rebeldes para permitir un ataque masivo coordinado. El Generalísimo General lo miró con desprecio y soltó una carcajada al ver al hombrecillo insignificante de saludo militar exagerado, más calcado de un video de propaganda del ejército, cualquiera de ellos, que de las maneras reales de la vida castrense. El Generalísimo General sabía que la guerra no solo se perdía en el campo de batalla, sino también en los noticieros, en la radio y en los periódicos, especialmente en los pasquines liberales manejados por jipis marihuaneros de mierda. El Generalísimo General consideró que la certeza de la muerte, el secuestro o la desaparición del sargento y de sus hombres podría servir a un propósito más útil. Un especial de televisión que convirtiera la decepción de la opinión pública en luto y compasión hacia un grupo de voluntarios que murieron como verdaderos héroes de la patria.

Tres semanas después, quinientos hombres del ejército oficial que esperaban al pie de la montaña recibieron en una débil señal de radio el código de avance preestablecido: las flores están listas para ser recogidas. Subieron la montaña con cautela. La mayoría había participado en misiones anteriores en el páramo y sabían qué esperar: minas capaces de borrar extremidades, lanzas embardunadas de sangre con gonorrea o mierda sembradas en fosas camufladas, nidos de ametralladoras calibre punto cincuenta con la capacidad de borrar rostros, rebeldes de poderes sobrenaturales que emergían de la tierra y resistían ráfagas a quemarropa que ningún chaleco antibalas



soportaría. Pero los quinientos hombres del ejército oficial encontraron una situación diferente cuando, finalmente, luego de tres días de ascenso, y sin necesidad de disparar una sola bala, alcanzaron la cúspide. El campamento insurgente había sido destruido sin piedad por el sargento y sus cinco hombres. Había cientos de cuerpos de rebeldes diseminados a lo largo y ancho del páramo. Algunos yacían desangrándose o pidiendo ayuda y clemencia, y solo unos pocos soldados que lograron superar la conmoción del espectáculo que presenciaban se animaron a socorrerlos. Una vez asegurado el perímetro, el Generalísimo General se presentó en el campo de batalla y lo que vio le recordó el Plan Recluta.

El Plan Recluta fue una campaña creada y promovida por el Comando Central. Su objetivo: secuestrar a jóvenes indigentes o pobres o campesinos, transportarlos a zonas de guerra, vestirlos como rebeldes, ejecutarlos y presentarlos ante la opinión pública como bajas del enemigo durante combates. El Plan Recluta fue suspendido luego de que un teniente realizó cálculos erróneos en la cuota de jóvenes por ejecutar, y el ejército oficial terminó con más cuerpos que el número oficial de miembros de las fuerzas rebeldes. El exce-

dente de cuerpos se ha mantenido en una instalación secreta por dos años, en caso de que llegase a surgir una nueva oportunidad de usarlos.

Antes de subir, el Generalísimo General fue advertido de que el sargento era el único sobreviviente, pero no esperaba encontrarlo empapado de sangre de pies a cabeza custodiando las tumbas de sus cinco hombres, que cavó mientras esperaba los refuerzos. El sargento saludó al Generalísimo General con su usual sobreactuado saludo militar: "Misión cumplida, señor".

Sin proponérmelo, la abertura de mi ojo derecho se ha ampliado. Ahora puedo ver al soñador de Riveros en una esquina de la habitación. Hace unas semanas, el sargento nos encargó a Ferreira y a mí recorrer el kilómetro y piquito que separa a El Inexpugnable del improvisado helipuerto loma abajo. Al descender del helicóptero, Riveros dejó caer su fusil, y una ráfaga accidental nos obligó a ponernos a cubierto mientras los del helicóptero se burlaban. En ese momento, Ferreira bautizó a Riveros 'Bobo Maricón'.

A mí, sin embargo, Riveros me cae bien, aunque no entiendo por qué carajos se

enlistó. Se graduó de la escuela hace un año y fue aceptado en una universidad técnica, beca incluida, para el programa de tecnología. Sin embargo, prefirió unirse al ejército oficial. “Usted no entiende, mi lanza”, cuenta sin detalles, cada vez que le sugiero retirarse. “El ejército salvó mi vida cuando yo era un bebé; me debo a él”. Riveros cree en la disciplina, en el amor por la patria, es un convencido de que basta poner la frente y sudarla para convertir las decepciones y la mierda de la vida en satisfacciones. Tan fácil y automático como limpiarse el culo después de ir al baño.

Ahora Riveros está tirado sobre el suelo, con vómito fresco en su uniforme. Un pedazo de zanahoria de las raciones le tapa la identificación: “River...”. Conozco esa palabra, me la enseñó uno de los gringos de los que recibimos entrenamiento antes de venir a El Inexpugnable, el pelirrojo que no era tan hijueputa como el resto de los instructores, el que no se molestaba cuando no les entendíamos su español de mierda. *River*, he olvidado su significado. Con seguridad, Riveros sí lo recuerda. Cree que se debe y se puede aprender algo nuevo cada día, porque no se sabe cuándo podría ser útil. Riveros se emborrachó y perdió el conocimiento justo antes de que todo ocurriera. Tengo la seguridad de que fue a propósito, para escapar de lo que sabía, lo que sabíamos, estaba a punto de ocurrir.

Velásquez ingresó al ejército oficial hace tres años. Cayó en una redada del ejército en El Azul, el billar que empezó a frecuentar desde que cumplió los trece años, con la complicidad del dueño, su tío. Le ordenaron subir al camión, y Velásquez alegó que no tenían ningún derecho a arrestarlo, que había visto en el noticiero que el ejército, ninguno de ellos, no podía llevarse a remisos y obligarlos a enlistarse, así como así,

que tenía derecho a un proceso justo. “¿Y es que usted ve aquí a algún juez o algún fiscal, gran pedazo de maricón? Más bien súbase al camión antes de que le reviente la cabeza a culatazos”.

El camión al que subió no era para arrestar remisos. Era uno de centenas de camiones similares bajo las órdenes del Generalísimo General durante el Plan Recluta. Velásquez contó con suerte. El camión sufrió problemas mecánicos a mitad de camino, y el Generalísimo General, con el enojo excesivo que le ocasionaban los pequeños detalles sobre los que no tenía control, decidió perdonarles la vida a los de ese camión y reclutarlos a la fuerza.

Velásquez, sin siquiera proponérselo, obtuvo las mejores calificaciones, físicas e intelectuales, en su entrenamiento en la escuela militar y forjó una memorable carrera en las fuerzas especiales. Por su desempeño, el sargento lo eligió para conformar la tropa que custodiaría El Inexpugnable, una estación de vigilancia sugerida, diseñada y construida por el sargento. El sargento exigió y aseguró a sus superiores que no necesitaba ningún tipo de supervisión, podía encargarse de la base sin necesidad de un teniente que le rompiera las pelotas y que no entendiera la importancia y el simbolismo de ese baluarte de la guerra contra las mafias rebeldes. El Generalísimo General, quien vio con detenimiento los ojos del sargento y no le gustó lo que no dejaban ver, aceptó sus inusuales demandas. Después de todo, el hombre había ganado, por sí solo, la batalla más importante de la guerra. El Generalísimo General no se preocupó por lo que dirían los del Comando Central: estaban muy ocupados presentando el parte de victoria en los medios. Al sargento se le pidió bajar de la montaña para recibir una condecoración de manos del presidente, pasearse por los sets de noticieros,

relatar su experiencia patriótica en los micrófonos de la radio y conceder entrevistas a toda suerte de medios digitales. Pero se negó porque no hay razón para premiar a quien solo sigue su deber patriótico y el resto de maricadas que le proponían sonaban a trabajo para reinas de belleza. El sargento era un hombre que examinaba cada detalle de acuerdo con su provecho o conveniencia, sin incluir sentimientos en su análisis, siguiendo la rigidez de sus convicciones. Solo a regañadientes aceptó grabar un audio apoyando al Generalísimo General, al Comando Central, al ejército oficial, al Gobierno y al presidente, en ese orden. Con la vía libre, el sargento eligió a su tropa: Velásquez, Ferreira, Pardo, Buitrago y Morantes. Riveros solo se unió al grupo para reemplazar a Morantes luego de que este muriera por lo que la autopsia reveló como fiebre de montaña.

La tropa completa, menos Riveros, ha cumplido casi dos años de servicio en El Inexpugnable, dos veces más que el tiempo de servicio recomendado en zonas de aislamiento extremo. Pero nadie les informó las reglas, solo seguir las órdenes del sargento. Para él, así como ocurrió con Silva, Gutiérrez, Ortiz, Perdomo y Angulo, la tropa inicial con la que limpió el páramo, sus hombres, como Morantes, solo abandonarían El Inexpugnable luego de haber ofrecido sus vidas por la patria.

Volví a quedarme dormido. El ojo izquierdo sigue siendo una fortaleza palpitante, pero el derecho ahora puedo abrirlo y cerrarlo sin esfuerzo, aunque con dolor. Intento tocarme el rostro, pero tengo las manos atadas a la espalda, ahora entiendo por qué siento los brazos entumecidos. No recuerdo quién ni en qué momento me amarró. La luz cubre cada vez menos su rostro, pero lo suficiente para verla y sentir que no estoy solo.

Desde que fue asignado a El Inexpugnable, Velásquez le tiene miedo al sargento, a la autoridad que infunde con sus ojos, un tema sobre el que ha reflexionado a profundidad (es el único de la tropa que lleva, a escondidas, por supuesto, un diario), sobre los ojos del sargento. En una de sus anotaciones se lee:

Negros por donde se le mire. El iris, negro, y la pupila, negra, son uno, indistinguibles entre sí. Sus pestañas, tan abundantes como sus cejas, proyectan una sombra negra sobre la esclerótica (Riveros me enseñó que ese es el nombre de la parte blanca de los ojos). Si es verdad lo que dicen, si es verdad que los ojos son las ventanas del alma, entonces el sargento no tiene; solo oscuridad y vacío se ve en los suyos.

A Velásquez le extraña que, si se detalla con cuidado, la figura del sargento debería exudar todo menos autoridad y respeto. Es un blanquito de un metro con cincuenta, la fisonomía de su rostro es agraciada, casi femenina. Su piel no parece afectada por las espinas de la selva que al resto de ellos les ha dejado cicatrices. Cuando el sargento habla, lo hace con lentitud, enunciando cada sílaba con un cuidado quirúrgico y con una voz melodiosa y ridículamente suave. Pero sus palabras, a pesar de sus maneras, despiden el poder de un padre furioso, la tenacidad de un cura en medio de un sermón apocalíptico. Dejando a un lado la cadena de comando, decirle que no al sargento es imposible, sus órdenes no son solo órdenes de un superior a un súbdito, sino también mandatos de vida de la boca de Dios o del Diablo. En el fondo, quizá sea por esto, porque su físico no corresponde al de su personalidad, que el sargento le inspira tanto miedo a Velásquez: detrás de su cuerpecito aparentemente enclenque y de sus maneras tímidas, el sargento es uno de los hijueputas más grandes que ha pasado por el ejército,

cualquiera de ellos. Y por sus ojos, claro, sus ojos oscuros, negrísimos, dibujados con todos y cada uno de los lápices y bolígrafos de color negro existentes en el mundo.

Los ojos de Riveros y los de ella están cerrados, y agradezco por ello. Hoy aprendí que los ojos cambian con lo que se nos prende o apaga por dentro, como si tuviésemos un bombillo en nuestros cuerpos. Esta noche, a mis lanzas de la tropa se les apagaron las luces internas.

Riveros perdió el conocimiento, pero Ferreira, Pardo y Buitrago continuaron bebiendo aguardiente como si fuese una botella de bebida energética. Pardo sirve sus tres copas, pero sus manos están borrachas, riega alcohol que cae por el borde de la mesa y forma un charco debajo de ella. Los tres levantan sus copas y brindan. Tres pares de huecos negros se miran entre sí y luego miran, sin mirarlo en realidad, a Velásquez, sus manos atadas a la espalda.

Antes de ser asignado a El Inexpugnable, estuve en un combate cuerpo a cuerpo. Un rebelde me macheteó el abdomen. La sangre no me salió a borbotones. En cambio, un coágulo enorme, un mojón de sangre que me reventó las paredes del estómago. El dolor que experimento ahora es mucho peor que el de aquella vez. Soy un hematoma pulsante de ochenta kilos. Veo su rostro, el de ella. Me digo que no sea tan marica, merezco este dolor, que ella sufrió más de lo que yo sufro ahora, es mi turno de pagar mi negligencia y cobardía.

El sargento les insistía a sus hombres en que ninguna otra área de esta gran nación de-

El hombre insistió en que él y su hija eran campesinos, podían probarlo si los escoltaban de regreso a su finquita. El sargento le empuñó una trompada que le hizo escupir dos molares y le estropeó los incisivos.

bería someterse, como ocurrió en el páramo antes de su liberación, a las garras de las hordas rebeldes. El Inexpugnable era un fortín que debía defenderse de cualquier amenaza, hasta la muerte del último hombre.

Ferreira, Pardo y Buitrago regresaron de patrulla con un hombre mayor, de unos cincuenta o sesenta años, y una mujer joven, de no más de veinticinco. Los encontraron deambulando sospechosamente a unos cinco kilómetros de la base. El sargento ordenó encerrarlos durante dos días a punta de agua antes de interrogarlos.

El hombre insistió en que él y su hija eran campesinos, podían probarlo si los escoltaban de regreso a su finquita. El sargento le empuñó una trompada que le hizo escupir dos molares y le estropeó los incisivos. "Oigan al pendejo este, con quién cree que está hablando; tan marica si cree que caeremos en una emboscada tan huevona". Ferreira le advirtió al sargento que la mujer no había dicho ni una sola palabra, que el hombre insistía en que era muda de nacimiento. "¡Muda de nacimiento mis chácaras! Ahora verá esta hijeputica perra cómo la ponemos a chillar."

Cada vez que recupero el sentido, me lleno de dolor. Es más que un dolor físico,

es un dolor inusual, es un calambre agudo, de esos que provoca aliviar arrancando la extremidad afectada; pero, en este caso, la extremidad es todo mi cuerpo. Me siento lleno y vacío, simultáneamente, sufro un ataque de asma y un incidente de hiperventilación, hiervo de fiebre y tiritito de frío. Tal vez es el dolor de la muerte, el dolor del alma, o lo que sea que los curas dicen que uno tiene por dentro, liberándose de mi cuerpo. Como la fatiga de un largo viaje: aun si lo único que hiciste fue sentarte en un vehículo, una vez llegas a tu destino, te sientes exhausto, las aspas del helicóptero, las llantas del auto, las turbinas del avión usaron la energía de tu cuerpo y te secaron. Estoy en un viaje eterno, yendo y viniendo de ningún lugar a la nada.

Y, sin embargo, me alegro cada vez que despierto porque puedo contemplar su rostro. Cuando el dolor me vence y quedo inconsciente, extraño sus facciones y obligo a mi cuerpo a regresar de su sueño, aun si eso significa retornar al dolor. El haz de luz es lo único que permanece inmóvil. Su rostro, mi cuerpo, mi dolor, mi conciencia van y vienen, esa nariz es y no es la de ella, esos dientes, que se asoman por sus entreabiertos labios, son y no son los de ella, su semblante tiene y no tiene el brillo que lo acompañaba desde que fue arrastrada a la estación.

Al principio, Velásquez pensó que el bala-
zo se lo habían pegado a él y se llevó las
manos al abdomen. Pero lo que lo golpeó

y estremeció fue el eco del disparo. Pardo y Buitrago, con los pantalones abajo y las vergas duras, esperando sus turnos, bajaron la mirada; niños asustados evadiendo las preguntas del profesor, ¿cómo se llamaban las carabelas de Cristóbal Colón?, ¿cuál es la fórmula química del agua? Si no miramos al profesor, él no nos puede ver, somos invisibles e invulnerables a su índice señalador. Ferreira, dentro de ella, aullaba y alababa al sargento y lo miraba con ojos igual de negros a los suyos. La camisa del viejo estaba empapada de sangre negra que le brotaba espesa de la garganta, sus ojos, amplios, fueron los últimos ojos que Velásquez vio antes de perder el conocimiento, los únicos que ha visto desde que despertó en la sala de interrogatorios.

La frente, la ceja derecha, no la izquierda, y la nariz son las de ella. Ahora la nariz me es desconocida, pero sus labios sí los reconozco, aunque no tengo certeza de cuál de sus dos cejas sí le pertenece. El haz de luz camina sobre su rostro y sus mejillas retoman la tonalidad que presentaban la primera vez que los vi, pero quizá sea solo una ilusión, si ese rostro perteneciera a ella no se vería tan rojo, si ese rostro perteneciera a ella, le llevaría agua y bromearía con ella cuando el sargento no nos espía por la mirilla, pero no estoy seguro de que en realidad se trate de su rostro, porque sus ojos se mantienen cerrados cada vez que despierto, pero, sean o no los de ella, sé que son de un color alegre y festivo. Pero no negros. ■

Aiko Fujimori

LILY TOFT

Nunca olvidaré la temporada de lluvia de 1997 cuando el señor Fujimori habló por vez primera de su mujer.

I

Pocas cosas se sabían acerca del señor Fujimori. A pesar de ser el dueño del edificio, y ser bien conocido por su labor como administrador del mismo, nadie podría afirmar nada sobre su persona. No obstante, salieron unas cuantas conjeturas al respecto. Los residentes más veteranos se atrevían a insinuar que el hombre había perdido la cordura a causa de su fallido matrimonio y, sin mirar atrás, dejó el Japón y compró un edificio residencial en Bogotá. Por el contrario, los menos osados, entre ellos mamá, creían que no era más que un viejo sin familia, por lo cual tenía este edificio para aminorar, en gran parte, su soledad. Pero el señor Fujimori parecía todo menos un hombre solitario y perturbado.

Se podría decir que su presencia le quitaba el sueño a más de un residente en la noche. No era para menos. El señor Fujimori cargaba con él un aire de absoluto secretismo y sus acciones no lo negaban. Pasaba sus días sentado en la banca enfrente del edificio, mirando fijo el asfalto, siempre vestido con un traje negro de pies a cabeza, que alternaba los nueve de cada mes con un kimono negro. Los vecinos que solíamos pasar por aquella banca no nos atrevíamos a interrumpir su silencio. Incluso, cuando el autobús de la escuela llegaba al paradero, sentía en mi interior una creciente alarma ante una posible reacción del señor Fujimori; pero él, en cambio, no parecía darse cuenta ni de lo uno, ni de lo otro. Muchas

noches tuve la intención de acercarme y preguntarle la razón de tal comportamiento. Sin embargo, antes de que lograra acumular el valor suficiente, él dejaba la banca. Naturalmente le pregunté a mi madre si alguna vez había mantenido, por minúscula que fuera, una conversación con él. Ella me explicó que el señor Fujimori no hablaba con nadie, a menos que fuera absolutamente necesario, incluso prefería que todo fuera dicho por escrito, y él respondería la misiva un par de días después. Para comprobar aquello, empecé a saludarlo todas las mañanas en el paradero del autobús.

Lo intenté varias veces. Pero el resultado fue idéntico a la primera vez. No movió su boca y tampoco retiró los ojos del asfalto. Yo, al igual que el resto de los vecinos, me estaba acostumbrando a esa peculiar —por llamarlo de alguna manera— actitud del señor Fujimori. Sin embargo, un día, que parecía como todos los demás, el señor Fujimori me habló. Yo llegué al paradero a la hora habitual. Lo vi de reojo, pero no le saludé como de costumbre. De pronto, me dijo: “Un hombre, si en verdad lo es, no lleva los zapatos sin lustrar”. Acaso tenía el tenis embarrado por el partido de fútbol de la semana anterior. Tanta era mi sorpresa, que no fui capaz de decir siquiera algo. Subí al autobús y, como si no hubiera dicho nada, el señor Fujimori volvió a su asunto.

Antes de aquel día, no me había cuestionado la presencia del señor Fujimori. No

se percibía en él la falta de orden. Tanto así, que quien no lo conociera no dudaría en suponer que es un hombre de buen proceder. Sus trajes negros, a la medida, no daban lugar a ninguna arruga. Las camisas seguían el ejemplo de los zapatos, andando sin manchas. Su cabello, ya cubierto por la edad, mantenía su lugar como si su madre lo hubiera peinado por él —tal como mamá lo hacía por mí—.

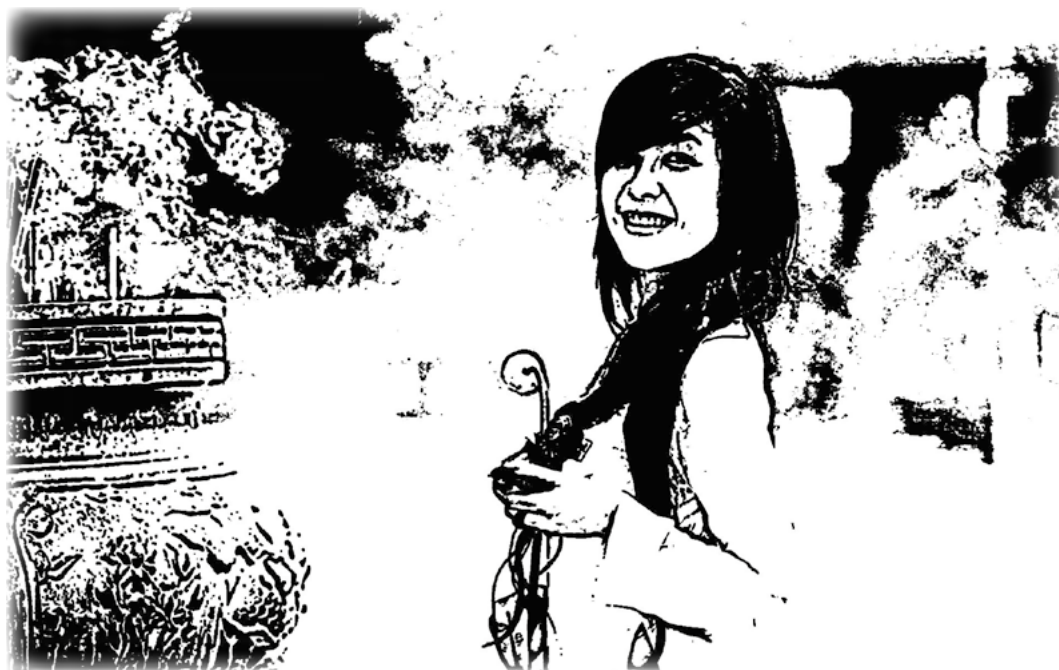
II

Al contrario de lo que cualquiera pensaría, el señor Fujimori no pertenecía a ese tipo de naturalezas amargas. Después del comentario de esa ocasión, creció entre nosotros una especie de trato implícito. Él dejaba que me acomodara al otro extremo de la banca para leer. En un comienzo, dudaba que notara mi presencia, pero cuando lo hizo, solo acertó a decir: “Solo un hombre con un libro en su bolsillo podría acercarse a su esencia”. No entendí muy bien su comentario al principio —pero eso es otro

tema que no viene al caso—. La cuestión es que, si bien no hablamos mucho, no necesité de palabras para entenderlo. Si el señor Fujimori quería que me sentara a su lado, él limpiaría la lluvia de la banca, y si no, dejaría el trabajo tal cual lo dispuso el cielo.

Así pasaron varios días antes de la llegada del autobús. Hasta que, en una oportunidad, me encontré preguntándole por el Japón. “Debe ser primavera. Seguramente las flores de cerezo están cayendo”, dijo. Y advertí que, aún con su rostro un poco colorado, no perdió la tranquilidad de sus facciones; entonces, me aventuré a preguntar de nuevo: “¿Y está allí su mujer?”. El señor Fujimori se caracterizaba por la parkedad de su rostro, pero cuando escuchó la mención de su mujer, agachó la cabeza a tal punto de esconder todas sus facciones, dejando libre solo el mentón brillante por las lágrimas que se negó a limpiar.

De cualquier modo, la respuesta del señor Fujimori me impidió volver a la banca por un par de semanas. Quizá sentía remordimiento por no haber pensado lo



suficiente mis palabras o, quizá, solo despertó en mí lástima por lo triste del resultado. Incluso, evitaba pasar por su lado. Preferí por esos días no agarrar el autobús e ir caminando a la escuela. Cuando volví a la banca, arriba de dos semanas, el señor Fujimori tenía puesto su singular kimono negro. Este le regalaba un aspecto de memoria perdida. No sabría cómo explicarlo, pero era tan simple como que él no estaba aquí, pero tampoco allá. Observé que traía en sus manos una copa con lo que parecía agua. “¿Ha escuchado hablar del *sake*, estudiante?”, dijo sin mirar a ningún lado, y continuó: “Cuando tomas el primer trago de *sake*, pero de un verdadero *sake*, esos que hacen en el ritual las abuelas con arroz, estás listo para ser llamado un verdadero hombre. Es así como entregas tu vida y, con ella, tu lealtad. Juras proteger a tus queridos. Eso es honor. Así es en mi familia”. No supe qué responderle al señor Fujimori, pues mamá no me ha dejado probar alcohol —dice que solo puedo beber después de los dieciocho

y, si lo hago antes, será en su presencia—. Pero en verdad quería seguir hablando con él. Así que dije:

—¿A qué sabe el *sake*?

El señor Fujimori vaciló en su respuesta. Permaneció inmóvil, me miró fijo los ojos, como nunca lo hizo, y al final respondió: “No lo recuerdo en absoluto. Debió gustarme mucho pues mi mujer me servía una copa siempre después de la cena. Pero no lo recuerdo en absoluto”. No dije nada. Empezaban a caer las primeras gotas. Seguramente ya eran más de las doce. “En Japón el clima es diferente. La primavera se hace esperar y el invierno se respeta. Estos días me recuerdan al Japón”.

—¿No le gustaría volver? —le dije.

—¿Cómo puede un hombre sin honor pisar su casa?

No entendí a qué se refería el señor Fujimori, pero eso no me detuvo a seguir preguntando. “Entonces, ¿no puede su mujer venir aquí? Yo sé que es primavera en Japón, pero probablemente ella también lo extraña y le traiga un poco de *sake*, o bien



podría hacerlo acá”. “Nunca más podré beber una copa de *sake* de las manos de mi mujer. ¿Y cómo? ¿Acaso un hombre como yo podría? Si algún día me atreviera a beber de nuevo sería un cochino. Sí, un cochino. Un hombre que fracasa en proteger su honor no merece siquiera nada. Nadie muere tan fácilmente cuando tiene algo o alguien que proteger. Pero yo no he muerto: ese es mi castigo. Esperar ser polvo mientras evoco la quimera de una copa de *sake* y de mi mujer. El recuerdo es algo tan precioso y tan amargo si se vuelve una y otra vez sobre él. Estoy roto. Soy un hombre sin honor, pero no seré nunca un cochino”.

Le pregunté, también, el nombre de su mujer. “No soy digno en absoluto”, respondió. Luego cayó un aguacero. Sacó dos pequeños paraguas, de no sé dónde, y me extendió uno. Nos quedamos así el resto de la tarde. En silencio escuchando al cielo.

III

Nunca olvidaré aquella charla mientras viva. Si mamá escuchara las palabras del señor Fujimori, no dudaría en cambiar su juicio sobre él. Diría que no es más que un borracho que lo perdió todo: Japón y su mujer. Y por la superficialidad de mis palabras no habría lugar a dudas; pero, les

aseguro, es todo menos eso. Es la añoranza de una memoria perdida y una patria disminuida al sueño.

No volví a hacer referencia a nuestra conversación en los días siguientes. El señor Fujimori pronto se volvió mi amigo. Me contó un par de historias sobre su vida en el Japón, sobre su juventud, y cómo conoció a su preciosa mujer. Yo también le conté algunas cosas —hoy ya no recuerdo cuáles—. Nunca me contó por qué dejó el Japón, o cómo le falló a su mujer, tampoco dijo su nombre, o si estaba viva o no. Menos aún pregunté sobre ello. Al fin y al cabo, ya no importaba. Había desnudado *su* dolor ante un estudiante que posiblemente no se merecía tal acto. Acerca del dolor, recuerdo, me dijo: “Cuando muerdes tu dedo, duele. Sin embargo, el dolor de cada dedo es diferente”. ¿Qué más se podría decir? Solo quedaba estar ahí en esa banca y rezar por tiempos mejores.

La última vez que vi al señor Fujimori, antes de mudarme con papá, hablamos muy poco. “Desearía que no lloviera nunca más”, dije. “Cuando dices cosas así, caen al cielo y rebotan contra ti”, sentenció.

Y cayó el último aguacero en Bogotá del mes de mayo de 1997. ■

Fue un buen presagio

JAVIER MORENO

*Todas las noches baja al pozo
y a la mañana reaparece
con un nuevo reptil entre los brazos.*
OCTAVIO PAZ, "Dama"

I

Nunca había tenido una tortuga entre mis manos. Estaba ensimismado contemplando su belleza, palpando las hendiduras que había en su caparazón y que formaban figuras semejantes a los mapas y croquis, de esos dibujados por los primeros exploradores de las Américas, cuando don Pascual, el pescador más viejo del caserío caribeño de San Esteban, puso la mano sobre mi hombro y me sacó de mi ensoñación. Me asusté. Me dijo “tranquilo Damián, parece que te hubiera tocado el mismo demonio, no te voy a quitar la tortuga, estoy muy viejo para esos menesteres”. Me miró con cierta sorna y añadió, “encontrarla y tenerla por tanto tiempo en tus manos, sin que ella se moleste, puede ser o un muy buen o un muy mal presagio...”; hizo silencio, miró las nubes encapotadas y añadió: “Damián, eso dependerá de ti”. Quedé paralizado, mi boca se llenó de una baba espesa, se trabó mi mandíbula y solo pude emitir algunos sonidos guturales. Este viejo desdentado, casi calvo, de barba escasa, descalzo y ligeramente encorvado, ya no salía a pescar como los demás; ahora esperaba que los pescadores retornaran, escuchaba sus historias y les ayudaba a recoger y reparar las redes. Un bohío, muy cerca de la playa, era el punto de encuentro. Allí asaban algunas mojarra, tomaban aguardiente y tarareaban algunos cantos vallenatos; comían con lentitud, unos sentados sobre la arena y otros de pie, reclinados sobre los troncos que sostenían el techo, de hojas de palma, que hacía

muy fresco el lugar. Don Pascual los vio llegar, se despidió de mí y yo me quedé pensando en lo que dijo.

Después de seis años de estudiar medicina no me podía considerar supersticioso, así que traté de olvidar sus palabras, aunque sin éxito. Mis profesores me habían entrenado a mí y a mis compañeros para no dejarnos seducir por creencias sobrenaturales de ningún tipo, y aquí sí que abundaban. Estos hombres de mar, de la costa Caribe colombiana, sentían una fascinación especial por las explicaciones metafísicas con las cuales solían interpretar todos los sucesos de sus vidas, desde el amor, la fortuna, pasando por la tristeza, la felicidad, la enfermedad, hasta la muerte. Desde mi primer año de estudio, los profesores de la Escuela de Medicina de la Universidad de Santafé de Bogotá me habían exigido no dar crédito a la superstición, un aspecto que consideraban perjudicial para la formación de cualquier médico. Esta preocupación tenía su origen, según decían en los pasillos, por lo que le sucedió, años atrás, a una graduada de la Escuela, una promesa de la medicina y un orgullo para la institución, que al final resultó ser un verdadero fiasco, según decían todas las versiones. Más que un rumor, se había convertido en una verdadera leyenda, en un secreto a voces que nadie en la universidad se atrevía a mencionar abiertamente, pero que todos se regocijaban en contar, escuchar, debatir o comentar.

Decían que se llamaba Osiris Amador, una mujer menuda y agraciada, con una voz aguda y serena, y un rostro que recordaba los recién venidos al mundo, lo que realzaba esa gracia especial que todos adivinaban, pero cuyo origen nadie acertaba a explicar; les bastaba decir que ella *tenía ángel*. Obtuvo un cargo en uno de los hospitales públicos más prestigiosos de la zona Caribe de Colombia, después de graduarse con honores. Al cabo de cuatro años de trabajo intenso, la Unidad de Enfermedades Tropicales, que ella dirigía, presentaba los mejores resultados en la lucha contra la malaria, la fiebre amarilla y la leishmaniasis, por lo cual Osiris fue distinguida con el premio “Médico/a Joven del Año”, codiciado galardón otorgado por la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical. El Ministerio de Salud, sus antiguos profesores y la Escuela de Medicina celebraron este acontecimiento con un despliegue, en periódicos y revistas especializadas, sobre las investigaciones de la médica.

Pero la desgracia suele ocurrir cuando menos se espera; ataca y se ensaña con los más indefensos, los más dotados o con los que mejor hacen su trabajo. La médica

se enfermó; una poderosa fiebre le produjo desvaríos, pesadillas y alucinaciones: pasó unas noches infernales. Quienes la estaban cuidando, nunca podrían llegar a imaginar los sufrimientos que sus pesadillas le estaban ocasionando. Soñó que estaba trabajando, como de costumbre, en su laboratorio, y que de repente comenzaron a llegar mensajes, que su secretaria tomaba, y le dejaba sobre su escritorio. El primero hablaba de cómo su padre había perdido todas sus posesiones y estaba en riesgo de quedarse sin un lugar para vivir. Al día siguiente se enteró de la desgracia de sus sobrinos: habían perecido en un accidente automovilístico. El siguiente recado era del director de la Policía. Le pedía que confesara, que no le diera más vueltas al asunto, que no era tan inusual que una médica asesinara, que no se preocupara, que la esperaba al día siguiente en su despacho, *solo la muerte no tiene solución*, era la posdata que estaba al final de la nota. Fue a su apartamento, se desnudó y vio su cuerpo lleno de úlceras malolientes que cubrían sus muslos y su vientre: se sintió maldita. Fue ese el momento cuando despertó y vio que sus brazos estaban llenos de ampollas que le producían picazón; ampollas que le



parecieron inofensivas al compararlas con las llagas que había experimentado en sus pesadillas. Eso la tranquilizó.

Con el paso de los días, las ampollas comenzaron a aparecer en su rostro, y a secretar un líquido transparente y maloliente que le daban un aspecto grotesco. Las personas evitaban su cercanía, y aunque hicieron grandes esfuerzos por disimularlo, esa teatralización le resultaba aún más dolorosa a la médica. Nunca había percibido el rechazo. Tenía varicela. Se internó en el hospital y después de dos semanas se recuperó. Las erupciones dejaron grandes huellas en sus pómulos bien definidos, que gracias a su piel color canela, se disimulaban bastante bien, aunque ello no evitó que comenzara a sentirse insegura. Sin embargo, su recuperación fue temporal: la varicela se le estaba volviendo crónica, iba y venía con tal frecuencia, que los médicos tratan-tes no encontraban explicación alguna para esa anomalía.

La mañana era gris y las olas iban y venían con modorra. A lo lejos veía planear y zambullirse a algunos alcatraces en busca de pequeños peces para alimentarse, mientras escuchaba las risas de los pescadores en el bohío. Me quité las sandalias, eché la tortuga en mi mochila y dejé que mis pies se hundieran entre la arena, que conservaba aún el calor del día anterior, y caminé por la playa, en dirección opuesta al bohío. No sé la distancia que recorrí; cuando me sentí fatigado, decidí dar media vuelta y retornar. Mis huellas no se habían borrado del todo y cuando las vi pensé en Lucía, mi compañera de juegos infantiles; pensé que esas pisadas eran sus pasos y que yo caminaba en dirección a su tumba. Ella se había ahogado cuando apenas tenía cinco años y nunca encontraron su cuerpo: el océano se la había tragado; desde entonces el mar fue para mí un ser traicionero: mi enemigo personal. Sentí que la tortuga comenzaba a moverse

y me alegré, pero fue una falsa alarma. ¿Estaba viva o yo solo estaba cargando un animal moribundo? Con el recuerdo de Lucía muerta era suficiente, así que decidí ponerla sobre la arena para darle la oportunidad de moverse. No lo hizo. Volví a guardarla en la mochila y aligeré mi paso. Pensé, otra vez, en Osiris Amador.

Cada nuevo episodio de varicela dejaba huellas más profundas en su rostro, adelgazaba sus piernas y su cuerpo parecía volverse más pequeño. Ahora era una mujer más frágil, aunque nunca perdió el *ángel* que tanto la caracterizaba. Sobrellevó su aislamiento gracias a que encontró en la lectura un buen aliado. Una mañana de domingo tomó un libro que le había regalado un amigo el día de su graduación. Aunque nunca había tenido interés ni siquiera por ojearlo, esa mañana algo lo impulsó a hacerlo. Leyó la contraportada y supo que se trataba de las memorias de una antropóloga afamada, de nombre Margaret Mead, que había estudiado y convivido con diferentes tribus: los zulúes en África, los machiguenga en la Amazonia peruana, las tribus nómadas de Mongolia, los aborígenes de las islas de la Polinesia y varios grupos étnicos asentados en la colina de Katmandú, en Nepal; que lo había escrito al final de su vida, y que había pedido que se publicara de manera póstuma, ya que se trataba de una confesión reveladora, en donde lo personal y lo profesional se mezclaban. Osiris leyó la introducción y quedó deslumbrada. Se levantó, se preparó un café cerrero, observó la portada en donde aparecía el rostro de una adolescente de la Polinesia, y devoró los dos primeros capítulos. Al finalizar volvió a releer el primer párrafo, que le había parecido un verdadero ejercicio de franqueza:

Soy antropóloga y octogenaria y sé que la muerte me está oliendo, como la presa que advierte que el cazador ha iniciado su ritual de

persecución y quiere saber si el fruto que será tragado merece su esfuerzo; si está maduro. Y cuando me desnudo sé que lo estoy. Y ante tal inminencia, no me queda otro camino que la franqueza. La fragilidad, física y espiritual, que experimenté en mis trabajos de campo nunca la expuse en mis informes ni en mis libros: aprendí a fingir. Me enfermé tantas veces durante mi trabajo que había decidido abandonar mi profesión de antropóloga para convertirme en historiadora, y hacer en los archivos, en la comodidad de sus salas, lo que no podía hacer en mis viajes. Así dejaría de transitar por esos lugares remotos, inhóspitos y peligrosos, en donde la sensación de aislamiento es, en verdad, intimidante. Pero una experiencia, en lo que sería mi último trabajo de campo, cambió lo que ya era una decisión tomada. Mientras asistía a un ritual de iniciación a la vida adulta entre las tribus nómadas en las estepas de Mongolia, me desmayé. Desperté en una choza que estaba llena de cabezas de antílopes disecados, flechas de bambú y arcos que estaban simétricamente colgados y distribuidos sobre la pared. Estaba desnuda y un grupo de ancianos, hombres y mujeres, cantaban en su lengua nativa. Sentí que esos cantos melancólicos eran sagrados, e intuí que hablaban más de la muerte que de la vida. Yo escasamente tenía fuerzas para hablar con la mujer que me servía de intérprete. Me dijo que solo había una manera de salvarme, que no deberíamos perder tiempo, que lo único que quería saber era si el grupo de ancianos tenía mi consentimiento para hacerlo. Accedí. Más adelante contaré lo que aquellos viejos hicieron en mi cuerpo, aunque debo advertir que si el lector es demasiado sensible debería saltarse esas páginas, pues fue algo verdaderamente escalofriante. Aún hoy siento horror cuando rememoro ese episodio.

Alguien llamó a la puerta, pero Osiris estaba disfrutando tanto la lectura que no quiso abrir. Quien la estaba buscando no se rindió: golpeaba, timbraba, golpeaba y volvía a timbrar. La médica, en una actitud inusual, decidió permanecer en su cama. Pensó que debía ser tan fuerte como la antropóloga, que no abriría, que estaba harta de la repugnancia que su aspecto físico le causaba

a la gente del pueblo. Dejó fluir su malestar y sintió que era posible y lícito vengarse, y se dijo: “Esos hipócritas ahora sí se quieren acercar, ahora sí me necesitan, ¡que sufran! Ahora no sienten asco de estar cerca, como si fuera culpa mía, no quieren mirar ni oler lo que me ha hecho la varicela, como si ellos estuvieran seguros de que nunca les va a suceder”. Después de media hora cesó la insistencia, pero al cabo de una hora volvió el golpeteo y el timbre, y esta vez decía con rabia y casi gritando, como si estuviera conversando con alguien, “¡que sufran los cabrones!”. Se prometió que su día libre lo iba disfrutar al máximo, y repitió la palabra “cabrones”, y la volvió a repetir: “cabrones, cabrones, cabrones”; descubrió que podía insultar, maldecir y ser libre para hacer lo que le diera la gana. Estaba en pijama, caminando descalza en su alcoba y con el libro en la mano; se tiró a la cama, boca arriba, y comenzó a reír; entre una carcajada y otra volvía a decir “cabrones, cabrones, cabrones”: fue una catarsis completa. Al terminar de reír se sintió liberada, llena de vitalidad, tiró el libro por los aires, cerró los ojos, respiró despacio, y sintió una paz celestial.

Al día siguiente retornó al hospital, y supo que una niña de cinco años se había golpeado mientras jugaba con otros niños. Quedó inconsciente y no había quien pudiera atenderla, con excepción de Osiris. Esperó todo el día en el hospital y, cuando el médico residente llegó, ya no había nada que hacer: al caer la tarde la pequeña había dejado de respirar. Cuando ella supo que quien la buscaba con tanta insistencia había sido la madre de la niña, se derrumbó emocionalmente. Fue a su consultorio, cerró con un golpe seco la puerta, cayó de rodillas, se cubrió con las manos su cara y comenzó a llorar. Gemía y se restregaba la cara y todo su cuerpo, caminaba, movía sus brazos con ansiedad, y se tomaba la cabeza y su cabello con desesperación: se sentía al

borde la locura. El sentimiento de culpa la poseyó por completo, y gritaba, en medio de las lágrimas, “maldita, mil veces maldita, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?”.

Al finalizar mi caminata puse la tortuga en dirección al mar, para que retornara a lo que, para ella, era su hogar y para mí la tumba de Lucía. Tenía temor de que en verdad estuviera moribunda. Al principio no se movía, y yo esperaba ver, al menos, un par de huellas sobre la arena quebradiza y húmeda. Me asusté. Mi corazón se aceleró y esos minutos me parecieron eternos. Los últimos bañistas, al pasar junto a nosotros, nos miraban como si estuvieran viendo una rareza: un hombre al final de sus veintes, flaco, pecoso, con su cabello castaño, sus brazos velludos y sus manos grandes junto a una tortuga inmóvil. Estaba a punto de recogerla cuando, de repente, movió sus aletas y su cabeza. Me quedé siguiendo su andar hasta que comenzó a hundirse en esas aguas cálidas. Retrocedí unos pasos y me tiré en la arena, cerré los ojos y tuve un leve adormilamiento, hasta que dejé de sentir los rayos del sol sobre mi rostro. Me levanté y quedé sobrecogido cuando reconocí que la tortuga venía a mi encuentro: ¿no lo podía creer! ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Por qué se había devuelto?

II

“Doctor Damián: Hay que extirparle la matriz”. Esas fueron las palabras que escuché del jefe de oncología del hospital, mientras me entregaba la historia clínica de la mujer fornida que yacía en la camilla; era una operación de rutina, a la que me había acostumbrado en los últimos tres años. Hubiera sido un procedimiento más si no fuera porque, en el último momento, antes de entrar al quirófano, sentí el impulso de leer, con detenimiento, la información personal de la paciente: mujer de 27 años, soltera y oriunda de San Esteban, el lugar donde yo había cumplido con la obligación de ejercer como médico rural, prerrequisito para obtener mi licencia profesional. Mientras realizaba mi lavado de manos y me miraba al espejo, me perdí en los recuerdos de la playa de San Esteban, de las curaciones que yo hacía en el centro de salud y de las habladurías que, día a día, circulaban por el pueblo. También me estremecí al pensar que estaba contribuyendo a desbaratar la vida de esta mujer. Dejarla estéril equivalía a que su futuro fuera como una fruta podrida: sería desechada. Fue un procedimiento que realicé con desazón y torpeza. No siempre logré que mis ojos siguieran, con la concentración reque-



rida, al escalpelo, pues mi atención se vio alterada por la intromisión de los recuerdos del pueblo, en especial, cuando aparecía la imagen de Lucía, sí, Lucía; así fue como bautizamos don Pascual y yo a la tortuga que no quiso regresar al mar y decidió quedarse a mi lado. Recuerdo, con precisión de notario, aquella noche.

Don Pascual había llegado a mi consultorio, si es que así se le puede llamar a esa casa de madera desvencijada, casi en ruinas, a la que el agua le entraba por todas partes cuando llovía, que servía como centro de salud y también como vivienda para el médico rural de turno. Estaba a un kilómetro del pueblo y de la playa, sobre un montículo que ofrecía una vista excepcional a la bahía y desde el cual las caídas de la tarde eran un verdadero espectáculo, en especial, gracias a esa ilusión óptica de ver cómo el océano se tragaba el sol naranja, cómo se dejaba engullir con una facilidad casi infantil: verdadera lección de aceptación amorosa de la destrucción y de la muerte. Pensé que el anciano tenía alguna dolencia, pero no fue así. Simplemente, como todos en el pueblo, venía a conversar. ¿Y qué más podía hacer yo en este lugar? Además de aplicar unas cuantas vacunas, hacer suturas y lavar algunas heridas, era poco lo que podía hacer. Preparé dos cafés amargos, nos sentamos en el pequeño solar en la parte posterior de la casa y juntos vimos las primeras estrellas de la noche.

Yo siempre prestaba oídos a sus historias, mezclas de ficción y realidad, en las cuales él se describía como un viejo león de mar, como una criatura salvada por los dioses y embrujado por las musas. Escucharlo era un verdadero placer; sus hazañas eran su orgullo: en una ocasión fue el único sobreviviente de un naufragio, en otra los vientos fuertes lo arrastraron a islas desconocidas, y en otras más tuvo que nadar kilómetros hasta alcanzar tierra firme, guiado única-

mente por las estrellas. En todas ellas la lección era la misma: sobrevivió gracias a sus vínculos con el mundo sobrenatural; sin ello, su muerte hubiera sido segura. Solía decirme “Damián, sin los de arriba, yo no le estuviera contando estos cuentos”, mientras sacaba un tabaco y reía mostrándome, sin ningún tipo de vergüenza, los únicos tres dientes que aún conservaba.

“Hoy te toca a ti contarme algo, no sigas huyendo”, me dijo; “ya estoy demasiado viejo y no quiero aburrirte repitiendo lo que ya sabes”, añadió. Yo me quedé pensativo. Era verdad, en varias ocasiones me había pedido que le narrara una historia como las que él contaba, y siempre había logrado evadirlo, pero ahora estaba entre la espada y la pared. Se me ocurrió entonces contarle la leyenda de Osiris, con la convicción de que se aburriría con rapidez, y así se daría cuenta de que no tenía caso pensar que yo contaba con un talento similar al suyo. Llegué al punto en el cual la médica, por estar leyendo el diario de Margaret Mead, no atendió al llamado de la puerta y después se enteró que la estaban buscando para salvar la vida de una niña pequeña. Era tal la convicción de mi fracaso como narrador que interrumpí mi relato en ese punto, me levanté y fui a preparar dos tazas adicionales de café, esperando que él se olvidara del asunto; pero al regresar me sorprendió cuando dijo “Damián ¿qué pasó?, ¿qué sucedió con Osiris?, nunca pensé que algo interesante pasara en la vida de los médicos, parecen tan aburridos”. Entonces, continué.

La vergüenza se convirtió en su sentimiento permanente. No dejaba de culparse por la muerte de la niña, asumía que la vida de ese ser indefenso siempre estuvo en sus manos. No atender el llamado a la puerta había sido la peor decisión de su vida. Por primera vez ella, y los demás, reconocieron que *el ángel* que la caracterizaba la había abandonado. Se convirtió en un ser oscu-

ro, caminaba desgarrada, como si sobre sus hombros cargara con muchos muertos. Se comenzó a refugiar en una capilla que quedaba a las afueras de la ciudad. Allí rezaba por la niña. Después de dos meses de acudir de manera asidua supo que debía hablar con Rosario, la madre de la pequeña, para pedirle perdón. No concebía otra solución para encontrar paz en su alma.

Habló con ella y se enteró de que la niña era hija única, que se llamaba Cristina y que su madre solo logró tenerla después de muchos esfuerzos, pues durante diez años luchó contra la esterilidad, y, aunque nunca se dio por vencida, los médicos sí. Hasta aquí llegó el primer encuentro. La pregunta que a Osiris le quedó rondando fue cómo solucionó los problemas de esterilidad si los ginecólogos habían desistido, así que la médica insistió en un segundo encuentro que se dio en su casa. Mientras Osiris preparaba café, Rosario se quedó en la sala. Observó el libro que estaba sobre el sofá, lo ojeó y encontró una imagen que estaba hacia la mitad del texto: era una mujer vieja, desdentada, arrugada, de piel morena, con dos líneas cortas de pintura color ocre en la mitad de la frente, con un vestido colorido que era atravesado, de lado a lado, por una pañoleta amarilla de gran tamaño. Tenía en sus manos rústicas una gran cantidad de plantas y a su lado algo parecido a un pequeño canasto con raíces de diferentes formas y tamaños. Atrás aparecía un templo que la madre de Cristina no pudo asociar con nada conocido. Osiris arribó con los cafés y Rosario se disculpó por tomar el libro sin su consentimiento, y le dijo que la lectura había sido de una gran ayuda cuando perdió a su marido de una manera absurda: ahogado. La médica, en respuesta, le dijo que esa fotografía correspondía a una médica tradicional nepalí y esto la animó a hablar del diario de Margaret Mead, a tal punto de perder la noción del tiempo:

cuando se dio cuenta, la tarde llegaba a su fin. Para su sorpresa, Rosario estaba fascinada con el relato.

Osiris llevaba mucho tiempo en la oscuridad interior y ese momento de compartir le generó algo de luz. Sabía que no podía perder la oportunidad de conocer la historia completa sobre cómo se embarazó Rosario, así que la invitó para que se quedara a cenar. Mientras comían, Rosario le preguntó a la médica si en verdad ella creía en lo que le había sucedido a esa antropóloga, pues la descripción de lo que aquellos ancianos de las estepas de Mongolia hicieron sobre el cuerpo de esa mujer era aberrante, así fuera para salvarle la vida. Osiris le dijo que al principio no creía, pero que, a medida que avanzaba en la lectura y reflexionaba, se convenció de que fueron hechos reales. En ese momento la médica notó un cambio abrupto en la conducta de la madre de Cristina, era como si su respuesta sobre el contenido del libro hubiera abierto una puerta que, de otra manera, hubiera permanecido cerrada. Rosario le confesó que su embarazo fue un verdadero milagro, pero que eso no lo contaba a los médicos, pues ellos nunca lo podrían comprender. Le describió cómo todos los diagnósticos realizados por los ginecólogos llegaron a la misma conclusión: debía aceptar su esterilidad, no había cura ni tratamiento posible, por lo cual recurrió al santo de su devoción y a la partera del pueblo de su abuelo, una mujer afamada en la región que trabaja con los espíritus y con las plantas; “algunos la consideran más bruja que partera, pero eso no importa, gracias a su trabajo, san Esteban me concedió el milagro”, dijo Rosario. Los médicos tratantes no dieron el menor crédito hasta que las dimensiones de su vientre no dejaron duda.

La médica quedó impactada al enterarse de que en la gestación de Cristina hubo *intervención divina*. No es que fuera un caso igual al de la Virgen María, pero, por las pa-

Se había compenetrado tanto con la vida de Rosario que, por primera vez, sintió que esa sucesión de sonidos podían ser ecos que provenían del mundo sobrenatural.

labras de Rosario, no había duda de que se trataba de un evento similar: fue san Esteban, quien, con intermediación de la partera, sanó su esterilidad. Esa noche la médica no pudo dormir: daba vueltas en la cama y la imagen de la mujer pronunciando esas palabras le produjo escalofríos, y los sonidos habituales de la noche, como el viento haciendo sonar el follaje de los dos árboles de mango que se encontraban en el solar, el traqueteo de los marcos de madera de las ventanas o los ruidos de los gatos dando brincos en los tejados del vecindario, le causaban cierto temor. Se había compenetrado tanto con la vida de Rosario que, por primera vez, sintió que esa sucesión de sonidos podían ser ecos que provenían del mundo sobrenatural. Se aterró de tener tales pensamientos y decidió levantarse, prendió todas las luces de la casa a las tres de la madrugada, se preparó una taza de café amargo y retomó la lectura de las memorias de Margaret Mead. Estaba segura de que, de esta manera, espantaría esa cascada de pensamientos absurdos. Llegó al capítulo en el cual la autora enumeraba una serie de costumbres extrañas relacionadas con la sexualidad, la reproducción y la organización familiar de diferentes tribus. Osiris jamás habría imaginado la increíble flexibilidad y creatividad del género humano en este sentido: sociedades en las que las abuelas iniciaban sexualmente a los jóvenes, otras en las que un grupo de her-

manos se casaban con la misma mujer para evitar la fragmentación de la propiedad sobre la tierra, y ni que decir de aquellas en las que los roles paternos no estaban asociados con la procreación biológica. Pero lo que cautivó más su atención fue el pasaje sobre las costumbres de las mujeres de la Polinesia:

Vi cómo una nativa entraba en la casa de la esposa de su exmarido. Supe, horas después, que fue allí para cuidarla, pues había caído enferma de lo que ellos denominan "fiebres de luna", una dolencia recurrente en la tribu y en esos climas, para la cual cuentan con las plantas y brebajes necesarios para contrarrestarla. Horas después cruzó frente a mi bohío, paso obligado para llegar al suyo. Fui a visitarla y la imagen que encontré me conmovió. La mujer estaba amamantando a los dos hijos de la nueva esposa de su exesposo, y lo hacía como si de una labor sagrada se tratara. ¿De qué estaban hechas esas mujeres que, en lugar de sentir celos, se profesan una ternura y solidaridad de este nivel? Aunque esta información la consigné en uno de mis libros más emblemáticos y ha sido de los pasajes más citados por otros autores, soy consciente de que los términos técnicos utilizados en aquel entonces ni siquiera rozan lo que en realidad sé que aquel hecho significaba. No hay nomenclatura científica que lo alcance. Después de seis décadas de ejercicio profesional, estoy convencida de que un poeta lograría registrar con mayor precisión y hondura ese episodio: solo un poema, que está por escribirse, puede hacer justicia a ese tipo de ternura y fraternidad humana.

Cerró el libro y se quedó pensando y repensando lo que acababa de confesar Margaret Mead. La honestidad de esa antropóloga la motivó para tomar la decisión de realizar cambios en su propia vida; la médica necesitaba de este tipo de autoridad para virar hacia nuevas direcciones, para buscar nuevos vientos, para salir de la oscuridad interior que la estaba consumiendo: para volver a *tener ángel*. Volvieron los ruidos, pero ya no le parecieron intimidantes; comenzó a intuir que pactos como el de las mujeres de la Polinesia eran

una luz para resolver su problema de vergüenza y culpa. Corté mi narración porque ambos, don Pascual y yo, vimos a la tortuga.

“¡Lucía! Se debe llamar Lucía”, fue la frase que pronunció don Pascual cuando la vio salir. Estaba escondida en el pozo de agua, que se forma durante la temporada de lluvias, “Damián, ¿te suena? Lucía, la tortuga”, añadió el viejo. Yo le dije “me parece bien... suena bonito”. Me asombré mucho con su propuesta, pues nadie sabía lo que ese nombre significaba para mí; me pareció, que al ser uno de esos animales de origen prehistórico y símbolo de sabiduría, me ayudaría a recordar a mi compañera de juegos de la infancia. Acepté. Escuchamos el sonido de algunos truenos, él se inclinó, tomó a la tortuga, le acarició la cabecita, y añadió “no es nada arisca la Lucía”, la soltó, me dio la mano y me dijo “Damián, me voy antes de que el aguacero me coja, y tú prepara los baldes porque con esta casa, que es una coladera, nunca se sabe”. Me quedé mirándolo mientras bajaba el montículo, pero ya no vi su caminar tranquilo, sino que vi el caminar de un hombre reflexivo. Me acosté y al despertar encontré que toda la casa estaba anegada por el aguacero, y vi a Lucía disfrutar nadando en medio de los pozos que se habían formado en el consultorio y en la pequeña sala de espera, que era el espacio que yo también utilizaba como sala personal.

III

Solo me di cuenta de que Lucía se había convertido en mi compañera de vida cuando comencé a empacar las pocas cosas que había acumulado, durante mi estadía, para retornar a Santafé de Bogotá; me sentía feliz de finalizar esta etapa obligatoria, de dos años que duré como médico rural de San Esteban, con lo cual podía obtener mi licencia profesional, y así aspirar a una plaza para ejercer como médico profesional e iniciar mi espe-

cialización en cirugía oncológica. Pero al ver cómo la tortuga me miraba, mi entusiasmo se vino abajo: ¿Qué haría con Lucía? Nunca lo había pensado. Sentí el dolor de la separación y mis ojos se aguaron un poco, y justo en ese momento vi a don Pascual reclinado en el dintel de la puerta de mi habitación. No sé cuánto tiempo llevaría allí observando el reguero de ropa y libros que tenía sobre mi cama, y que trataba de meter en las dos maletas con las cuales había arribado al pueblo. Estoy seguro de que no quiso interrumpirme porque notaba mi nostalgia. Cuando advertí su presencia exclamé: “¡No lo había visto! ¿Cuánto tiempo lleva aquí?”, a lo que me respondió: “no mucho, Damián, no te preocupes”. Hizo un silencio y continuó: “ya no tienes que empacar con tanto afán, aún te quedan un par de días entre nosotros”. Aunque no comprendía por qué lo decía, no dudaba de sus palabras. No sabía qué responderle pues estaba preocupado de que hubiera notado mi llanto y mi tristeza. “Hay varios derrumbes en la carretera, todo el tráfico está represado, y según se sabe, en el mejor de los casos, y si el clima ayuda, no habrá paso antes de diez días, así que tienes que quedarte, Damián, a no ser que quieras ir a pie o a lomo de mula; me imagino que no”. Lo miré y mi gesto respondió a su pregunta: dejé lo que estaba empacando, me senté en la orilla de la cama, respiré profundo, vi que tenía en su mano derecha unos limones, fuimos a la cocina, calenté un arroz trasnochado y preparamos una limonada. Mientras comíamos, me preguntó: “¿qué vas hacer con la Lucía?”; le dije: “bueno, no tengo idea, al menos con este problema de la carretera, ya veré qué hago... para serle sincero solo hasta esta mañana me di cuenta de que tenía que hacer algo con ella”. A lo cual me replicó: “a veces la vida nos da tiempo para pensar, como le pasó a Osiris”. Se me ocurrió entonces preguntarle sobre cómo imaginaba que la historia de la médica finalizaría. Nos en-

frascamos en una discusión apasionante que solo fue interrumpida por una anciana que llegó para que le ayudara a curar a su nieto, de tres años, que se había enterrado, mientras jugaba en la playa, un pequeño vidrio en la planta de su pie. Don Pascual me ayudó: me pasaba el alcohol, la gaza, el algodón y el hilo para sutura: le cogí tres puntos al pequeño. La anciana salió, muy agradecida, con el niño cargado y dándole besos en su cachete y en su frente. Nos quedamos viendo a la mujer descendiendo el montículo: era el caminar de una mujer reflexiva.

Retomamos nuestra especulación sobre Osiris hasta que vimos salir las primeras estrellas en el firmamento, y mientras las observábamos yo dije, en voz alta: “cuando se vive en las montañas aprendemos a mirar hacia arriba, hacia las estrellas. Es la forma de superar los límites que nos imponen los cerros”; el viejo bajó su mirada como preparándose para que yo continuara, así que añadí: “para quienes vivimos en Santafé de Bogotá, enclavados en las montañas andinas, estas tierras caribeñas son una oportunidad para ver más allá. Aquí viendo el mar, he podido comprender —o eso creo— lo que le pasó a la médica. ¡Qué gran mujer!”. “¡Qué vaina! Tienes razón, qué gran mujer, parece que nos estamos enamorando de ella”, afirmó don Pascual. Yo suspiré y dije: “parece que sí”. Habíamos encallado, de nuevo, en la leyenda de Osiris.

Pasaron varios días hasta que volvió a estar sola en su casa, y mientras cerraba la ventana de la habitación, desde la cual se veía el campanario de la iglesia principal, recordó la peor pesadilla que había tenido con las primeras fiebres de la varicela, aquella cuando encontraba los mensajes trágicos, dejados por la secretaria, sobre su escritorio. La impresionó, mientras veía el follaje de los dos árboles de mango de su solar, darse cuenta de que allí estaba la explicación de su malestar. Comprendió que

esa pesadilla había sido una premonición, que la frase del director de la Policía, que le decía que no era tan inusual que un médico asesinara, era un juicio que ella misma se estaba haciendo; entendió, por fin, que no hablaba el director de Policía, sino su propio inconsciente, y que este le estaba comunicando que sus sentimientos de vergüenza y de culpa se debían a que ella misma se consideraba una asesina. Había llegado a la raíz del problema. Se tiró al sofá, miraba al techo y al ventilador, que parecía que se iba a desprender, y recuperó algo de su antigua alegría. Tenía que aprender a lidiar con sus prejuicios inconscientes si quería volver a *tener ángel*. Ese día vagó por las calles del pueblo, y no se sintió incómoda mirando a los ojos a las gentes que se le cruzaban, a pesar de las cicatrices que la enfermedad había dejado en su cara. Entró a un pequeño bar en la plaza de San Francisco, ordenó una cerveza fría y no le importó que muchos de sus antiguos pacientes la miraran con extrañeza, pues no era habitual que el personal del hospital frecuentara este tipo de establecimientos. Era una noche fresca. Escuchó un canto vallenato que hablaba de una *diosa coronada*, y eso le recordó a Margaret Mead, así que no dudó en sacar el libro y pedir otra cerveza, esta vez con hielo. Leyó algo que le produjo lágrimas:

Había amado tanto a mi padre que, de niña, nunca hubiera podido ni siquiera imaginar, y menos aceptar, que ese hombre que trabajaba en la Universidad de Pennsylvania, que a veces me llevaba a su oficina, con quien aprendí los rudimentos de la vida intelectual y a quien yo adoraba con devoción religiosa, fuera mi padre únicamente porque así lo había determinado la cultura en la que nací, solo por una triste convención social; que si hubiera nacido en cualquier otra sociedad, así él me hubiera engendrado, poco o nada tuviera que ver conmigo. Al trabajar con las tribus de la Polinesia comprendí esto más a fondo: supe que existen mundos posibles que demuestran la anchura de

la creatividad de la especie humana. Ello hizo trizas creencias que consideraba inalterables. No me atreví a escribir de ello en aquel entonces porque se supone que estaba elaborando un tratado etnográfico y no mis reflexiones personales. Sé que con esta confesión abriré la puerta para que otros puedan cuestionar y poner en duda mis más importantes hallazgos: es inevitable. Escribo este capítulo con la mano más temblorosa que de costumbre, pues no es tarea fácil soltar todo lo que hemos atesorado en este mundo. Me motiva la leyenda de Alejandro Magno. Según dicen, él pidió que, cuando muriera, sus manos estuvieran fuera del ataúd como signo de que llegamos con las manos vacías, y que retornamos a la tierra de la misma forma. No podría quedar tranquila si no confieso que durante mi trabajo en la Polinesia oculté un dato. Fue la única alternativa que encontré en aquel entonces: se trataba de una costumbre que podía ser escandalosa para la sociedad puritana norteamericana: el obsequio y préstamo de niños. Era algo que las nativas realizaban con mucha discreción y que solo descubrí en los últimos días de mi trabajo de campo. Decidí que necesitaba profundizar en esa costumbre, tan incomprensible para nuestro universo moral, antes de darlo a conocer al mundo. En mis viajes posteriores y en la correspondencia que he mantenido, a lo largo de estas décadas, con las mujeres de la Polinesia he comprendido cabalmente lo que significa. Aunque ya el lector tuvo la oportunidad de saber cómo opera el préstamo, circulación y obsequio de niños, con la descripción detallada que realicé en el cuarto capítulo, solo quiero añadir que las tribus, de las diferentes islas que conforman el archipiélago de la Polinesia, no lo hacen por razones mezquinas o comerciales. Al contrario, se trata de una estrategia para apaciguar el dolor de mujeres que no pueden concebir, de familias que no pueden brindar bienestar a bebés y a niños por el fracaso de sus cosechas y por malas temporadas de pesca, o de mujeres y hombres que no cuentan con las fuerzas para garantizar, temporalmente, una buena crianza, debido a la constante aparición de enfermedades como las “fiebres de luna”. Se trata entonces de un sistema solidario para poder subsistir en esta geografía, que aunque cuente con paisajes fascinantes, es insalubre y amenazante.

Miró al cielo y encontró una sola estrella, bajó sus ojos hasta el campanario y notó que allí unas palomas habían hecho su nido. Descendió más su mirada hasta ver la puerta imponente de la iglesia, hecha de madera y repujada con muchas figuras: ángeles, santos, serpientes y vírgenes. Dio un vistazo a su alrededor y advirtió la sombra de algunos amantes que caminaban rápido: buscaban la clandestinidad para amarse. Se sintió relajada, y aunque no estaba ebria vivió lo que un borracho puede experimentar: el fin de sus frustraciones, de su apocamiento y de su cobardía, y el surgimiento de un sentimiento de grandeza, de sentirse dueña del mundo. Había encontrado esa noche el *ábrete sésamo* para resolver su vergüenza y para poder reparar, en algo, a la madre de Cristina. Volvió a escuchar, otra vez, esa canción que hablaba de la *diosa coronada*, cerró el libro, pagó la cuenta y se marchó.

Don Pascual suspiró profundo cuando yo llegué a ese punto de la historia, armó uno de sus tabacos, lo prendió, dio un par de bocanadas y me interpeló con una serie de frases distanciadas por el silencio: “y te vas a largar de este pueblo y no te dio la gana de aprender a fumar tabaco... ..
 ... Los seres humanos somos tercos como mulas... .. Nos tomamos muy en serio la vida... .. Damián, estás actuando como Osiris... ..
 ... Nunca te vas a librar de esta tierra... ..
 Estos cachacos estudiados olvidan que la vida dura poquito y que hay que aprovechar el baile... ..
 Si tuviera tu edad, Damián... ..
 ...” Yo estaba acostumbrado a esta forma de soliloquio del viejo, que era la manera que tenía para anunciar que se marchaba. Nunca le contestaba. Nunca me sentí ofendido por sus afirmaciones sobre los cachacos, así llamaban los del pueblo a quienes veníamos de Santafé de Bogotá. En el fondo eran fra-

ses inofensivas, llenas de cariño que, con el paso del tiempo, aprendí a apreciar.

IV

El viejito resultó ser mañoso. El interés creciente por Lucía, que demostró durante las dos semanas adicionales que necesitaba permanecer debido a los problemas de la carretera y del clima, me fue revelando su intención de quedarse con ella para hacer un rico guisado. Ya lo tenía todo planeado. Por el pueblo corría el rumor de que yo le dejaría a la tortuga como prenda de mi aprecio personal y en recompensa por los primeros días en los cuales me sirvió como guía para conocer el pueblo, presentarme a los nativos y ayudarme a limpiar el precario y desvencijado centro de salud que también fue mi casa por dos años. No sabía si ceder a la presión de los rumores, que daban como un hecho que yo se la regalaría para su guisado o idear alguna estrategia que me permitiera protegerla. Dudé mucho.

V

Fue una operación quirúrgica en la que gasté más tiempo del habitual: estuve desconcentrado pensando en San Esteban. La anestesióloga, el ginecólogo y el equipo de enfermeras e instrumentadoras no escondieron su molestia y preocupación por mi desempeño. No pasaron más de dos días para que mi jefe, el director del área de oncología, me llamara a su oficina. Era un hombre pragmático y había sido mi compañero de estudios en la Escuela de Medicina. Me pidió que me sentara y me dijo: “no voy a exponer a uno de mis mejores médicos a que por fatiga pierda su reputación y un cargo tan bien ganado. Acuérdate del caso de Osiris. Hemos revisado tu expediente y nos hemos dado cuenta de que llevas dos años sin vacaciones. Doctor Damián, no vamos

a seguir aplazándolas y antes de que digas algo te quiero decir que no estoy pidiendo tu opinión, es una orden de la Junta del Hospital: tus vacaciones empiezan a partir de mañana, pero si necesitas el día para organizar tu viaje, solo cumple con la reunión del equipo de cirujanos oncológicos que, si mal no estoy, comienza en quince minutos, y después puedes irte. Otro médico te puede cubrir con tus responsabilidades de la tarde”. Me estrechó la mano, no pude musitar palabra y en unos instantes estaba solo en mi consultorio, con la carta de la Junta en mi mano y sin saber qué hacer.

Mis inesperadas vacaciones, mi última cirugía y la mención de Osiris por parte de mi antiguo compañero de la Escuela de Medicina hicieron más fuerte la evocación de mi época de médico rural, así que decidí planear un viaje a San Esteban. Tenía como excusa visitar a la anciana a quien encargué del cuidado de Lucía. Una temporada en el Caribe no me caería nada mal. Llegué tres días después. El paisaje del pueblo había cambiado: los terratenientes industrializaron sus plantaciones de banano y sus cultivos de arroz, y la mayoría de los nativos dejaron de pescar para convertirse en jornaleros, lo cual tenía muy triste a don Pascual. Él había arribado a la senectud: sus gestos no eran tan vivaces como antes, su caminar era más lento y difícil, entreveraba las distintas historias y, cuando conversaba, se podía quedar dormido, pero seguía siendo sagaz: clavaba sobre la tierra su bastón, como una tercera pierna, mientras permanecía sentado en esas butacas de madera, y así se sostenía en tanto que lo sorprendía un inesperado ataque de sueño. Era un verdadero malabarista.

“Damián, sé que tienes una deuda conmigo, y que por eso has vuelto. Nadie se puede escapar de este viejo pescador, nadie lo puede hacer, ni siquiera tú lo lograste, cachaco estudiado”, me dijo don Pascual. Solo en

ese instante caí en cuenta de que nunca tuvimos una sesión para terminar la historia de Osiris y, aunque yo no recordaba esa deuda, sentí que no tenía ningún derecho de robarle ese gesto de vanidad, de permitir que él confirmara que “nadie se puede escapar de este viejo pescador”. Quizás quería ser recordado no solo como hombre de mar, sino como fabulador, como aquel que siempre concluyó las historias que empezó a narrar, y como aquel a quien nadie pudo desafiar, dejándole en ascuas con un relato a mitad de camino. Así que fuimos hasta el bohío, un lugar que él veía con ojos de nostalgia, pero del cual solo quedaban las ruinas de lo que algún día fue un lugar para departir y narrar gestas de altamar. Nos recostamos sobre los dos únicos postes que aún quedaban en pie. Él estaba atento a escuchar el desenlace de la historia. Apenas tres días atrás, gracias a mi jefe, me había enterado de que el final de la leyenda de Osiris que yo conocía era falso; una ficción que alguien había inventado para ocultar su verdadero desenlace. Solo un puñado de personas conocía cómo, en realidad, terminó la historia, y entre ese puñado ahora estaba yo. ¿Qué final contarle a don Pascual? Decidí contarle el final que, aunque ahora sabía que no era el verdadero, era con el cual yo me había compenetrado, el que tenía en mi cabeza cuando era médico rural, y el que daba sentido a la leyenda tal y como yo la había conocido e interiorizado durante tantos años, y que merecía que don Pascual escuchara. Me tomaría mucho tiempo asimilar lo que mi jefe me había contado apenas tres días atrás.

Antes de mi viaje a San Esteban me reuní con mi jefe en un café del centro histórico de Santafé de Bogotá. Mientras evocábamos nuestra época de estudiantes, llegamos al tema de la leyenda de Osiris, y lo que me dijo me dejó sin aliento: “veo que sigues engañado con la historia de la médica, ¿sabías que muy pocos conocen el verdadero final?”. Este comentario inesperado me dejó frío. Le con-

té que había pasado muchas horas conversando con un anciano de San Esteban sobre la leyenda de la médica y que a él esa historia le había interesado mucho, a lo cual mi jefe replicó: “entonces tomémonos un vino, porque lo que vas a escuchar, solo lo sabemos muy pocas personas de la Escuela de Medicina”, y añadió, en tono de broma, “ahora vas a formar parte del mundo de los elegidos: los que conocen el verdadero desenlace”. Yo lo miraba como si de una confesión se tratara, y de cierta manera así era, pues mis años de estudio estuvieron marcados por ese rechazo a todo lo que pudiera sonar a una explicación sobrenatural de la salud. No podía creer que mi adhesión ciega a la historia de Osiris, en la que nos habíamos formado un sinnúmero de médicos, estuviera alterada.

Fueron casi dos horas de conversación, en la cual yo no paraba de preguntarle por los más mínimos detalles, todo con el fin de saciar mi curiosidad. Mi jefe me dijo que la idea que se le había ocurrido a Osiris para terminar con su sentimiento de vergüenza y de culpa y para reparar, en algo, a la madre de Cristina, había comenzado a rondarle la cabeza, aquella noche, mientras leía a Margaret Mead y se tomaba las cervezas en el bar de la plaza de San Francisco. Hasta aquí no había diferencia con la historia que yo conocía. Ahora venía lo nuevo: cuarenta días después la médica había ideado un plan y tomado una decisión. Citó, un domingo en la tarde, a Rosario. Mientras la esperaba, tomó las memorias de la antropóloga y leyó el epílogo:

He llegado al final de estas páginas, al mismo tiempo que he arribado al final de mi vida, y estoy convencida de que hay conductas humanas, más allá de nuestro estrecho cerco moral, que convendría imitar. Conocer las formas de vida de las tribus de Mongolia, del Amazonas, de África y de Nepal me ha hecho mucho bien, y por ello dejo constancia de mi enorme gratitud a ellas. A mi Polinesia del alma, entrego lo que quise fuera un ver-*



dadereo tributo: estas memorias que, espero, nos libren de los prejuicios que me impidieron revelar esa práctica de ternura femenina hace casi sesenta años. Espero que mi libro pueda ser una contribución real para superar el sentimiento de vergüenza que sintieron las mujeres de la Polinesia, por el juicio que emitían los “blancos” —que invadieron y saquearon sus islas— sobre muchas de sus costumbres, de sus ceremonias y de sus creencias.

La tercera lectura del epílogo logró arrancarle las dudas y el miedo definitivo sobre la propuesta que estaba a punto de hacerle a Rosario. Lo que más la impactaba era la nota de pie de página:

**La frase “he arribado al final de mi vida” debe leerse en su sentido literal. Murió una hora después de terminar el epílogo. Nota del editor.*

Esto la había conmovido profundamente; esa muerte de película era el comienzo de su resurrección, sintió que Margaret Mead había sido una verdadera hada madrina para ella. Ahora cualquier inquietud era cosa del pasado: emergía una mujer decidida e intrépida que no daría pie atrás al mayor desafío de su vida. Decidió que engendraría un hijo para, una vez nacido, entregárselo a Rosario, en compensación por su descuido profesio-

nal, y que ella lo criara como propio, siguiendo así el ejemplo de las tribus de la Polinesia. A la madre de Cristina la propuesta le pareció ultrajante y poco menos que descabellada, pero era tal la determinación de Osiris que este primer rechazo lo consideró como eso, como un primer intento en lo que ya había prefigurado sería un largo proceso, que requeriría de toda su energía y paciencia. Rosario salió tres horas después, con gran enfado, pero la médica estaba segura de que volvería, y así sucedió.

Después de un mes la madre de Cristina volvió a aceptar sus invitaciones, y poco a poco, los domingos por la tarde se convirtieron en una forma de compartir sus soledades, de conocerse más la una a la otra. En esta intimidad emocional cifró Osiris la clave para convencerla de su plan. Al cabo de un año Rosario ya estaba convencida de que la médica, al menos, ya no estaba loca, aunque mantenía ciertos niveles de duda de la propuesta que nunca había desaparecido, pues, aunque no lo hiciera de manera directa, Osiris siempre estaba haciendo alguna alusión al respecto, hasta que repitió su propuesta con tal tranquilidad, autoridad y confianza, que Rosario la aceptó. Estaban ante una solución casi perfecta: solo quedaba un escollo: ¿quién sería el padre? Y, de conseguirlo, ¿habría que incluirlo en el pacto? Por la experiencia que tenían las dos sobre la dificultad de poner-

se de acuerdo, sabían que incluir una tercera persona en el plan era una utopía. Se reían pensando que, cuando consiguieran aquel hombre, ya la médica estaría menopaúsica.

En el corazón de Osiris subsistía una sombra, un profundo pesar porque era consciente de que su estrategia de reparación sería precaria si no contaba con el elemento más importante: que el embarazo, parto y crianza de Cristina estuvieran rodeados por una *intervención divina*. ¿Cómo ella, una mujer que creía en la ciencia médica como su verdadera religión, podría hacer que su posible preñez estuviera marcada por lo *divino*? Lo consideraba imposible, y eso le causaba sufrimiento. Lo único que pudo hacer fue sincerarse con la madre de Cristina, quien para su sorpresa le planteó una alternativa: visitar a la partera que a ella le había ayudado a que el milagro de su embarazo hubiera sido posible. Al escuchar la idea de Rosario, Osiris sintió un gran vértigo que encontró en la pared su mejor aliado para no derrumbarse. No sabía si podía hacer esta concesión, era algo tan inesperado, algo que estaba fuera de cualquier cálculo posible. La sola idea de ir donde aquella bruja le parecía como entrar al mismísimo infierno y perder su estatus, su prestigio logrado después de tantos años de sacrificio: era humillante. La madre de Cristina lo advirtió enseguida, y retiró su propuesta, aunque no pudo disimular su decepción.

La médica sabía que se encontraba entre la espada y la pared, que no tenía escapatoria, que no tenía ningún argumento a su favor, y que su negativa podría echar por la borda el plan; de eso no le cabía la menor duda. Tenía que ceder, así como la madre de Cristina lo había hecho. Era el precio que debía pagar: ponerse en manos de una partera, de una vieja analfabeta, que utilizaba bebedizos y rezos. No le quedó alternativa, y en cuestión de una semana le informó a Rosario que aceptaba su propuesta. Decidió no

La sola idea de ir donde aquella bruja le parecía como entrar al mismísimo infierno y perder su estatus, su prestigio logrado después de tantos años de sacrificio: era humillante.

pensar, no darle más vueltas en su cabeza al asunto, ya que, de hacerlo, se retractaría. Era como tomarse un trago amargo: cuanto más rápido, mejor. La única ventaja de someterse a ese suplicio era que ese “tratamiento” les resolvería el problema del padre. De aquel hombre nunca se supo nada, lo que dio origen a las más descabelladas especulaciones. Ese fue el único secreto que ellas pudieron guardar; en lo que se refiere a lo demás, se convirtió en el rumor más importante de la ciudad, incluso llegó al púlpito de la iglesia y al despacho del alcalde y del gobernador.

Dos años después, cuando Osiris estaba en su octavo mes de embarazo, fue galardonada por la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical como la Médica Joven del Año, y, aunque viajó a Santafé de Bogotá para recibir el premio, una carta firmada por la Asociación de Damas Caritativas llegó a las directivas de la Sociedad. Si bien no hacían ningún tipo de amenaza directa, cuestionaban que una persona como Osiris, con una conducta ética tan dudosa, que no tenía escrúpulos para recurrir al mismo demonio con tal de quedar preñada y regalar a su cría, fuera un modelo del ejercicio de la medicina en Colombia. Los directivos de la Escuela de Medicina y de la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical debatieron sobre qué hacer, pues sabían que aquellas señoras contaban con el arma más

poderosa para hacer daño a la reputación de las instituciones: el escándalo. Decidieron citar a la médica a fin de tomar la mejor decisión para todas las partes involucradas. Dado que ellos mismos no podían generar suspicacias cambiando a la galardonada o considerando desierto el premio, comunicaron a la prensa que, a petición de la propia Osiris Amador, el premio sería entregado a la Unidad de Enfermedades Tropicales del Hospital Público, pues el resultado de las investigaciones había sido fruto de un trabajo en equipo, y que por tal motivo lo recibiría la directora del hospital.

Dicen que, al año siguiente, Rosario viajó a Cartagena con su nueva hija y que la médica se internó en la Alta Guajira colombiana para colaborar, como voluntaria, con los indígenas de la zona. También dicen que allí conoció a un antropólogo francés, que estaba trabajando con las tribus seminómadas, que se convirtió en su ayudante y esposo, y que había recuperado *su ángel*.

Don Pascual se sacudió la arena de sus pies después de escuchar el final de la leyenda de Osiris. Me hizo un gesto de despedida, tomó su bastón, el cual tenía en la parte superior tallada la figura de una tortuga, y yo me quedé en la playa con Lucía. Ella había duplicado su tamaño y su peso durante mi ausencia. Le acaricié su cabeza, sus aletas y admiré su propensión a la vida solitaria, herencia de sus antepasados que habitaron el planeta hace más de sesenta millones de años. La anciana, que la cuidó durante mi ausencia, me dijo que había mantenido los mismos hábitos que yo conocía: se zambullía durante varias horas en las aguas cálidas y poco profundas del mar, después se desplazaba, escarbando con sus aletas la arena de la playa a medida que avanzaba, hasta llegar a la laguna, cerca de la línea costera; de allí yo la llevaba hasta el centro de salud y la retornaba, al caer la tarde, al océano. Así fue como conocí la legendaria vida de estos rep-

tiles: había aprendido de su andar pausado, de su respiración sin afanes y de su fidelidad a la playa en la que nacían. También reconocí sus colores brillantes: café, amarillo y gris verdoso, que se entrecruzaban en su dorso, formando una serie de manchas parecidas a una pintura abstracta.

A pesar de que llevaba cuatro años sin verla, sentía que era ella el vínculo que me ataba a este lugar. Su crecimiento no me dejaba duda de que era tiempo de dejarla ir, pues necesitaba buscar compañero para aparearse, no podía condenarla a que fuera una tortuga estéril, como la mujer que intervine en mi última cirugía. Así que la tomé, la puse sobre la arena cálida de la playa rumbo a su hogar: el mar. Di la espalda y esperé, esperé y esperé. No sé cuánto tiempo pasó. Tenía miedo de que en verdad se fuera, pero me aterraba aún más la idea de que se devolviera, como aquel día que decidió quedarse conmigo. Esta vez sí decidió partir, y yo también. Me quité las sandalias y caminé por la playa, mojando mis pies con las olas, cada vez que ellas me alcanzaban. Recorrí unos dos kilómetros, paré y retorné. Miré el sol que se lo tragaba el mar, y me sentí liviano, una sensación solo comparable con la que se experimenta en la infancia: libre de pasado, de futuro y de preocupaciones; era como si un eterno presente, tan vasto como el océano, se abriera ante mis ojos. Había cumplido con mi misión de cuidar a Lucía, la tortuga: así como había llegado a mi vida, así también había partido. Era la tarde de los milagros: la travesía por la playa me quitó la llaga con la cuál miraba el mar. Dejé de verlo como la tumba de Lucía, mi compañera de juegos que se había ahogado allí, y lo percibí como un santuario donde muy pocos, como ella, tenían el privilegio de morir. Sí, el viejo Pascual tenía razón: Lucía, la tortuga, fue un buen presagio; todo dependía de mí. ■

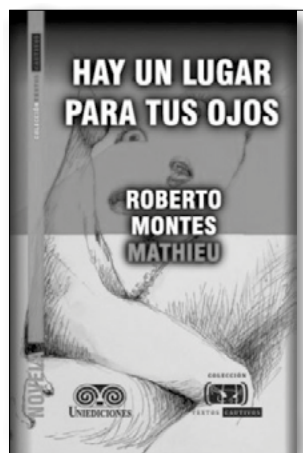
Libros



Roberto Montes Mathieu

Hay un lugar para tus ojos

Hay un lugar para tus ojos
Roberto Montes Mathieu
Uniediciones
Bogotá, 2019



Tomado de <https://rb.gy/csx5mt>.

Hay un lugar para tus ojos es una novela que nos llega con el aliento, los latidos, los olores y colores, los problemas y dilemas de unos personajes que vienen de un pasado reciente, pero que, como siempre, encarnan los dramas eternos del ser humano.

Es una obra con un ritmo novedoso dentro de la novela del Caribe colombiano. Gran parte de sus capítulos están impregnados de una melódica construcción; se procura en ellos la existencia de ciertos compases narrativos. Hay un diapasón verbal que permite la cinceladura de las frases y de las oraciones para que cobren un ingrediente armónico, agradable de leer, que permea de gracia y de resonancias los sintagmas diversos.

En esta novela de Roberto Montes Mathieu, encontramos algunos temas centrales:

1. La resiliencia erótica
2. La fugacidad del amor
3. La muestra de una sociedad en la que la mujer empieza a luchar por cierta independencia económica y sexual
4. Ciertas manifestaciones del machismo que se disfraza de virilidad
5. La Cartagena de los años sesenta y setenta

En esta novela, de pocos personajes, Roberto Montes Mathieu se vale de capítulos

cortos, ágiles, como saetas impregnadas de sentimiento y emoción.

La trama es aparentemente sencilla, sin grandes dramas, sin grandes complicaciones, sin (aparentemente) grandes complejidades psicológicas, sociales o políticas. Así el autor nos demuestra que no son necesarios sangrientos y épicos acontecimientos para construir una obra narrativa importante, válida, que hurga en la arqueología del ser humano y se instala en esa urdimbre a veces poética, a veces cruel, de la cotidianidad o del vasto discurrir vital.

Un ingrediente adicional es que la narradora es una mujer que, desde su subjetividad, nos descubre los velos tras los cuales aparecen los actantes y las circunstancias que forman el barro con el cual se forjan: el ser narrativo, las tensiones y los sucesos. La presencia de la segunda persona, que a veces se transforma en primera y que da saltitos a la tercera, es un elemento que facilita los acordes en la construcción discursiva.

Como en Haruki Murakami, como en Cortázar o Carpentier, Montes Mathieu nos acostumbra también a que en el trasfondo de sus novelas hay canciones que modelan el comportamiento de los personajes como “La llave”, “Tú me acostumbraste”, “Hola soledad” o “Me quito el nombre”. Otro constituyente de su prosa es

la aparición del tono jocoso en varios momentos de la narración.

En estas notas, me centraré en dos aspectos manifiestos en la obra: la *resiliencia erótica* y la *fugacidad del amor*. La resiliencia erótica como hilo para tejer la historia es apreciable en toda la novela: esa capacidad para tomar por los cuernos la adversidad, para domeñarla, para poder llevar al desagüe el estrés, las amenazas, los traumas, las tragedias, las penas. La resiliencia como “capacidad de triunfar, para vivir y desarrollarse positivamente, de manera socialmente aceptable, a pesar de la fatiga o de la adversidad que suelen implicar riesgo grave de desenlace negativo”, según la define Bronfenbrenner. La resiliencia como capacidad para que las personas puedan sobrepasar las adversidades y transformarse en seres saludables, propone Menvielle.

La protagonista de *Hay un lugar para tus ojos* es una mujer resiliente. Sabe cómo irse desprendiendo de la pus emocional que una mala relación ha dejado en su vida; se desprende de las costras en la que se transparentan frustraciones, atropellos, desprecios, agresiones y penas; se sacude las humillaciones, los días de dolor y pena, las noches colmadas de desconsuelo y soledad. No deja que el vendaval de la tristeza la abata. Cuando va rumbo al abismo existencial, sabe recomponer su actitud, hace el duelo y se inventa alas para resurgir. Claro que esto lo logra, en parte, gracias a esa ilusión amorosa que pobló sus primeros años juveniles, al escritor y conferencista del que se enamoró años atrás; el que, según ella, la hizo sentir mujer por primera vez.

La protagonista, quizás sin saberlo, aplica uno de los siete pilares de la resiliencia nombrado por Wolin, el de la *interrelación*, que posibilita la creación de relaciones fuertes e íntimas con otras personas, con esas que se sabe tienen en su corazón y en sus manos un bálsamo para curar las llagas,

para encender hogueras que irradian la luz de nuevos amaneceres. Aplica también la autonomía que es el componente de la resiliencia que facilita que la persona sufriente fije unos límites para mantener lejos física y emocionalmente los problemas y personas que lo acosan, torturan o limitan.

A esos pilares le suma el de la *iniciativa*, que es la fuerza de que se viste para romper el caos, para ponerse retos que le permitan salir de la trampa, de la cárcel física y emocional. Se impone nuevas metas que la salven, que laven su dolor y su agonía, que la saquen de la sima pútrida en la que ha caído por obra y gracia de un mal amante, en todo el sentido de la palabra.

Pareciera que deseara materializar la sentencia del gran escritor Viktor Frankl, neuropsiquiatra y fundador de la logoterapia, quien perdiera a su esposa y a una parte de su familia en los campos de concentración nazis, de los que él mismo fue víctima: “El hombre que se levanta es aún más fuerte que el que no ha caído”. Frankl explicaba que una experiencia traumática siempre es negativa, pero que está en la voluntad y en la reciedumbre de la persona el sobreponerse, el levantarse de las cenizas como el ave fénix.

La protagonista de la novela de Montes Mathieu no entierra la cabeza como el avestruz, no se deja morir en un universo de lamentaciones: mira hacia el horizonte, sabe que hay un oasis que la espera, sabe que puede construir su pequeño paraíso. Quiere disfrutar de la sensualidad, quiere saberse amada; quiere que su sexo sea penetrado con dulce lascivia, con delirante pasión; quiere hervir en las aguas del éxtasis amoroso; quiere dejar de ser esa “cosa” a la que se posee mecánicamente y torpemente y solo gracias a que el amante se ha auxiliado con medicamentos que le permitirán una erección para salir del paso, para salvar las apariencias. Ella desea sentirse deseada,

sentirse valorada como sujeto lúbrico, pero también como ser sintiente que ansía beber la poesía del amor y de la cópula.

El ave fénix, para construir su nido, busca las materias más ricas de la tierra, las que mezclan delicadeza y fortaleza, las que son suavidad y vigor, las que tienen textura de armiño y de metal. Ella, la narradora de la novela, igualmente, va tejiendo su nuevo hábitat; pone las bases para transpirar libertad, para aspirar a otros escenarios donde la miel del gozo erótico la llene, la eleve, la haga otra persona, una que puede transitar por los senderos de la dicha, del deleite material, de la armonía espiritual.

Gracias a la resiliencia erótica, la narradora logra una autoimagen renovada, deja de culpase de las cosas malas que le han sucedido, vibra de optimismo, desarrolla nuevas estrategias y caminos para enfrentar los retos, siente que lleva una vida más satisfactoria, que linda con el equilibrio y la paz integral. Consigue, como lo diría Macarena Valdés, “emerger de una experiencia aplastante con cicatrices, pero fortalecida”, gracias a la resiliencia, que hace parte de la llamada zona luminosa del ser humano, que es la que lo conduce a descubrir sus fortalezas y desarrollar sus potencialidades.

Cuando esta mujer logra la resiliencia erótica, su cuerpo resplandece, la música deleitosa del deseo satisfecho baña cada milímetro de su cuerpo, cada uno de sus poros. Vibran gustosos sus senos, su vulva, sus muslos, sus labios, sus piernas, sus manos.

La penetración sexual no es ya una tortura ni un acto de sometimiento, sino una práctica saludable, gratificante, que la eleva a insospechadas dimensiones de sublimidad. Al saberse dulcemente amada, se lubrica con ternura su mente y deviene en ser satisfecho, leve, circundado por sonos y texturas de hermosas connotaciones orgánicas y espirituales.

En cuanto a la transitoriedad del amor, podríamos comenzar afirmando que este irrumpe como algo que trastorna el mundo individual, que lo saca del equilibrio y de la armonía en que se hallaba y que lo proyecta a una situación en la que lo amado se convierte en lo fundamental, en lo primario; y así llega el olvido para otras cosas y situaciones que antes acaparaban el tiempo y el pensamiento del amante. Lo amado se instituye como lo nuclear: la vida gira en torno a él.

Pero esta situación no es eterna. Esa atención que ha perdido su diversidad para centrarse en un solo objeto (lo que se ama), se recompone, y el amor entra en crisis, va camino de fenecer. A este estado de la situación se llega. En su texto *Del amor*, publicado en 1882, Stendhal hace apreciaciones muy claras al respecto; tanto, que divide al amor en varios momentos: unos de deslumbramiento, exultación y gloria; otros, de crisis que pueden, sin embargo, conllevar la cristalización, que tampoco es prenda de garantía para quien al amor se eternice. El amor puede ser pasto de la nada, puede volatilizarse. Solo es salvado por una segunda cristalización; pero luego de esta, cualquier crisis podrá desvertebrarlo, y, aunque no lo logre, se habrá perdido ya mucho del brillo inicial, mucho del arrobamiento. No volverá a tener el mismo porcentaje de atención, será un amor-no amor.

En *Hay un lugar para tus ojos*, la fugacidad del amor, la muerte del amor y el final del amor son una constante. El escritor ama a la narradora; con ella disfruta de los néctares iniciales. La relación crece hasta el punto de que inician juegos eróticos de alguna profundidad. Parece que serán una pareja tributante de Eros. Pero no es así. Luego el escritor no es capaz de comprenderla, cuando ella le dice que no puede fugarse con él, que decide marcharse sin ella y

que, al poco tiempo, navega en otros brazos, nada en el mar del matrimonio con otra.

Por su parte, la narradora, durante un tiempo prudencial, sigue obnubilada con el recuerdo del ausente; añora sus caricias, su forma de afrontar el mundo, su talante divertido e irreverente y la forma en que le prodigaba íntimas caricias. Pero después inaugura una nueva relación con un profesor universitario que la ha cortejado desde hace mucho y al cual no prestaba atención por estar liada con el escritor.

Ella cree que con este individuo conseguirá la ansiada y quimérica felicidad hogareña, cree que con él podrá ser la esposa amante y amada; pero el tipo es un mal amante, mal compañero, un dipsómano que al comienzo disimula su personalidad anómala y miserable, y que luego la convierte en una cosa a la que accede carnalmente cuando quiere, sin ternura y sin real pasión. De esta manera, se desquita con ella de una disfunción eréctil que solo ciertas inyecciones palian un poco, porque en ese momento aún no se ha inventado el viagra.

Podemos notar que la transitoriedad del amor tiene aquí mayor presencia. Ella termina por emanciparse del fulano del que, sin embargo, ha quedado embarazada. Tras el parto de la niña, fruto de su relación con el profesor, ella consigue mejoras en su vida material, al graduarse como abogada y obtener la ayuda de una hermana en la crianza de la hija. Pasa el tiempo y ella aún piensa en aquel primer amor, en el escritor que la impactó tan hondamente en sus sentimientos. Posibilita que él llegue nuevamente a su vida, y degusta la magia de

cópulas que la rehabilitan sexualmente, que la hacen gritar de delectación.

Descubre que no estaba muerta para las fruiciones de la carne. Por fin se embelusa con el sexo, se desinhibe, acepta que la sexualidad es componente crucial de la vida de cualquier persona. Ella y su amado hacen el amor de todas las formas y en todos los sitios de los hoteles o residencias a los que van. Viajan a las ciudades donde ella da conferencias, después de las cuales no les alcanza el tiempo para experimentar tantas vitales sensaciones.

Encuentra en la voluptuosidad la diosa que demarca sus días. Pero se siente feliz. Nunca se había sentido tan feliz. Mas llega el momento de la encrucijada, es decir, el del acabamiento del amor.

Él se va de su vida y ella, dentro del proceso de resiliencia que se impuso, consigue un tercer amor con el que reivindicarse, con el que poder mostrarse socialmente como una mujer exitosa y feliz. A pesar de todo, algunas veces recuerda a aquel escritor que, en los momentos de la emoción, la pasión y la esperanza, supo hacerla sentir viva, plena, contenta de existir, tanto que, sin saberlo, le dejó en el vientre el regalo con el que ella siempre recordaría sus ojos.

Hay un lugar para tus ojos es un aporte más del incansable investigador, difusor literario, poeta y narrador Roberto Montes Mathieu a la literatura del Caribe y de Colombia, que pone una nota de frescura y de indudable gracia en el discurso novelesco.

IGNACIO VERBEL VERGARA

Profesor de literatura, narrador, poeta y ensayista

Leonel Plazas Mendieta

El olor del polvo

El olor del polvo
Leonel Plazas Mendieta
Caza de Libros
Bogotá, 2019



Foto tomada de <https://bit.ly/2QP6E6I>

El olor del polvo de Leonel Plazas Mendieta conmueve por su fuerza narrativa y, más aún, porque esa fuerza viene de un personaje infantil, que siente, sobre su cuerpo y su vida —que apenas crecen—, el desgarrar permanente de una sociedad que no sabe que está enferma.

La narrativa y la poesía en *El olor del polvo* tienen la virtud de dibujar la truculencia sin la truculencia. El suceso cruel no es cruel porque sí. El dramatismo se destila, se suaviza en esta obra, tal como nos lo enseñaron Hernando Téllez en “Espumas y nada más” y García Márquez en “Un día de estos”, porque, en la historia escrita por Plazas Mendieta, se proponen hechos que se tensan dentro de una estética y un análisis que está por fuera de los cadáveres expuestos.

En *El olor del polvo*, el lector entiende que es un niño quien mira y habla sobre lo que sucede y lo que sucede en su cabeza son todos los vacíos que manejan los adultos, que ya se descompusieron en una tradición de crimen que surge desde todas las formas del poder.

La novedad literaria de *El olor del polvo* construida por Plazas Mendieta está en

colocar a los adultos como directos causantes de la tragedia; en este caso, de adultos sencillos, que trabajan en una panadería perdida en un lejano lugar de una geografía sin futuro, que preparan lechona sacrificada a hachazos, para que, como consecuencia, ese niño se convierta en la esponja que recibe la densidad oscura de la cultura.

En este libro, Leonel Plazas Mendieta rompe con la convicción de Occidente de tildar a los niños como los culpables de todos los males y perversiones, niños que son capaces de matar al padre y casarse con la madre.

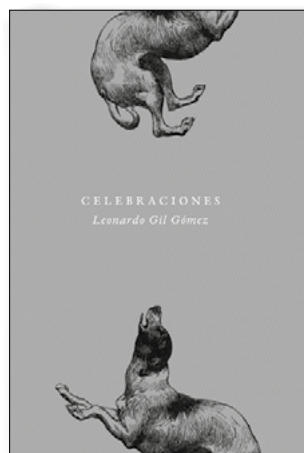
El olor del polvo se escribió con la madurez de un decir que fluye con la certeza de la naturalidad, con la voz pequeña de quien no tiene criterio formado, porque es propio del crecer y del experimentar. El niño es solo un observador e imitador que, al final, con la vida, podrá reflexionar sobre lo que ha recibido. El castigo de la infancia es un dolor invisible que llegará más allá de la historia de *El principito*, quien podrá expresar lo que otros niños reales, por fuera de lo novelado, en su condición de sometidos, no podrán hacer.

ÁLVARO MIRANDA

Leonardo Gil Gómez

Celebraciones

Celebraciones
Leonardo Gil Gómez
Corporación Himpar Editores
Bogotá, 2018



Sí, bonita, honesta, limpia. ¡Ese narrador! ¡Qué tono el de Andrés! ¡Qué manera de irse conociendo a sí mismo! Mara“b”illosa esa multiplicidad de historias dentro del relato y esos cuestionamientos éticos en las instituciones: el periodismo, la Iglesia, la Fiscalía, la familia. Qué triste que no pueda descansar Andrés en ese más allá donde se ubica la muerte. Entonces, uno reitera, uno vuelve a ser consciente del origen del alma en pena, ese que nos hace olvidar el sistema —y que uno finalmente no sabe ni puede dibujar, ni aclarar qué o quién es el sistema o el alma en pena—; en todo caso, nos lo hace olvidar.

Por eso, es necesario que la novela, al final, al comienzo y en todo momento de la lectura, nos haga recordar la muerte, el origen de las muertes, el vaivén por donde se mueve el alma (que es lo que más o menos, conocemos, puede ser la muerte) y la necesidad de encontrar un lugar para que se transforme o para que descanse. Es necesario volver a evidenciar y a reiterar que hay una memoria colombiana, que es mucho lo que se ha perdido y lo que ya no todos nombran ni preguntan y lo que se olvida: desapariciones, soledad, fusilamientos, mutilaciones, fosas, represión, política, tramitomanía, persecuciones ideológicas.

Y qué celebraciones va tejiendo minuciosamente esa memoria en el lector: no ol-

vidarse de lo que somos, de dónde venimos, de lo que nos ha costado la tierra, la formación de las ideas y el deber de soñar y de insistir en la defensa de uno y sus derechos. Además, seguir defendiendo el derecho a cuestionarnos sobre la soledad, las luchas que cada individuo enfrenta, las ideas políticas en las que cada uno cree, las creencias divinas, el origen del alma y sus inquietudes, y que eso de preguntarse vainas no sea una sentencia de muerte.

¿Por qué no descansa el alma? La ausencia de tranquilidad del alma en la novela, en ese viaje, al cielo o al infierno o a esos múltiples destinos que puede dar la muerte, vuelven a activar en el lector la memoria colectiva sobre el paramilitarismo, de la terrible historia colombiana, de la que no quisiera que se hablara en un sector de la sociedad ni se denominara. La desaparición forzada desestabiliza más la vida de quienes quedan. Y, a su vez, no deja al otro lado —en este caso a Andrés— seguir experimentando la postmuerte y sus otros destinos de reencarnaciones posibles en animales y plantas, en fenómenos naturales como un géiser o el sol de los venados.

Seguramente a donde se dirija el alma de Andrés tendrá una mejor llegada, si sabe en dónde quedó su cuerpo en esta vida. ¿Y la familia? No tiene la ubicación de dónde

reposan los huesos. Ese no saberlo destruye la existencia. Otra clase de muerte, una nueva muerte.

En la novela se siente esa impotencia de la incomunicación de la muerte con la vida y uno como lector quisiera que se encontraran para dialogar. Es la misma impotencia que experimentan los vivos en Colombia cuando no se les da una respuesta sobre sus muertos en la Fiscalía, Medicina Legal o entes noticiosos.

El alma vaga y se llena del desasosiego de la muerte, seguramente porque ella misma —el alma asesinada— no sabe dónde reposa su cuerpo, ni su familia lo sabe, entonces eso la pone inquieta, la agrieta, la hiere, la pone en diálogo constante con las acciones de los vivos para que hagan algo por esa incertidumbre. No saber el destino, no ubicar los territorios oscuros donde reposa la muerte, quizás es de las miserias de morir. También, que la familia de uno no sepa dónde está el cementerio para ir a llorar por uno, a acordarse de uno, a reprocharle a uno, a armar plan un domingo para poner flores y limpiar la lápida hasta reírse de uno.

Andrés está lleno de muerte, Alicia (su madre) y Guillermo (su hermano) están llenos de muerte. Somos una sociedad en pena, un Pedro Páramo. A todos nos ha tocado la muerte —un vecino, un amigo, un familiar— y recae un silencio que ya no se reprocha por la desaparición de la juventud a bala; pareciera una normalidad en la cotidianidad que nos impide gritar, reprochar, denunciar la masacre sobre los campos; una normalidad que nos impide alzar la voz y marchar por los desaparecidos como falsos positivos. Todos estamos muertos un poquito.

Celebraciones lleva a recordar a la *Amortajada* de Bombai y a *Aura* de Fuentes, esas imágenes poéticas en los relatos,

esa intimidad con el narrador. Me gusta esa sensación que queda en uno, ese sabor de esas lecturas, pues hay un límite en ese tono entre lo narrativo y lo poético y esa mezcla que allí se teje para contar una historia.

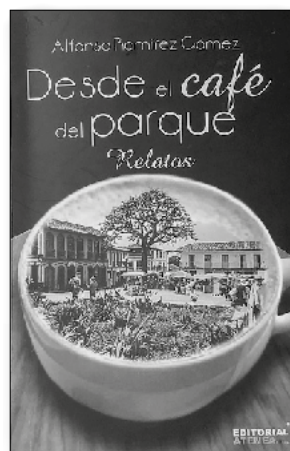
Queda un sabor al final de la lectura de *Celebraciones*, el mismo que queda cuando uno come algo y al terminarlo se dice a uno mismo: “estuvo muy rico, ¿no habrá más?”. Esos pequeños placeres, esos grandes sabores, pequeños triunfos que aparecen: los hallazgos de la búsqueda del hermano, la mamá viva, el hospedaje que ofrece un desconocido —alguien no tan muerto y que confía en los desconocidos—. Hay presencia de la vida —el deseo, la pulsión, el morbo— que le hace recordar a Guillermo y al lector que, en cambio, él está vivo y, a pesar de todo, de las trabas que pone el sistema, hay un tiempo para tocarse el cuerpo vivo y seducirse uno mismo con la imaginación, ser consiente del deseo por la vida. Una celebración, la vida es una celebración.

El triunfo de pequeñas y grandes victorias llena el alma de esperanza para seguir alcanzando pequeñas victorias sobre ese sistema que se vuelve tan indescifrable. *Celebraciones* es el festejo a la perseverancia, a la terquedad de las acciones. Es la reivindicación del ser humano, de volver a mirar esa humanidad borrada, desquebrajada, para sentir un halo de aliento y soñar que aparecen muchos Guillemos y nos muestran lo bonito de la defensa de la dignidad y nos vuelcan la mirada hacia las resistencias y las revoluciones mínimas, esas fiestas que son las celebraciones de uno y que uno festeja a rabiar.

JOHN JAIRO LEÓN MUÑOZ
Docente, Universidad Santiago de Cali

Alfonso Ramírez Gómez *Desde el café del parque*

Desde el café del parque
Alfonso Ramírez Gómez
Editorial Atenea
Bogotá, 2019



Tomado de <https://bit.ly/3aqrmyG>.

El escritor Alfonso Ramírez Gómez presentó, en su natal Pensilvania y luego en la Feria del Libro en Bogotá del 2019, su libro de relatos *Desde el café del parque*. Si bien es cierto que, como afirman el prologuista y el autor, la expresión *café del parque* hace referencia a un sitio común para la mayoría —por no decir a todas las poblaciones de Colombia—, no es menos cierto que, para el lector pensilvense, dependiendo de su edad, el café del parque puede ser Mi Ranchito, el Bar Italia, el Andalúz o uno de los bares que funcionan en el marco de la plaza desde las últimas décadas. Algo similar acontece con los temas de los relatos.

Pese a la advertencia del autor de que los sucesos pueden tener ocurrencia en cualquier pueblo, para el lector oriundo de Pensilvania es prácticamente imposible desligar muchas de esas historias del contexto local; en unos casos porque aluden a hechos recientes, y en otros por la conmoción que provocaron en su momento y las consecuencias que derivaron de ellas. Sin duda, una de las riquezas que tienen estos relatos proviene de su fuente primaria, que es la *tradición oral*. Se trata de narraciones que se transmiten de una generación a otra, proceso en el que sufren diversas transformaciones como la creación o eliminación de acciones, personajes o escenarios, aten-

diendo a las circunstancias en las que se cuentan.

Estas narraciones, una vez que han pasado por el tamiz de la creación literaria, difícilmente permiten distinguir entre el acontecimiento y la ficción. El lector se ve, entonces, abocado a debatirse entre las distintas versiones que ha escuchado, a compararlas y —en ocasiones— a construir su propia versión. Así, el relato se convierte en fuente de investigación y conocimiento acerca de las costumbres, los valores y las relaciones de los seres humanos entre sí y con su entorno en un contexto específico. En síntesis, son literatura histórica porque dan cuenta de las pasiones humanas, la violencia social y política, los conflictos familiares, los amores y desamores, los anhelos y esperanzas individuales y colectivos, la ignorancia e ingenuidad de unos y la sagacidad de otros, el aprovechamiento del poder para beneficio propio y, en fin, el sentido del humor y la capacidad de reírse de su situación, demostrada por los protagonistas de algunos de los relatos.

Con *Desde el café del parque*, Alfonso Ramírez ha tocado temas que afectan la sensibilidad de algunos paisanos, lo que, en palabras de Fernando Alonso Ramírez, autor del prólogo, “no es nada sencillo” en “estas sociedades pequeñas, pacatas la mayoría de

las veces y, para colmo, cerradas”. A su favor juega el haber recurrido a la ficción, poniendo al lector frente a la disyuntiva de definir si sus recuerdos son recuerdos o si, como afirma el escritor salvadoreño Horacio Castellanos, son cosas que le metieron en la cabeza de tanto repetírselas desde que era pequeño.

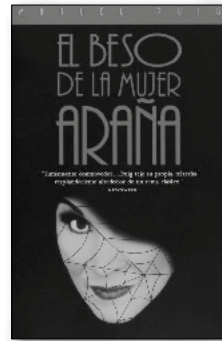
Desde el café del parque es un aporte a la memoria y la memoria, ha dicho también

Castellanos, “lo que te da es un sentido de pertenencia”. Es decir, te lleva a unos escenarios y te sitúa frente a unos personajes con los que, de algún modo, compartes tu ser y tu forma de ver el mundo. Este es el logro de Alfonso con sus relatos *Desde el café del parque*.

SILVIO ARISTIZÁBAL GIRALDO

Manuel Puig *El beso de la mujer araña*

El beso de la mujer araña
Penguin Random House
Grupo Editorial S. A. S.
Bogotá, 2017



Tomado de <https://bit.ly/2Jk8yzt>.

Con *El beso de la mujer araña* (1976), Manuel Puig se enfrenta a relatar la historia de aquellos, que el exterior, las autoridades, los ganadores, no quieren contar; en cierto sentido, se enfrenta a relatarse. En esta historia que Puig termina de escribir durante su exilio en México, luego de ser censurado por el Gobierno y amenazado de muerte por su novela *The Buenos Aires affair* (1973), la marginalidad de aquellos que se salen de las configuraciones sociales, políticas y éticas de la dictadura militar argentina se hace expresa en una matrioshka de argumentos. Esta narra la vida de dos seres divergentes a quienes la represión de sus identidades termina uniendo en el encierro, en el sueño por la libertad.

En esta novela, la polifonía de la realidad, particular de la obra de Puig, llega a su máxima expresión con la eliminación del narrador convencional; el diálogo y la

aparición de textos expositivos al pie, sin una voz que enjuicie a sus personajes, son los únicos medios con que se relata esta historia. En una realidad sin dios que la proteja o la condene, sin un dios que la narre, Arregui, un preso político cuya vida se ve determinada por sus ideales, y Molina, enjuiciado por la expresión de sus deseos, terminan encontrando esa identidad reprimida socialmente en su relación con el otro.

Aunque la relación homosexual entre estos presos es el hilo que conduce su historia en el encierro, no es la que los define. La fantasía de un futuro mejor para ese país que cada uno vive, la ficción de las películas clásicas, que revela la experiencia y amor del autor por el cine, y sus sueños, se presentan como principales constructores de identidad y único escape ante el miedo a la violencia de la represión. Estas fantasías son, a fin de cuentas, el único refugio que

encuentran, que se vuelve más reconfortante cuanto más profundo se escarba en él.

Dentro de una realidad hostil y fragmentaria, dada en la intimidad de una celda, Puig libera a sus personajes, al permitirles narrarse en la intimidad de sus palabras, con lo que revelan su carácter en lo que esconden y exteriorizan de sí mismos. Al mismo tiempo, expone a la luz la realidad ignorada de aquellos que no tienen voz ni poder ante los juicios de una sociedad.

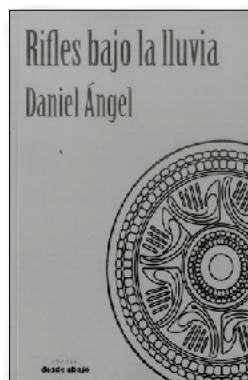
En su encierro, Valentín y Molina parecen fundirse fuera del espacio y del tiempo; logran, incluso, liberarse de las responsabilidades de sus vidas en “libertad” hasta renacer en el otro. Sin embargo, el exterior los acecha en todo momento, siendo la más grande prisión que los aguarda y de la cual no podrán liberarse sino a través del sueño o la muerte.

DANIELA MAHECHA DÍAZ

Daniel Ángel

Rifles bajo la lluvia, una novela que cuestionará la Colombia de ayer y de hoy

Rifles bajo la lluvia
Difundir Ltda.
Bogotá, 2016



Tomado de <https://bit.ly/3dAs08v>.

Daniel Ángel, escritor colombiano, nos comparte *Rifles bajo la lluvia*, novela que recorre las calles de Bogotá transgrediendo la desmemoria. Esa que diariamente acaricia el dulce sabor metálico que empuña un arma contra su propio hermano: “bajé la mirada y sacudí el cigarrillo para hacer caer la ceniza y cuando por fin esta se desprendió y tocó el suelo, una gota de agua cayó a su lado. Ahí supe que Pablo había muerto”.

Aquí inicia una novela intensa que está dispuesta a abofetear tanto a la realidad como a la ficción. Daniel tropezará con un texto inédito, con la huella personal que deambula buscando, buscándose, y con la historia que se retuerce en el presente como lombriz de agua puerca. Misma que exhibe el bucle recurrente que intenta desentrañar una explicación total de Colombia, como

lo afirma el autor, dando vuelta en un ciclo recurrente de guerras intestinas e ideologizadas de ayer y hoy. Daniel guarda luto a su mejor amigo, hurgando en el testimonio que escondía de un soldado liberal que narra la Guerra de los mil días a inicios de 1900, años en que liberales y conservadores intentan equilibrar la desigualdad a punta de fuego, y en aquellos años en que los escritores se forjaban después de sobrevivir a las trincheras. Este soldado dirigido por el General Rafael Uribe Uribe aprenderá que apuntar la mirilla de un fusil será dar un tiro al espejo. Lo mismo hará de la palabra de este soldado, jurada entre la muerte, que se convertirá en el viento para que el presente organice el desembarco de destinos siniestros a los que estamos encadenados aquí y ahora. Daniel muestra las dudas y correcciones que tiene

que resolver un escritor para dar con el relato. Nunca estaremos listos para la historia que contaremos. Y esta será la tensión que nos arrastrará hasta el final.

La Bogotá de todas las estaciones en un solo día es recorrida por Daniel, resolviendo el acertijo de esta novela que se tenía que escribir, a pesar de él y de quien se interpusiera con la memoria. Seguramente, si Daniel no encontraba cómo acertar en el blanco, sería asesinado por la bala perdida de quien dispara al aire. Pero no es así y, al aflorar con ventura de este laberinto, será reto del lector emerger en el presente cuestionando su olvido.

Esta Bogotá contemporánea departe con un sancocho al almuerzo sobre la carrera 25 con 53 de la misma forma que lo hacía un soldado herido, refugiándose a las orillas de un pueblo abandonado, y con la esperanza de encontrar entre los que aún respiran algo de humanidad, esa que perdimos hace tanto tiempo. Esto es lo que seducirá al lector para avanzar en la lectura. Es la misma ciudad en la que se arremolina en el pecho cuando se quiere definir guerra. Guerra me escupió, guerra me clavó un cuchillo, guerra me degolló e hizo la corbata con mis entrañas, guerra la empalaron, guerra le tiraron ácido a la cara, guerra aquí se venden personas, guerra te vendiste por unos millones, guerra de balas que ahora cercenan testículos de líderes desmovilizados y que se disparan solas, guerra tan guerra.

Esta costosa y complicada definición de la guerra en Colombia que se inventó ahí, entre el Meta, el Caquetá y Barranquermeja, esa que se disputa en Santander y que se reinventa en el Pacífico negro, esa mágica guerra de Márquez en el Caribe *all inclusive*, es una guerra que se cocina como se cocina una langosta viva en agua hirviendo, sin saberse en el jacuzzi de la muerte. Ese baño público al que todos asisten con sus cóleras y sus disenterías ideológicas y

del que algunos salen desollados y otros sobreviven sosteniendo la mirada a la masacre, mientras la lluvia se posa sobre el llano de aquella guerra.

Daniel Ángel ataca de frente y con atino a varios debates literarios que no pretende resolver, sino que se posiciona frente a ellos. Desde aquí hablo, siento, pienso y escribo sin miedo a que se me catalogue.

Al día siguiente desperté a las seis de la mañana. Preparé café y fumé un cigarrillo de pie frente a la ventana de la sala. Había dejado de llover, pero la ciudad tenía ese aspecto que adquieren los lugares luego de que ocurre en ellos una catástrofe.

No oculta esa relación incestuosa entre realidad y ficción. Por el contrario, la voyeriza a detalle para salirse de la ociosa necesidad de la verdad. Crea aquello que el pacto periodístico llama autoridad, en el cual el presente fluye hacia la ficción sin ninguna frontera. Daniel juega con el morbo de los historiadores que darían todo por una fuente directa como el manuscrito con el que trabaja nuestro narrador.

Si bien *Rifles sobre el asfalto* nos detalla un punto de vista de la Guerra de los Mil Días a inicios de siglo, logra una metonimia que nos invita al extrañamiento en el reflejo de un río que desconoce tanto al mismo soldado como al mismo lector. Explora el presente que asesinó a su mejor amigo, Pablo, a través de la extensión del relato de la muerte en toda Colombia a lo largo de su historia.

El narrador descubre la periferia en condiciones de miseria y violencia estructural, abriendo ese territorio bajo la premisa del encuentro con la memoria y entrando al relato desde la autoficción, y no al revés, como pretende la novela histórica.

Daniel Ángel tiene las agallas de escribir la perpetua condición de esta guerra que se inventó en Colombia: aquella de que

los padres son los que entierran a los hijos. Una inversión del tiempo que contrae las esperanzas de generaciones enteras a lo largo del conflicto armado. Una generación de escritores que sortean con letras algo real y tétrico como la ficción. La muerte a la vuelta de la esquina.

Daniel Ángel, nos comparte *Rifles bajo la lluvia*, una novela que se leerá siempre que se quiera imaginar puentes hacia otras

Colombias. Una novela que refleja el doloroso retrato personal de cada colombiano, al explicarse en voz alta cómo se convirtieron las calles en una ficción difícil de aceptar. Es un extrañamiento, un cuestionamiento de la verdad absoluta que impide imaginar otras posibilidades. Una novela que nos introduce al efecto crítico de la historia.

AIRY SINDIK

UNIVERSITARIAS

hojas universitarias



UNIVERSIDAD
CENTRAL
ESCUELA DE ARTES
www.ucentral.edu.co